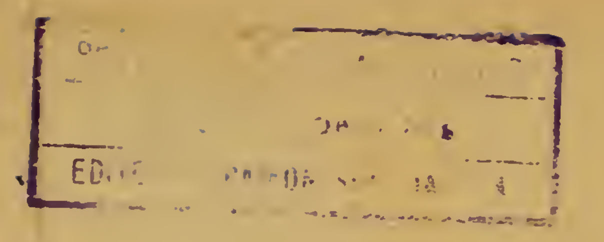
OBRAS COMPLETAS DE VARGAS VILA

# EL HUERTO DEL SILENCIO



Ramón Sopena
Provenza 95
BARCELONA



Obras completas de J. M. Vargas Vila

DERECHOS DE AUTOR





# EL HUERTO DEL SILENCIO

EDICIÓN DEFINITIVA
DEBIDAMENTE REVISADA Y CORREGIDA
POR EL AUTOR

*Published in Spain*

# OBRAS COMPLETAS DE VARGAS VILA

## NOVELAS

Aura o las Violetas.
Flor del Fango.
Ibis.
Rosas de la Tarde.
Alba Roja.
La Simiente.
Delia (Lirio blanco).
Eleonora (Lirio rojo).
Germania (Lirio negro).
El Camino del Triunfo.
La Conquista de Bizancio.
María Magdalena.
La Demencia de Job.
El Minotauro.
Los discípulos de Emaüs.
Los Parias.
Sobre las Viñas Muertas.
Los Estetas de Teópolis.
El Final de un Sueño.
La Ubre de la Loba.
Salomé.
Cachorro de León.

## NOVELAS CORTAS

Copos de Espuma.
El Sendero de las Almas.
Gestos de Vida.

## LITERATURA

Prosas-Laudes.
Ars-Verba.
De sus Lises y de sus Rosas.
Libre Estética.
Sombras de Aguilas.
Horario Reflexivo.
Archipiélago Sonoro.
Rubén Darío.
Prosas Selectas.
El Canto de las Sirenas en los Mares de la Historia.
En el Pórtico de Oro de la Gloria.

## FILOSOFÍA

El Ritmo de la Vida.
Huerto Agnóstico.
La Voz de las Horas.
Del Rosal Pensante.
De los Viñedos de la Eternidad.
Saudades Tácitas.
Antes del Último Sueño.

## HISTORIA

La República Romana.
Los Césares de la Decadencia.
Los Divinos y los Humanos (Providenciales).
La Muerte del Cóndor.
Pretéritas.
Históricas y Políticas.
El Imperio Romano.

## POLÍTICA

Laureles Rojos.
Clepsidra Roja.
Belona Dea Orbi.
Ante los Bárbaros.
Verbo de Admonición y de Combate.
En las Zarzas de Horeb.

## TRAGEDIA

En el Huerto del Silencio.

## CONFERENCIAS

Polen Lírico.

OBRAS COMPLETAS DE J. M. VARGAS VILA

# EL HUERTO DEL SILENCIO

## TRAGEDIA LÍRICA

EDICIÓN DEFINITIVA




EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.
PROVENZA, 95
BARCELONA
1935

Gráficas Ramón Sopena, S. A. — Provenza, 97, Barcelona.

# PREFACIO

## PARA LA EDICIÓN DEFINITIVA

---

*Yo, no ejerzo la Auto-Critica;*

*eso sería ejercer un oficio que desprecio;*

*iba a decir,* arte..., *y pido perdón al Arte, de haber querido dar su nombre a ese oficio vil de los fracasados: la Crítica;*

*yo,* explico *mis libros;*

*no los critico;*

*la auto-disección, me sería odiosa, aún más que dolorosa;*

*abrir el vientre de su propio hijo, y extraerle las entrañas, para mostrar a los otros, cómo circula la sangre en ellas...;*

*ese valor de cirujano loco, no me ha tentado jamás;*

*suelo hablar, y he hablado de las génesis de mis libros, y, dicho he, del resplandor de las auroras mentales en que nacidos fueron;*

*pero eso de reducirlos a polvo con mis propias manos creadoras, para mostrar a los otros sus átomos, y explicarles el funcionamiento de sus moléculas, no me seduce;*

*para desarticular mis libros, y poner a pública vista sus defectos, basta con mis críticos;*

*ellos se bastan y se sobran;*

*no tengo necesidad de huchear su celo para que parta la jauría en son de caza contra ellos;*

*ser el cuervo devorador de sus propios despojos, es una lúgubre fantasía, que no me ha venido en mientes;*

*dejo esa misión a los cuervos del porvenir;*

*la macabra proyección de sus alas sobre mis libros no me espanta;*

*defender mis libros...;*

*he ahí otra debilidad que no he tenido;*

*y, he de morir sin tenerla;*

*la Etica de mis libros...;*

*la Estética de mis libros...;*

*y...*

*hasta la Gramática de mis libros...*

*las dejo en poder de los vociferadores de*



*la Crítica, para que hablen de ellas y contra ellas...*

*no argumento sobre esas cosas;*

*tengo el horror de la trivialidad;*

*la Moral de mis libros...*

*¿acaso no sé yo lo que se dice sobre la Moral de mis libros?*

*la Moral, es la virtud de los rebaños y el solo genio de los Tartufos;*

*he ahí por qué mis libros no tienen Moral; ni yo tampoco;*

*si yo no escribo para un público de pécoras, ni actúo entre las bambalinas de una Farándula, ¿cómo habría de permitirme esas abyectas comicidades que ultrajarían la grave serenidad de mis libros?...*

*yo, escribo de espaldas vueltas a toda Moral, como escribo vuelto de espaldas a toda Mentira;*

*mis ojos no saben abrirse sino ante el sagrado esplendor de la Verdad;*

*es a causa de no ser morales, que mis libros son tan puros;*

*cualesquiera que sean sus modalidades de ficción y de expresión, ellos son puros, como la Naturaleza, como los cielos, como la luz;*

*ellos son puros y purifican como las alas*

*de los vientos y el soplo de los grandes mares;*

*todo convencionalismo está ausente de esos libros;*

*el convencionalismo del Bien;*

*y, el convencionalismo del Mal;*

*no es sobre esos dos polos del Absurdo, que gira el universo de mis creaciones;*

*los dos polos de mi Obra, son: La Verdad y la Libertad.*

*Arte Verdadero.*

*Arte Libre.*

*Único Arte...*

*lo demás...*

*es la Ficción...*

*la Mentira;*

*la innoble mueca de los esclavos, que para prostituirlo todo, prostituyen también el Arte, haciendo el gesto de ejercerlo;*

*la Etica y el Arte, se excluyen, porque la Etica esclaviza; la Etica es un Código de esclavos;*

*el Arte no tiene sino Estética;*

*los cánones de ella son su solo Código;*

*¿tiene el Arte un Dios?*

*sí;*

*la Belleza;*

*y, vive de rodillas ante ese Dios, cumplien-*

*do los mandamientos de ese Dios, absorto en la contemplación de ese Dios;*

*no pidáis a la Obra de Arte, sino ser bella;*

*ése es su solo Deber;*

*y, su sola Razón de Ser;*

*bella en todos los sentidos y en todas sus maneras de expresión;*

*bella en el fondo, y bella en la forma, bella en la divina musicalidad que ha de emanar de toda ella, como del corazón de una flauta tocada por los labios de un dios lírico;*

*porque todo en la Obra de Arte ha de ser musical;*

*¿qué es la armonía de las formas y la pureza de los contornos en una bella estatua?: la música de las líneas; la Euritmia;*

*¿y, el claroscuro, y el juego de las tonalidades, que hace esplender una atmósfera de encanto del fondo de un bello cuadro?... la Sinfonía de los colores;*

*y, esa fascinación que se desprende de un libro, os sume en delicioso éxtasis y os arroja más allá de los límites de la Ensoñación, ¿de dónde viene?...*

*del Estilo, de la armonía del Estilo: la Música del Estilo;*

*yo, no digo que no haya libros sin estilo;*

*digo sólo, que: no hay bellos libros sin un bello estilo;*

*todo vibra y todo canta en la Obra de Arte;*

*toda Obra de Arte, es emotiva;*

*y, toda emoción es lírica;*

*¿hay música más bella que la de una frase de Amor?...*

*tal vez el más bello poema musical, está en el temblor de unos labios que besan;*

*el Arte, es un Pentagrama;*

*y, ese Pentagrama tiene la forma de un corazón: el corazón del Hombre;*

*hay que escribir, pintar, esculpir, y cantar sobre ese Pentagrama;*

*él contiene el alma de todas las músicas audibles e inaudibles, que viven en el seno de la atmósfera y, más allá de todas las atmósferas;*

*todo momento pasional es un momento lírico, cualquiera que sea la pasión que nos agite;*

*el Dolor...*

*¿hay algo más augustamente bello que un gran Dolor?...*

*¿y, más lírico?*

*nunca nos sentimos arrebatados más alto en los cielos del lirismo, que cuando un gran Dolor nos hiere...*

*¿no es en esa hora del Dolor cuando lloramos?...*

*y, ¿quién podría decir, todo el lirismo que encierra ese Poema cristalizado que es una lágrima?...*

*¿quién podría explicar los mundos de misteriosa y dolorosa música que hay en el diapasón de un sollozo?...*

*todo corazón herido es musical como una lira;*

*si recogéis esas lágrimas, traducís ese sollozo, y descubrís la herida de ese corazón, habréis hecho un Poema lírico...*

*todo libro de Amor, como todo libro de Dolor, es un libro lírico;*

*como este libro;*

*¿es un Drama?*

*¿es una Tragedia?*

*¿quién definirá bien, esa Única concepción del Arte?...*

*todo Dolor es dramático, y, todo Drama es una Tragedia; ¡ay! como toda Vida...;*

*la Comedia...*

*¿no es también dolorosa la Comedia?...*

*¡ay! vosotros sabéis como yo sé, cuántas lágrimas escondemos, y cuántos sollozos ahogamos cuando hacemos el gesto de reír...*

*y sonreír...*

*¡cuántas veces nuestra sonrisa, no es sino una lágrima congelada en los labios!;*

*la Comedia es siempre la violación de un Drama;*

*un Drama que se sublimiza, es una Tragedia;*

*un Drama que se vulgariza, es una Comedia...;*

*la esencia de todos, es la misma: el Dolor;*

*cualesquiera que sean los gestos que el alma humana ensaye en esas esferas del Arte, no logrará salir nunca del Dolor;*

*bajo la blancura harinosa del rostro de Pierrot;*

*bajo la palidez trágica y fatal de las facciones de Medea;*

*siempre llorará;*

*llorará por los labios pintados de Arlequín;*

*y, llorará por los ojos ciegos de Edipo...*

*porque las lágrimas son la sal de la Vida;*

*y, el Dolor, es su esencia;*

*como en este libro;*

*libro de lágrimas, y libro de Dolor...*

*este libro, fué una Vida;*

*esa vida y aquel que la vivió son ya un puñado de cenizas;*

*no pongamos las manos sobre ellas;*

*al evocar de nuevo el fantasma doloroso que llena con su sombra estas páginas, yo me conformo con ornar el libro de esta introducción, para que entre a formar en la Colección Definitiva de mis Obras Completas, que la Casa Sopena edita y lo entrego así al veredicto de las almas adictas que me leen;*

*y, aun al de aquellas que no lo sean;*

*aplaudido;*

*lapidado;*

*todo es igual para este libro doloroso;*

*ni las lágrimas ni los anatemas podrán nada contra él;*

*el Dolor es eterno;*

*como el Arte.*

VARGAS VILA.

*1921.*

# PRELUSIÓN

He principiado, y he acabado de escribir este libro, de Soledad y de Pasión, en una soledad sin pasiones, ajena a todo tumulto, lejana de toda agitación; en un lugar amable y tranquilo, bajo cielos sonrientes de una infinita dulzura;

cielos de un azul férvido, a pesar de las tonalidades delicuescentes, peculiares a los cielos en invierno;

retiro apacible, donde hay caricias de ramajes, de flores, y de pájaros, y el corazón del Silencio, se hace luminoso, como el nimbo de oro de una estrella;

desde las ventanas de mi refugio, ajeno a todo imposible fasto, que no sea el de la

Naturaleza, puede verse, la líquida belleza del Mar Mediterráneo, mágico de luz dorada, sonriendo al sol, con el brillo de sus olas múltiples, que sinfonizan un himno de Paz, tal vez momentos antes de tornarse en rojas, como las de aquel otro, que abrieron en dos las manos proféticas de Moisés, allá en los horizontes remotísimos, donde se alberga el candor de las leyendas primitivas; todo es paz y quietud, en torno mío;

aunque no lo sea en mi corazón...

¿qué importan a los otros, las tormentas de un corazón, que se empeña en permanecer misterioso, como un sueño?

rebelde a revelarse.



He escrito esta Tragedia de Amor, cuando una Tragedia de Odio, la más violenta que hayan presenciado los siglos, se desarrolla, no lejos de la playa hospitalaria, que me alberga;

los más grandes pueblos del Orbe, hechos Etéocles y Polinice, luchan sobre la arena, atacados de un súbito furor de barbarie regresiva;

los Hermanos Enemigos, se disputan el dominio del Mundo, y el Destino parece impotente para sofrenar la carrera del caballo de Atila;

la Tierra se anega, por una lluvia de sangre, y se hace uno como lago bituminoso, sobre el cual el rayo no deja de vibrar, y el rimbombo del trueno, suena con un furor inacabable...

y, esa lucha de titanes enloquecidos, no tiene por espectadores lejanos, sino los ojos de las mujeres, cegados por el llanto;

y, los ojos de los niños, nublados por el espanto;

en esta hora, decisiva y conmovedora, he escrito estas páginas, no menos trágicas y pletóricas de horror, que las que escriben actualmente los hombres, con la punta de la espada, sobre el dorso sometido de la Tierra, ebria de sangre.

⁂

Este, mi: *Huerto del Silencio;*
con: *El Corazón de un Dios;*
y: *El Crepúsculo sobre las Rosas;*

forman la trilogía, de mis *Tragedias Líricas;*

y, tengo empeño en declarar;

que: ésta como mis otras tragedias, han sido escritas para ser leídas, no para ser representadas;

que yo escribo obras dramáticas y trágicas, pero, no escribo obras *teatrales;*

que: continúo en creer el Arte del Teatro, un Arte inferior, el cual no intento cultivar;

que por eso, acumulo en mis obras, todos los elementos de anti-teatralidad posibles, hasta hacerlas, según mi designio, absolutamente irrepresentables;

que abrigo la certidumbre, de que las profanaciones de la escena, no caerán sobre mis tragedias;

y, para lograrlo, marcho en dirección contraria a toda teatralidad, vuelto de espaldas a todo código de Teatro;

ignoro en absoluto los secretos de la escenología, y no quiero aprenderlos;

el oficio — que no arte—, de escribir para el Teatro, es ajeno por completo a las condiciones de mi inteligencia y a las de mi carácter;

comprendo que no podría aprenderlo, ni ejercerlo;

no amo el Teatro;

la luz de sus escenarios, no me atrae;

sus candilejas, no son soles para mí;

por eso, mis obras dramáticas, han sido escritas con el designio premeditado, de hacerlas, anti-escénicas, anti-teatrales; en una orientación contraria a toda *mise en scène;*

tengo para mis libros, un público muy extenso, muy selecto, muy leal, para que intente cambiarlo ahora, por un público de Teatro;

sería una inconsecuencia, una abdicación inexplicable, en mi larga vida de Escritor, ya consagrada por el Exito;

no lo intento;

y, es por eso, que no quiero que se me atribuya la intención de escribir obras para el Teatro;

y, me defiendo hasta de la sombra de esa suposición;

mis tragedias, son demasiado altas, y demasiado profundas para eso;

yo, no tengo el alma vulgar y ligera de un escritor de sainetes y de farsas;

he sufrido demasiado, para reír;

tengo demasiado orgullo, para hacer reír a los demás;

no podría envilecer mi talento, hasta la jocosidad...

no tengo osatura de *clown;*

el terreno de la comedia, me es vedado a causa de eso;

de todos los escritores de mi tiempo y de mi medio, yo he sido y soy, sin duda, el más aislado y el más solo;

no sé de otro ejemplo de soledad igual;

la comedia, es una cosa vivida, o vista vivir;

¿cómo pues, un solitario podría escribir una comedia?

no viviendo sino la tragedia de su soledad, un solitario, no puede escribir sino tragedias;

tanto como las comedias, yo desconozco los cómicos;

he leído cosas, sobre su conmovedora y estéril vanidad, pero no la he sufrido nunca, y no la he visto de cerca jamás;

no he tratado hombres, ni mujeres de teatro;

ignoro sus modalidades, y sus temperamentos;

son especímenes de una fauna absolutamente desconocida para mí;

¿cómo un hombre que no conoce los cómicos, podría escribir comedias para ellos, cuando lo más cómico que hay en las comedias, son acaso los cómicos mismos?

Shakespeare y Molière, extrajeron de allí toda su fuerza;

ellos fueron cómicos; y por eso fueron tan grandes comediógrafos;

no he andado entre bastidores, sino una sola vez en mi vida, cuando un escritor de mucho talento, a quien no pude resistir, me llevó a visitar una bella actriz, que él distinguía;

recuerdo, que salí dando tumbos, por entre farándulas y bártulos, cachivaches y chirimbolos, cuasi asfixiado con el olor de las candilejas, y el de los potes de afeites y pinturas, que empestaban el aire;

y, cuando estuve en la calle, todavía me perseguía la visión obsesionante y macabra, de los rostros pintados de los cómicos, y de la belleza ajada y fantasmal de las actrices;

un hombre que así ignora los bastidores, ¿cómo podría escribir obras para los que viven entre ellos?

ser el bufón del Público, no me ha tentado nunca;

y, ser un bufón, interpretado por bufones, mucho menos.

*

He leído en alguna parte, que lo más dramático en los dramas, suele ser la Vida de los dramaturgos;

y, lo más trágico en las tragedias, digo yo, es la Vida de aquel que las escribe;

no se tiene un genio trágico, sin haber tenido una Vida trágica.

Esquilo, sabía mucho de eso, cuando escribió *Prometeo;*

él, se había visto desterrado, perseguido por sus propios hijos, acusado de las peores infamias...

ultrajado por los hombres, se volvió para dialogar violentamente con los dioses, que aquello permitían...

clavó su corazón, sobre la cima desnuda, y escupió al cielo sus blasfemias;

entre Corneille y Racine, el primero fué más trágico, porque sufrió mayor lote de dolores;

pero, más trágico fué Crébillon, porque sufrió la Tragedia del Olvido; aquella en que el Hombre muere, ahogado por el Silencio.

Voltaire, hizo tragedias clásicas; pero, no pudo hacer tragedias *trágicas;*

ignoró siempre lo sublime, tal vez a causa de que ignoró el Dolor...

él reía... y, hacía reír...

no le fué dado el glorioso privilegio de hacer llorar...

Voltaire, tenía el alma de un mono, en cuyo cerebro, se hubiese anidado una estrella...

la Tragedia, es el cielo tenebroso, a donde vuela el Genio...

Voltaire, era el ingenio;

y, el ingenio, no tiene fuerza en las alas para remontarse hasta ese cielo, y atravesar la tiniebla formidable, en rumbo recto hacia el sol.



No quiero decir, con estos mis decires adversos al Teatro, que los que a escribirlo se dedican en nuestra lengua, carezcan de talento;

decir eso, en una época y en un idioma, en

que escriben para el Teatro, Jacinto Benavente, Ramón del Valle-Inclán, y Jacinto Grau, sería un sacrilegio de la palabra, contra el Arte y contra la Verdad;

si Benavente, no ha llegado a la altura trágica suprema, a la cima esquiliana o ibseniana, a que podía llegar, culpa es de su época y de su medio, y culpa de él, que capituló con ellos;

en Benavente, hay más, mucho más, que el escritor de comedias sutiles, agudas, y a veces dolorosas, que conocemos;

hay en él, el autor dramático, el autor trágico, capaz de las más altas concepciones, y que permanece irrevelado, o apenas revelado fugitivamente, por relámpagos de genio, que brillan a intervalos, sobre el cielo, no siempre apacible de su elegante ligereza;

en otro país, libre de los prejuicios religiosos y sociales, que agotan y esterilizan la mente española, Benavente se habría permitido tener genio;

en España, se ha limitado a tener talento;

eso, le ha bastado para triunfar, no hasta donde merece, sino hasta donde es posible desmerecer para triunfar;

¿ha sido eso una abdicación de Benavente?

para emplear un eufemismo, que no lastime mi admiración y mi aprecio por el grande Escritor, pláceme decir, que ha sido una adaptación;

puesto a optar, entre el fracaso por exceso de talento, y el triunfo por falta de él, escogió un término *medio*, y resolvió triunfar a *medias*, con un gran talento, puesto a escribir cosas, a la altura del *medio*...

y, el día que hizo: *Los Intereses Creados*, ese día creó sus intereses;

no triunfó del medio;

el medio, triunfó de él;

y, a pesar de esa mutilación de su Genio, queda siendo el primer comediógrafo, no de España, sino de la Raza, y no tiene rivales sino en Italia, pese a los falsos esplendores del Teatro de París.



Yo, he visto fracasar en el Silencio, un silencio inquietante, pronto a llegar hasta la hostilidad: el *Yermo de las Almas* interpretado por la exquisita sensibilidad y el espíritu sutil y atormentado de Margarita Xirgu;

y, en esa atmósfera de incomprensión cuasi agresiva, deslumbrado y conmovido ante la

admirable creación de Valle-Inclán, lamenté, que su fracaso no hubiera sido estrepitoso, inmisericorde, absoluto... como lo merecía, como lo merece, toda Obra Superior;

el Genio, no tiene derecho al triunfo, sobre las tablas de un Teatro...; ni en la arena de la Vida;

el Insulto o el Silencio, es lo único que le debe prodigar la Multitud;

su aplauso lo mancilla;

por eso, y a causa de mi gran cariño espiritual, y de mi admiración férvida por Valle-Inclán, y por toda la Obra valleinclanesca, yo hubiera deseado presenciar su fracaso definitivo, aquella noche de audición indecisa y cuasi hostil;

tal vez, la gracia delicada y el acento apasionado y trágico de la Xirgu, impidieron este beso de la gloria, sobre la frente lejana del Autor...

Valle-Inclán, tumbado por la Bestia-Multitud, viendo fracasar su drama en un *yermo de almas*, incapaces de comprenderlo, habría sido doblemente augusto;

sabido es, que cuando la Multitud ultraja al Genio, de cada coz de la Bestia, nace un Sol para coronar la frente del Vencido;

yo sé, que dramas de Valle-Inclán, han tenido gran suceso, en escenarios diversos de España y de América;

y, sé que *La Marquesa Rosalinda*, por su elegancia versallesca, y el preciosismo exquisito de su versificación, fué aplaudida en el Teatro de la Comedia de Madrid, por manos enguantadas, dignas de coger rosas en los jardines del Trianón;

pero... esos triunfos, no alcanzan a decirme nada contra el arte admirable y supremo de Valle-Inclán, ni a disminuir mi admiración por él;

se la conservo toda, a pesar de sus sucesos, por creerlo superior a ellos.



En cuanto a Jacinto Grau, no me ha sido dada la pena de verlo triunfar sobre la escena;

y, espero que este dolor, me sea ahorrado por largo tiempo;

tengo tan alta idea de su genialidad, que verlo triunfar, en ese pugilato de la Vulgaridad que es el Teatro de hoy, lo amenguaría a mis ojos;

triunfar en el Teatro, es fracasar en el Arte.

Jacinto Grau, que es el más alto talento, y la más amplia y exquisita cultura, entre los escritores de su generación y de su medio, no tiene derecho al triunfo, sino a la proscripción, en esa feria de la mediocridad, que son las tablas de un teatro;

en esos casos, el placer superior del Genio, es ser vencido;

yo, deseo para Jacinto Grau, ese glorioso vencimiento, seguro como estoy, de que él es incapaz de vencer su genio, degradándolo;

eso nos dará el placer artístico, incomensurable, de leer el *Conde Alarcos*, en soledad, seguros de que sus escenas de pasión y su prosa insuperable, no han sido profanadas por manos torpes tendidas para aplaudirlas, o bocas ascosas contraídas para silbarlas;

y, cuando hayamos colocado en el anaquel, esa Tragedia, al lado de las *Voces de Gesta*, de Valle-Inclán, estaremos seguros de haber leído y de poseer, las más bellas, y las únicas grandes Tragedias del Teatro español, contemporáneo.

⁂

Si Martínez Sierra, con las exquisitas sutilidades de su estilo, sus psicologías delicadas y apasionadas a la vez, su Arte fino, sin fragilidades quebradizas, y la magia de su talento, tan exquisitamente sutil, ha triunfado en el Teatro, lo debe a que como Benavente, ha puesto todas estas cualidades al servicio de su apostasía, o volviendo a mi amistoso eufemismo: de su adaptación;

renunció como Benavente, a toda genialidad, para tener el triste triunfo de la Popularidad;

y, lo ha obtenido;

el Público; es siempre inferior a un grande Escritor;

no lo aplaude, sino cuando éste lo adula;

en ese caso, adaptarse, es degradarse.

Martínez Sierra, que por tantos conceptos, pudo ser llamado el d'Annunzio español, ha triunfado en la arena, en que aquel creador y sugeridor de bellezas inmortales, ha sido ven-

cido y arrastrado, por las turbas anónimas de ese nuevo Circo que se llama el Teatro;

¿cuál de las tragedias admirables de aquel vigoroso escultor de frases, pastor de ritmos nobles, ha obtenido gracia o suceso ante la Muchedumbre?

ninguna;

la *Figlia de Iorio*, por el aliento de brutalidad primitiva, de impetuosidad discordante, que sopla en las almas, e informa los gestos obscuros y exasperados, tuvo un suceso bien precario de estima... que bien pronto se extinguió, y la Obra quedó inánime, como un aeroplano volcado, sobre ese campo de derrotas que es el Teatro d'annunziano.

*Victorias Mutiladas*, llama él, el campo de su dramaturgia ultrajada;

nada, ni las manos sensitivas e ideales de Eleonora Duse, sembradoras de tantos gestos bellos e inmortales, pudieron librar de la Muerte, *La Gioconda*, aquel lis de trágico esplendor, que cayó aplastado por el Silencio, como las manos de Silvia, por la estatua de la Victoria, *vestida de viento*... ¡las pobres manos radiosas!...

nadie, ni aquel cisne escultórico, escapado a los lagos de Atica, la divina Sarah Ber-

nhardt: *qui eut un soir, dans ses yeux vivants la cecité des statues divines*, pudo salvar de su ruina inevitable *La Ville Morte* devorada por la Indiferencia y el Sarcasmo, desaparecida en una atmósfera de soledad, más trágica que la que evoca el miraje desolado de todas las ciudades desaparecidas de sobre la faz olvidadiza de la Tierra;

porque nada, ni el Genio mismo, puede salvar las obras del Genio, ante la Incomprensión agresiva de la Multitud, siempre dispuesta a ultrajar toda legítima Obra de Arte y de Belleza, que tenga la insolencia de permanecer pura lejos del contacto de sus manos audaces y profanadoras;

aquella Dalila insatisfecha, no perdona las cabezas muy altas que no puede mutilar;

y, no pudiendo profanarlas, las insulta;

felizmente, Martínez Sierra, queda en sus libros, el prosista cincelador y exquisito, y el Poeta altísimo y turbador que todos admiramos;

el vértigo del Teatro, lo ha desvanecido, pero no lo ha destruído;

un gran Escritor, puede ensayar los triunfos fáciles, a condición de ser, como él, capaz de los triunfos más difíciles.

*

Hago extensivos a todo el Teatro francés de actualidad, estos mis comentarios agresivos, sobre el Teatro y la Comedia;

toda la gracia, toda la elegancia, toda la sutileza, peculiar al arte francés, no alcanzan a librar su Teatro, de la miserable trivialidad y la penuria mental en que ha caído;

ni Henry Bataille, ni Paul Hervieu, ni Alfred Capus, ni Tristan Bernard, ni Jean Richepin, ni Georges de Porto-Riche, ni Pierre Wolff, ni Maurice Donnay, ni Pierre Decourcelle, ni Abel Hermant, con ser tan espirituales, tan brillantes, logran libertarse de las cadenas del Dios-Exito, y levantar el Teatro, a la altura de un Arte intelectual, donde un soplo de idealidad, purifique la atmósfera viciada y viciosa, de ese Teatro malsano, que se arrastra en una tan gangrenosa puerilidad;

lo que yo defiendo contra ese Teatro, no es la Moral; no soy bastante corrompido para ser un moralista;

lo que defiendo es el Arte; anterior y superior a toda Moral;

la amoralidad, es necesaria a toda Obra de Arte: es el alma del Arte mismo;

lo que yo critico en ese Teatro, no es su Inmoralidad, porque ya lo he dicho y lo repito, no soy aún bastante corrompido para defender ni para practicar la Moral;

lo que critico en ese Teatro, es la puerilidad, la trivialidad, la pequeñez, y la tenacidad, con que se anida y se arrastra bajo el lecho de todos los adulterios;

es, su insoportable monotonía, en contar y cantar, el mismo tema... el *Adulterio;*

el Adulterio, siempre el Adulterio, y nada más que el Adulterio...

no se necesita en verdad, de genio para bordar sobre el viejo cañamazo del ridículo, un tema tan gastado, a fuerza de haberse hecho más que una institución, casi una Virtud Social;

esa literatura de *chambre meublé*, olorosa a yodoformo, es tan irremediablemente mediocre, tan contraria a todo Arte, que no logra desprenderse de las redes del Pecado, para ascender siquiera hasta las alturas del Crimen, y darnos el estremecimiento del Horror, que es una atroz y embriagadora voluptuosidad;

cuando el Adulterio, entra en el dominio del Horror Psicológico, adquiere proporciones patéticas bastantes, para entrar en la Obra de Arte;

de Esquilo, hasta d'Annunzio, pasando por Corneille y Shakespeare, el Adulterio trágico nos ha sido revelado en una nube de horror, inaccesible a la Vulgaridad...

pero, la psicología de estos seres ultra-mediocres, del teatro francés de hoy, escapados al pantano bobarista, y que no logran siquiera salir de lo normal en el adulterio, son de una bien deplorable trivialidad, que acusa una más deplorable decadencia;

la nota de sensiblería artificiosa, con la cual algunos tratan de adornar ese teatro flojo y morboso, no logra sino coronar el ridículo por el énfasis;

todo eso es, puro Scribe, con tendencias a la Señorita de Scudéry;

los chinos, hacen de los cuernos botones; los franceses, hacen comedias;

es una industria nacional;

si esa industria, llegara a tener un escudo para su marca de fábrica, no pondría en él, el cuerno de la abundancia, sino una enorme abundancia de cuernos;

hay que citar, como lejanos y contrarios a ese vértigo de decadencia: primero de todo, y antes de todos, los dramas magistrales de François de Curel, aquel gran aislado, que de fracaso en fracaso, ha acabado por imponer el Respeto de su Arte, ya que no la admiración de él.

*Le Nouvelle Idole; Repas du Lion; Amour Brode; Danse devant le Miroir*, quedarán como modelos del drama ideológico, lleno del absoluto tenebroso que rodea al Hombre, y de ese abstracto desesperante, que separa brutalmente al Pensador de la Multitud;

¿qué puede importarle a François de Curel, ser proscripto de la arena del triunfo fácil, llena del nombre y de la gloria de Bernard Shaw?...

los lacedemonios, expulsaron a un músico, culpable de haber añadido una cuerda más a la lira;

eso hacen los críticos, con todo aquel que añade una belleza al Arte, o al lenguaje;

ser expulsado de Beocia, no es cosa posible, con aquellos que no han entrado nunca en ella;

y, en ese caso, los beocios, no pudiendo expulsarlos, los insultan;

merece también una mención, el teatro extraño y turbador, teatro también ideológico, de Gabriel Marcel:

*La Grâce*, *Le Palais de Sable*, todo eso, que contiene *Le seüil Invisible*, es de un raro, de un exquisito encanto, y produce la sensación integral que los dramas del Pensamiento, dejan en las almas dolorosas que los han vivido;

los ensayos, seudo-místicos de Paul Claudel, son un fracaso;

y, es admirable, aquel drama de conciencias, tan fuerte, tan intenso, tan profundo, que apenas, obtuvo en el *Odeon*, un suceso de estima: *Les Affranchis*, de la Señorita Marie Lenéru;

¿qué importa a esos autores de excepción, haber sido vencidos por los gladiadores del Suceso?...

revelarse a sus iguales, es un placer; permanecer ignorado de aquellos que no lo son, es un deber;

es verdad también, que tanto en Francia, como en España, dos grandes poetas, han trabajado por la resurrección y gloria del Tea-

tro lírico, y por la esplendidez verbal del Arte dramático, por el miraje fastuoso de la leyenda, y la sonoridad cantante de la estrofa: Edmond Rostand, y Francisco Villaespesa;

¿lo han logrado?

¿la voz divina de Sarah Bernhardt, y la de María Guerrero, han logrado resucitar las huestes ya vencidas, que hicieron cortejo al Genio de Hugo y de Zorrilla, para venir a aplaudir los versos admirables, hechos aun más musicales, por el decir perfecto de la rima?

esos grandes poetas, han soñado con hacer bellos dramas, para un público amante de belleza;

¿lo han logrado?



Cualquiera que sea la forma que se le dé al Drama, será siempre la lucha del Hombre contra la Fatalidad;

ya se llame ésta:

Jove, en Esquilo...

la Duda, en Shakespeare...

la Raza, en Ibsen...
lucha;
del Hombre contra Dios;
contra el Destino...
contra la Sociedad...
contra la Raza...
contra Sí Mismo...
el Individuo, contra la Especie;
todo el Drama.

*In medias res*, en lo vivo del asunto, en el corazón del Drama, se halla siempre la Fatalidad, estrangulando al Hombre;

el Hombre, vencido por el Destino: he ahí todo el Drama;

no importa la actitud en que el Hombre caiga: de espaldas o de rodillas, rebelde o resignado, siempre es un Vencido;

sobre las cimas épicas de la Rebeldía, o en los valles tristes de la Resignación; ¿qué importa el lugar de su derrota?

sólo interesa su gesto;

su gesto, no lo salva, pero su gesto, lo designa;

¿a qué? ¿a quién?

a la admiración o al desprecio de los otros vencidos como él...

hay grandeza en desafiar a su Destino;

y, ya que no se le puede vencer, hay grandeza en ultrajarlo;

el rayo, hiere por igual, a los leones y a las ovejas;

pero, el león ruge, y la oveja calla;

es siempre bella la garra del león, tendida hacia el rayo que lo aniquila;

las bellas actitudes, son bellas virtudes, ante el Arte, y ante la Vida;

en ese sentido, la noble actitud, es la sola Virtud de los vencidos;

la actitud respetable, bajo la Derrota Inevitable;

sólo caer de rodillas, es caer;

lo demás es sucumbir;

morir escupiendo al cielo que nos hiere, es la sola actitud digna de morir.

✻

Las verdaderas tragedias, son las del Pensamiento;

el corazón, no sufre sino dramas;

el Instinto, es el alma de la Comedia;

las almas trágicas, son almas clarividentes en todos los problemas de la Vida, y su angustia, viene de su ceguedad ante el Misterio, ante la tiniebla de lo Inexpresado, única que su vista, no puede desgarrar;

ser asesinadas en el corazón de la sombra impenetrable; no ver la mano que las hiere;

ése, es su Dolor;

ésa, su Tragedia;

el Drama es lírico, porque el Drama tiene en parte, las músicas del corazón;

pero, los dramas de ideas, entran en la soledad despiadada de la Tragedia, y apenas si tienen armonías;

la única realidad posible, está en las cosas del Espíritu;

invisibles, e inasibles...

no las vemos, no las tocamos;

y, nos llenan con su presencia;

toda el alma del Drama, está en este dominio de las cosas interiores...

la lucha espiritual en las tinieblas;

pero como la Realidad es la esencia del Arte, esta lucha, no escapa a la Realidad;

el determinismo científico, simplifica el Drama, explicándolo; haciendo visibles en

parte, sus venazones subterráneas, la razón de su Implacable Equidad;

todo animismo, fracasa ante él;

siempre sobre las cimas del Drama, alguna visión florece;

no son nunca desnudas las cimas de la Idealidad.

*

¿He de explicar esta Tragedia mía, sus móviles y su espíritu?

no;

yo, no tengo ese hábito, y ensayándolo hoy, parecería hacer homenaje a ese hato de rumiantes desmadrados, que se llaman los críticos;

en lengua española, no hay actualmente, ni Crítica, ni críticos, porque no ha de darse el nombre de tales, a ese rufianismo literario, oscilante entre la Apología y la Detractación; triste oficio de vencidos, que incapaces de segar laureles en las batallas del Pensamiento, se conforman con robar a los heridos, o despojar los muertos, en los épicos combates...

y, aun prescindiendo de ellos, es tarde pa-

ra que yo me ocupe de disculpar, o de explicar ante nadie, audacias de un libro mío;

audacias de estilo, o audacias de pensamiento;

violación de reglas gramaticales, y de éticas convencionales;

atrevimientos de Sintaxis, o atrevimientos de Ideología;

eso sería cándido, y sobre todo, cándido y pueril;

hay gentes que comienzan a encanecer en la crítica de mis libros;

mediocridades de todo género, la han ensayado, y la ensayan aún, con el insuceso de todo gesto de la impotencia, frente a las cosas superiores;

recientemente, un pedagogo rural, ignorante, e ignorado, a sueldo de un asesino, hecho Amo en un país ecuatorial, el más ecuatorial de todos los países de América, escribió un libro, contra los libros míos, que me fué íntegramente dedicado (1);

veintiocho volúmenes de mis libros, pasaron por aquel tamiz de crítica estipendiada;

en aquel centón de necedades gramatica-

---

(1) *Vargas Vila.*—Examen Crítico de sus libros, de *Aura* a *El Ritmo de la Vida.*

les, pueden ver mis adversarios, todos los crímenes contra el léxico de que me he hecho culpable, ya que mis crímenes de Ideología, son innumerables, como las olas del mar, y como las arenas del desierto, y el desgraciado censor escolar, a que me refiero, no alcanzó a levantarse hasta allí, en su prosa mazorral y destartalada, carente de todo encanto, que no sea el de lo grotesco;

para los críticos de mis Ideas, les recomiendo, el libro muy reciente del Señor Tobías Talero (1), en el cual hay tres capítulos, destinados a probar, por medio de acotaciones, ingeniosas e inhonestas, que Nietzsche y yo, somos dos locos, heridos de igual enfermedad mental, con la circunstancia agravante, en contra mía, de que yo he cometido el crimen involuntario de no haber muerto aún, lo cual hace doblemente peligrosa mi presencia sobre el planeta, especialmente, en aquella zona feliz, donde el cretinismo infusorio de los críticos, tiene adquirido predio de dominio;

eso, como cosas recientes;

como cosas antiguas, les recomiendo, los

---

(1) *Patologias Literarias*.—Nueva York.—Imp. Dax y Son.

*Grafómanos de América*, especie de libro, escrito hace ya muchos años, por un simio cubano, que responde al jocoso nombre de Emilio Bobadilla, y cubre la desnudez mental de sus esperpentos, con un seudónimo conventual: un *Candil*, en las manos de un lego idiota;

en ese libro de aquel inédito desesperado, el más rico pámpano de Idiotía, jugoso de cretinismo, aquel fracasado del Exito, huérfano de todo renombre, vapulea mi estilo, con motivo de un artículo mío, aparecido en *Némesis*, mi Revista Política;

a los amantes de lo grotesco, recomiendo el libro de aquel mastodonte insular, desprovisto de toda forma de talento, ajeno a toda visión de Arte, a toda delicadeza de espíritu, pero que es, en su prosa embrionaria, de acéfalo primitivo, el más espeso y caudaloso arroyo de vulgaridad, que se haya arrastrado jamás por las cloacas de una imprenta;

ser el autor predilecto de las polillas, ha sido hasta hoy el destino de aquel hongo mental, que no ha podido salir de la obscuridad, y vegeta en ella, consumido por la Envidia...

tal vez este reclamo mío, arroje algún rayo

de celebridad, sobre aquel congrio glutinoso, dormido en los pantanos del Despecho;

lo deseo de todo corazón;

cuando yo aseguro, que agradezco a mis críticos, soy de una perfecta buena fe; ellos, no pueden ya dar nada a mi celebridad, pero, se encargan de mantenerla viva; eso ya es algo;

ellos, se indignan de esa generosidad mía, porque tienen conciencia de que debería despreciarlos;

yo no desprecio, ni aquello que me sirve, ni aquello que me divierte;

con mis críticos jóvenes, soy benévolo;

yo, sé que su crítica de hoy, surge de las ruinas de su adoración de ayer; y, no es sino una forma superviviente de ella...

unos, han vuelto al culto; otros volverán...

ya me parece oír gritar, como gritaba el otro, que yo hago de mis prólogos de Arte, tribunas para la Invectiva, que hago de éstos, un editorial de *Némesis*, y que todo podrá morir un día en mí, menos el Panfletario;

sea;

yo amo bastante mis libros de Arte, para fulminar desde ellos;

en nombre del Arte que cultivo, y al cual sirvo con una pasión sincera;

todo lugar es bueno, para la resonancia espléndida del Verbo;

siempre que ese lugar sea una cima.

VARGAS VILA.

# EL HUERTO DEL SILENCIO

## TRAGEDIA LÍRICA

## PERSONAJES

---

OCTAVIO HEREDIA

MÓNICA (su Madre)

DON HILARIO

CLARA (su Prima)

Juez—Gendarmes—Pueblo

*La escena en* El Huerto del Silencio

ÉPOCA PRESENTE

# ACTO PRIMERO

# ACTO PRIMERO

Cuarto de estudio de Octavio Heredia, en su vieja casa solariega del *Huerto del Silencio;*

afuera, los ventanales abiertos dejan ver un horizonte de árboles y cielos;

en el fondo del paisaje, ideal y remoto, sobre la arboleda umbría, nubes de un gris perla, bajo el azul límpido;

ramas acarician los alféizares, con un ritmo suave, como gestos de manos de mujer;

con palideces de cera, y languidez de niños convalecientes, las rosas de un rosal vecino, llegan hasta la ventana y se mecen con movimientos litúrgicos de ostensorios, en el disco de oro fúlgido que hace el Sol en la ventana;

adentro;

claridad armoniosa en el vasto aposento, calmado y silencioso;

mobiliario familiar, antiguo y cómodo;

de los muros, penden armas de caza, trofeos cinegéticos, mapas, algunas acuarelas de flores;

en el centro, una mesa con libros y objetos de escritorio.

OCTAVIO, cerca a la ventana, mira hacia afuera; tiene veinte años de edad;

es bello, con la belleza un poco endeble de los seres que languidecen en claustración;

el aspecto esquivo y soñador, de aquellos que han vivido pertinazmente en la soledad;

observa el campo con atención, puesta una mano en la frente, haciendo sombra a los ojos, a guisa de visera.

## ESCENA PRIMERA

OCTAVIO

—Nadie...

Nada...;

las dos palabras escuetas de la Soledad; los dos palabras, que han enmarcado y sintetizado mi vida toda:

*Nada;* el Heraldo de los días sin Gloria, y de las horas sin esfuerzo...:

*Nadie:* el Heraldo de los días sin amigos, y de las horas sin Amor...;

palabras sin caricias, centinelas de veinte años de niñez, de adolescencia, de juventud;

ellas han guardado mi Vida desde la cuna con una piedad celosa de loba por su cachorro;

y, yo las amaba;

amaba esas dos nodrizas, mudas y sin halagos;

amaba sus lentas horas sin voces y sin visiones, vacías como dos órbitas sin ojos, como dos bocas sin lenguas;

amaba refugiarme en el seno de estas nodrizas, sobre sus pechos sin néctar y sin calor, como los pechos de una virgen muerta;

y, sin embargo, no eran vírgenes esas horas, porque yo las violé con mis ensueños;

el alma de la Soledad, es fecunda; de una fecundidad aullantè y terrible, como la del vientre de una leona;

¡ay de aquel que se ha amamantado a los pezones de la Soledad!...

ése será soñador y feroz, como el alma misma de la Soledad *(vuelve a mirar con insistencia, a interrogar ávidamente con las miradas, el campo desierto, lleno de una dulzura intolerable a su ansiedad)*.

—Nadie...

ni la sombra de un hombre sobre el llano...

nadie, en la inmutable quietud de las veredas;

nadie, sobre las márgenes del río...

implacable el sol, no alumbra la silueta de un hombre sobre la tierra enardecida;

la Naturaleza, está como herida de ataraxia;

todo parece mortalmente extinto en el seno del Silencio;

los paisajes no tienen vida psíquica, somos nosotros quienes damos esa vida a los paisajes...;

y, hacemos de ellos, estados de alma, reflexiones mórbidas de nuestro Yo;

los paisajes no viven en nosotros, somos nosotros los que vivimos en los paisajes, y les damos la vida tormentosa de nuestro espíritu;

he ahí, por qué veo tan tristes los paisajes hoy, y me parecen muertos bajo el invisible beso del azur...

¡tristes, como mi corazón!...

¿qué nube ha entenebrecido esos paisajes, que parecen diluirse y esfumarse en el efluvio lento de un crepúsculo?

la nube que empañó mis ojos en la tarde de ayer, en el sendero triste, cuando el toque de *Angelus*, llenaba el campo de un rumor de plegaria, que se extendía como una caricia sobre el casco de oro de las colinas, la gravedad altanera de los pinares y la calma religiosa del llano dormido en mansedumbre...;

la nube de las lágrimas...

¿por qué lloré ayer, en ese atardecer luminoso, lleno del perfume tibio de las glisinas y de la caricia de las rosas murientes en el crepúsculo?

¿por qué hago esfuerzos, para no llorar ahora, en medio de esta pompa vegetal, y de esa gloria de Sol, que se extienden ante mí como una victoria de luz lasciva y armoniosa?

mis ojos, habituados a ver el vientre desnudo de la Soledad, no habían llorado nunca un verdadero llanto de Dolor;

aquel de ayer fué como una nube de cenizas que hubiese caído sobre mis ojos, ardiendo mis pupilas, y haciendo ciegos también los ojos de mi espíritu...;

mi ceguedad fué tan completa, que olvidé todos los senderos...

y, anduve a tientas sobre el llano, a tientas en mi corazón, a tientas en mi propia alma;

nuevo era todo para mí;

nuevo el campo, nuevo mi corazón, nueva mi alma;

nuevos en las tinieblas...;

todo despierta al beso de la Aurora...

¿por qué despertó mi alma al beso de la Noche?

¡en el vientre obscuro de la Noche!

¡sola, y desnuda de toda consolación!... *(vuelve al centro del aposento, hasta donde está la mesa; apoya una mano en ella, se sienta luego en uno de los sillones colocados al extremo, quedando entre la ventana y la mesa; absorto, meditabundo, continúa en hablar, tenazmente ensimismado).*

Yo, había vivido en la Soledad;

sobre su vasto pecho brutal y desnudo, yo había sufrido su abrazo;

su beso casto y bestial, fué el solo que ardió mis labios, serios y estremecidos, al beso del desierto, como los labios de un Profeta;

el río de la palabra, que fluía de mis labios, se agotaba y moría sin corrientes, sobre la arena de la Soledad, privado de sonoridad, ajeno a toda pompa de miraje...

y, sin embargo, yo amaba esta sombra dulce de los jardines de mi Soledad;

¿por qué ha sido ayer, que he visto por primera vez el rostro de mi Soledad?

¿dónde estaban mis ojos?

en el fondo de mi corazón, que sonreía a la Soledad...

¿por qué se hicieron de súbito turbios, los paisajes del campo y los de mi corazón?

esos paisajes familiares, yo los amaba como personas que me fueran queridas;

los hallaba bellos, como el rostro adorable de mi Madre, que resplandecía en mi Soledad...;

cierro los ojos, y los veo palpitantes de belleza en el fondo de mi corazón *(cierra los ojos y continúa en hablar, con los ojos entrecerrados, como quien persigue el vuelo de una visión)*.

Lejos, en el límite del horizonte, dominando el reposo de las colinas, la serranía de *El Trueno*, el hosco monte calvo y sañudo, visitado por el rayo:

¡cuán bella es su cima desnuda, cuando florece en ella, el rosal bermejo de las tempestades!...

abajo, el valle sonriente, en su perpetuo oleaje malva y oro, inclinando sobre las gramíneas próvidas, la cabellera dócil de sus trigales;

cerca a las curvas exuberantes de las laderas, bajo las sombras altaneras de los pinares, juguetón en la esmeralda del llano, el río rumoroso y entusiasta, lleno de tumultuo-

sas exaltaciones, corriendo hasta perderse de vista en la línea azul de los remotos follajes;

más allá, dominadora en un horizonte de almas creyentes, llena de gloria ideal, la torre de la Iglesia del Pueblo;

más acá, en el apaciguamiento religioso del valle, la ermita de la Virgen, donde vamos a orar mi madre y yo, solos, en la blancura desnuda de los muros sin ornamentos, llenos sin embargo de un calor amoroso para nuestras almas implorantes, rezando ante el Cristo exangüe y la Virgen Dolorosa, que parecen sonreírnos en un nimbo de Esperanza, transfigurados y luminosos bajo las luces blancas de la mañana, o el velo de topacio de la tarde;

más acá, el predio de nuestra casa;

y, al principio del jardín, cerca a la quebrada rumorosa, la tumba solitaria de mi Padre *(abre los ojos, lentamente, como obsesionado aún por su visión)*.

Y, todo eso lo amaba yo; y, todo eso era algo de mí mismo, algo esencial de mi propia vida;

¿por qué todo eso se obscurece y tiembla en el fondo de mi corazón, lleno de una insólita tristeza?

y, eso, desde ayer, cuando volví del *Refugio*, solo y apesadumbrado, porque Alicia, no quiso escucharme, esquivó mi contacto, y retiró su mano con horror...

¿qué he hecho yo para ser tratado así?...

seis meses hace que ellas vinieron a habitar *El Refugio*, la vieja casa ruinosa y destartalada de Míster Ellis, rodeada de su pequeño jardín, inculto y abandonado desde la muerte del viejo maníaco;

seis meses hace que yo la vi por vez primera, pasando por ese obscuro pórtico de hojas, que da entrada a nuestro jardín;

¡ese pórtico, que no traspasa nadie, y del cual los mendigos mismos, se retiran con horror!...

y, ella, entró con su madre;

venían a hacernos visita, a ofrecérsenos como vecinas;

en veinte años que tengo de vida, ningún ser extraño, que no fuera don Hilario, el viejo cura del pueblo, amigo nuestro, había llegado hasta nuestro Salón, y se había sentado en los sillones polvorientos, que parecen llorar de su abandono;

y, yo la vi allí, blonda y luminosa, tenderme la mano y sonreírme;

nunca mi mano había estrechado otra mano de mujer, que no fuera la mano de mi Madre;

temblé como un niño asustado; y, ella rió de mi confusión;

eran extranjeras, cercanas parientas de Míster Ellis, que les había dejado en herencia esa propiedad, la cual, privadas de cualquier otro recurso, venían a habitar;

yo recordaba bien a Míster Ellis, viejo inglés monomaníaco, a quien hallaba a veces por los senderos cercanos, con la escopeta al hombro, y seguido de sus perros;

solía detenerse para acariciarme con tristeza, cuidando de no desnudar nunca su mano, o poniéndose sus guantes de caza, si por casualidad la traía desnuda;

mi madre y yo, pagamos la visita de las dos mujeres, en un domingo asoleado y primaveral, que no olvidaré nunca;

ellas, volvieron con frecuencia, como para inspirar confianza a mi Madre, que había perdido el hábito de tratar las gentes, y empeñadas en inspirar confianza a mi salvajez nativa, hecha casi feroz por mi absoluta soledad;

bien pronto, nuestro trato se hizo íntimo;

todas las tardes, yo iba al *Refugio*, y en

el jardín umbrío que empezaba a resucitar, a la caricia de las manos angélicas que lo cuidaban, hablaba con las dos mujeres, ansiosas de perfeccionarse en nuestro idioma, tomábamos el te a la sombra de los árboles, y mientras la madre bordaba, yo leía versos a Alicia, emocionada y soñadora;

la vecindad de una mujer extraña, me era desconocida;

yo, no sabía que era peligrosa, como la vecindad de una llama;

y, de tal manera peligrosa, que mi alma se incendió en ella;

el corazón de un solitario, es combustible, como ningún otro corazón;

y, cuánto más el mío, que había vivido en una soledad absoluta, privado de todo amor, que no fuera el amor sagrado de mi Madre;

mi padre, no me acarició nunca; no me besó jamás;

aislado en su aposento, encerrado en él, apenas si me veía a través de las rejas de la ventana, a donde me llevaban para verlo;

yo, no recuerdo su rostro, porque lo envolvía siempre en una amplia bufanda;

pero, recuerdo sus ojos, la angustia inmisericorde de sus ojos, húmedos de llanto;

¿por qué lloraba mi padre, no pudiéndome acariciar?

mi padre, era alto, encorvado, tenía el aire enfermo, marchaba penosamente, y parecía huir de todos y de todo;

si salía a pasear al jardín, del brazo de mi Madre, me apartaban de su paso;

si tocaban a la puerta, lo cual no podía ser sino un mendigo forastero, ignorante del lugar, mi padre se ocultaba apresurado;

y, la soledad reinaba como una muralla, en torno al *Huerto del Silencio;*

la *Casa Maldita*, como la llamó una vez una vieja mendiga, a quien mi madre sorprendió robando las frutas que caían sobre las tapias del jardín;

y, a esta *Casa Maldita*, entraron un día, la Esperanza y el Amor, en los ojos grises y melancólicos de una mujer;

y, ellos vinieron a mi corazón, y lo coronaron de algo, luminoso y suave, como un celaje de alba;

y, comenzaron entonces las horas inolvidables y divinas, en que nuestras almas, se alzaban temblando, al alto beso de la ventura inaccesible;

horas de ensoñación, entre la caricia per-

fumada de los rosales, y la mirada cariñosa del infinito azul...

el diario vagar por el jardín umbrío, bajo las techumbres vegetales, suntuosas en su inerme decoración;

el coloquio a la sombra de los árboles, viendo huir la horda vagabunda de las nubes en desorden;

el charloteo inocente, que alternaba con el de los pájaros, posados en los ramajes cercanos llenos de una emoción sensual;

mi Madre, irradiaba de ventura;

y, yo también;

por primera vez, se reía en el *Huerto del Silencio;*

todo parecía florecer aquí, hasta la cercana tumba de mi Padre, que mi Madre cuidaba de ocultar siempre a las visitadoras, llevándolas en una dirección opuesta a ella;

yo, soy joven, sano, rico; ¿qué podía oponerse a nuestra ventura?

mi Madre, pensó así, y se habló de nuestra unión;

ellas son pobres, sin parientes, sin porvenir...

Alicia me ama; nada se opone a nuestra unión;

a la petición de mi Madre, sólo pidieron unos días para reflexionar, para informarse;

y, hace unos días, la madre de Alicia se dice enferma, para no recibir a mi madre.

Alicia no sale al jardín; esquiva aproximarse a mí; habla conmigo desde la ventana;

y, ayer...

ayer he visto en sus ojos, no el Amor, sino el Horror...; el intenso Horror, indominable...; un Horror loco y desmesurado, como el que se tiene al Crimen o a la Muerte;

no bajó al jardín; me esperó tras de los barrotes de una ventana casi inaccesible; me extendió su mano enguantada, bajo el pretexto de que estaba herida; me habló de cosas muy tristes, de naufragios de sueños, de un viaje próximo, y temblaba con un temor creciente, que era una angustia...;

apresuró la entrevista, diciendo que su madre la llamaba;

al extender mi mano para estrechar la suya, casi me la rehusó;

cogió con miedo el ramo de rosas que le llevaba, rosas de nuestro jardín, que ella amaba tanto;

y, cuando intenté llevar su mano a mis la-

bios, para besarla, la retiró con violencia, en un gesto de espanto que no olvidaré jamás;

y, desapareció...

cuando a mi regreso, llorando como un niño, conté a mi madre lo sucedido, su dolor indiscreto dejó escapar un grito: *Ya lo saben...*

pero, ¿qué saben?

mi madre se perdió en subterfugios;

para aclarar la situación, para pedirles una respuesta categórica, hemos enviado a don Hilario, que en este momento debe estar en *El Refugio*, hablando con ellas;

y, don Hilario tarda...

tengo miedo de verlo venir, y miedo de no verlo; miedo de que tarde, y miedo de que llegue...

¡ah! ¡cómo es cobarde el corazón que espera!... *(se pone en pie, se acerca de nuevo a la ventana, escruta el horizonte):*

Nadie...

Nadie...

## ESCENA II

MÓNICA, entra cautelosamente; representa la cuarentena pasada; viste de negro, con pulcritud; alta, airosa, muy distinguida; en el rostro los restos de

una real belleza marchita; aspecto de un gran dolor resignado; se acerca a su hijo con una ternura desbordante en la mirada, llena de ansiedad; le pone la mano suavemente en el hombro.

MÓNICA

—¿Nadie? ¿no viene aún?

OCTAVIO *(volviendo el rostro hacia su madre, con una infinita tristeza).*

—Nadie... ¡cuánto tarda!

MÓNICA

—Ya vendrá; hijo mío... ya vendrá.

OCTAVIO

—Esperar...
¡qué horrible palabra es ésa, cuando se tiene miedo de la Esperanza!...

MÓNICA

—Y, sin embargo, esa palabra encierra la

Vida toda; vivimos esperando, y morimos con la esperanza en los ojos y en los labios.

OCTAVIO

—¡Ah! Madre, qué cosa tan cruel es el Dolor...

MÓNICA

—Dios te había preservado de él, acaso para premiarme a mí por haberlo agotado.

OCTAVIO

—¿Dios? Madre, ¿por qué ha creado Dios el Dolor?

yo no he visto a Dios, sino en el fondo de tus ojos, y lo he visto siempre a través del velo de tus lágrimas.

MÓNICA

—Dios, está en el fondo de todo dolor; tal vez, es el Dolor mismo.

OCTAVIO

—¡Triste Dios, aquel que hace llorar los hombres!

Dios, debería ser la Ventura;

el día que nació Dios en el cielo, ha debido morir el Dolor sobre la tierra; se diría que el uno niega al otro.

MÓNICA *(con dulce severidad).*

—¡Calla! hijo, calla:

Dios se nombra, no se explica;

*(acercándose a la ventana y mirando hacia afuera.)*

Don Hilario no viene, tal vez esas damas lo han invitado a almorzar.

OCTAVIO *(sarcástico y soñador).*

—Como nos invitaban a nosotros, hasta la semana pasada, antes de que nos tomaran en horror;

el Horror...

¡Madre! ¿por qué inspiramos nosotros horror?

el *Huerto del Silencio*, es como un lugar maldito, algo consagrado al Horror Inviolable; quien toca a su puerta una vez, no vuelve nunca; ¿por qué? ¡Madre! ¿por qué?

MÓNICA

—Exageras, hijo, exageras;

estamos lejos del pueblo, no tenemos a qué ir a él...

OCTAVIO

—¿Exagero?

y, tu voz tiembla con la palpitación de un horror oculto, cuando me dices eso...; y, tu voz tiene un eco más profundo, bajo el ala obscura y dominadora de la soledad que nos rodea;

nada traspasa el límite árido del horror que inspiramos;

ese pueblo de quien tú hablas, nos es hostil;

se aparta para dejarnos pasar, evitando rozarse con nosotros;

las gentes, vuelven el rostro, para no hablarnos;

los niños, nos miran con grandes ojos de

espanto, mientras sus madres los ocultan, como temerosas del contacto de una caricia nuestra;

hace mucho, que yo no voy al pueblo;

¿recuerdas cuando don Hilario, me llevó a su casa, para que concurriera a la escuela?

¡ay! madre... lo que yo sufrí en aquellos días no tiene nombre;

por primera vez, vi el espectáculo de mi soledad, reflejarse y ensancharse, en aquellos ojos puros que me miraban con horror; un horror sin fronteras y sin piedad;

desde el primer día que concurrí a clase, todos los niños se apartaron de mí;

mi banco quedó vacío;

a la hora del recreo, nadie se acercó a jugar conmigo;

el Maestro, compasivo, me miraba sin atreverse a acariciarme;

y, yo lloré entonces mucho; por primera vez lloré de mi soledad;

después, las pocas veces que hemos ido a la iglesia, todos se apartan de nosotros, nos ceden el puesto, y el vacío se hace en torno nuestro, como si una máquina neumática hubiese absorbido los fieles;

al regreso, los campesinos nos saludan con

respeto, puede decirse que con lástima, pero ninguno se acerca a nosotros, y nos dejan libre el paso, en el camino de nuestra soledad;

yo fuí el niño sin caricias; sólo tus manos suaves y divinas acariciaron mi rostro; sin la misericordia de tus labios, yo no sabría lo que es la miel de un beso;

mi padre, murió sin haberme besado nunca; madre... ¿por qué mi padre no me besó?

MÓNICA *(intentando calmarlo con ternura).*

—La tristeza te exalta;
¿por qué hablar ahora de esas cosas?
tu padre te amaba mucho.

OCTAVIO

—Mi padre fué para mí como un fantasma, que se deslizó en mi soledad; una visión surgida del seno del Misterio, para reflejarse en el espejo turbio de mi soledad;

no lo vi nunca, sino a través de las rejas de su ventana, que parecían las de una prisión; cuando paseaba por el jardín, apoyado en tu brazo, me apartaban de su lado;

un día, dejé de verlo;

supe que había muerto;

lo sacaron en la noche, y lo sepultaron allí, al extremo del jardín;

¿por qué mi padre no duerme como los demás, en el cementerio del pueblo, al lado de los otros muertos, sus hermanos en la Eternidad?

¿qué crimen cometió mi padre?

MÓNICA

—¿Crimen?

no blasfemes;

tu padre, fué el más honrado y el más noble de los hombres; fué bello como tú, y era bueno como tú; si tuvo que quejarse de la Vida, nadie en la vida tuvo que quejarse de él;

pero... ¿por qué rememorar hoy estas cosas?

OCTAVIO

—Madre, porque siento ensancharse el circuito de mi Soledad, y engrandecer en él, el misterio que me rodea, y todo me dice, que

en el corazón de ese misterio, está la causa del dolor que hoy sufro;

mi Soledad, me era amada, antes de que el Amor viniera a decirme, que hay algo más bello que el alma patética de la Soledad;

yo había despreciado el horror de todos, antes de ver lucir este horror, en los ojos de Alicia;

ayer lo he visto;

y, desde entonces tengo miedo de ese horror; miedo de mi Soledad...

MÓNICA

—Tal vez te engañas, hijo mío;

no conoces los misterios del alma femenina;

las mujeres, tenemos instantes irrazonados de crueldad, en los cuales gozamos en hacer sufrir a aquellos que nos aman;

es la revancha de nuestra debilidad:

*(se siente ruido de pasos en la habitación vecina, y don Hilario aparece en el umbral de la puerta; es un sacerdote, alto, magro, cetrino; cercano a la sesentena; aire de gran austeridad)*:

## ESCENA III

OCTAVIO *(avanzando hacia don Hilario y besándole la mano).*

—¡Al fin!; bien venido sea usted.

MÓNICA *(besándole también la mano).*

—¡Bien venido!
llega usted a tiempo:

OCTAVIO

—A tiempo de salvarme;
me trae usted la salvación; ¿verdad? *(con gran impaciencia):*
¿qué dijeron?

DON HILARIO

—Espera, espera, que toda prisa trae su despacio *(se sienta en la silla que le ofrece*

*Octavio, y se enjuga la frente con un gran pañuelo de Madrás).*

Oye *(dirigiéndose a Octavio);*
he olvidado quitar el freno a la cabalgadura; hazlo tú, y ordena que le echen un pienso; la pobre muere de hambre.

OCTAVIO

—Súbito... *(sale).*

## ESCENA IV

MÓNICA *(con ansiedad, y acercándose a don Hilario).*

—Y, bien ¿qué hay? ¿las ha visto usted? ¿qué dicen?

DON HILARIO *(con una gran pena en el rostro y en la voz).*

—Malas nuevas; ¡pobre muchacho!...
las he visto; hemos hablado mucho; están desoladas;
lo saben todo... todo...

lo de la enfermedad; lo de la muerte;

antes de convenir en el matrimonio, pidieron informes a su abogado; éste, como era natural, los dió muy buenos en cuanto a la honorabilidad de la familia, y en cuanto a la situación monetaria de Octavio, pero, no pudo ocultarles lo de la enfermedad de don Eduardo, y su trágico fin;

esto, las llenó de espanto;

las gentes del pueblo, habían empezado a huir de ellas, porque venían aquí; pero, no se habían apercibido, y es ahora que empiezan a darse cuenta;

el horror del contagio las posee; creen en la herencia inapelable del mal;

hablándome de esto, la madre temblaba, preguntándome si no estaría ya contagiada;

los ojos de la hija divagaban y se engrandecían de espanto; enguantó sus manos para entregarme los libros y las cartas que le había dado Octavio;

aquí están *(los pone sobre la mesa).*

MÓNICA *(ocultándolos rápidamente en un cajón de la mesa, y cruzando con angustia las manos sobre el pecho).*

—¡Pobre hijo mío! ¡mi hijo! ¡mi hijo!... empieza con él, otro nuevo Calvario para mí...

DON HILARIO

—Valor, Señora.
Dios nos da la Vida para sufrirla;
sufrámosla.

MÓNICA

—Y, ¿he hecho yo otra cosa que sufrir? usted conoce mi vida;

yo, era feliz al lado de mis padres, en la cercana capital de la provincia, cuando llegó Eduardo;

nos vimos, y nos amamos;

él, era bello, rico, joven, bueno; nada le faltaba para ser amado;

nuestro matrimonio, fué envidia de muchos;

el nacimiento de Octavio, coronó nuestra ventura;

fuimos felices, hasta el día en que por una herida casual, apareció el terrible mal...;

había sido el azote de su familia, y yo no lo sabía;

para huir del mal, había huído de su patria, creyendo escapar por la distancia, a la ley ineludible de la herencia;

¡vano empeño!... llevaba la herencia en la sangre; el germen fatal iba con él...

y, apareció, inexorable y devorador;

usted vió, cómo el mal se extendió por todo su cuerpo;

la úlcera repugnante, lo cubrió como a un nuevo Job;

me aislé con él en este retiro, que fué regalo de mis padres, y durante quince años quise hacerle olvidar su pena;

la elefancía, agria el carácter y predispone a la locura;

tuvo accesos de demencia asesina, y llegó a atentar contra mí; lo oculté a todos, y sin embargo, se habló de recluirlo...

ante este peligro, su dolor se exacerbó, su cerebro acabó de obscurecerse;

y, un día, aprovechando un momento en que lo dejé solo, se dió la muerte;

y, duerme allí, en aquella tumba, hecha casi toda por mis manos, y que usted se ha negado a bendecir...

duerme allí, maldito de Dios y de los hombres...

DON HILARIO

—Dios no lo ha maldecido; Dios lo ha perdonado...

MÓNICA

—¿Su Dolor?

DON HILARIO

—No: su pecado.

MÓNICA

—Su pecado fué hijo de su mal, que le perturbó el cerebro;

hay horas en que se vive en una atmósfera de Fatalidad; absorbido por la Fatalidad; empujado violentamente por la Fatalidad; la última hora de Eduardo, fué una de esas horas del triunfo de la Fatalidad.

DON HILARIO

—No hay Fatalidad, sino Providencia...

MÓNICA

—Don Hilario... ¿qué he hecho yo a la Providencia que me ha hecho sufrir tanto?... ¿qué le hizo ese pobre muerto, que duerme allí, sin el consuelo de mi último beso, que no quiso recibir, por miedo de que mis labios contagiaran después a su hijo?

¡ah! Señor Cura... nadie como usted sabe lo que yo he sufrido, lo que yo he llorado, lo que yo he implorado a Dios, en esta soledad, temblando de espanto bajo el espectro de Job, ante el horror de la llaga engrandeciente que devoró a mi esposo, que amenaza a mi hijo; vivir llorando sobre la tumba de Lázaro, con la angustia expectante, de ver alzarse el muerto bajo las facciones del hijo, con la única resurrección posible, la de su lepra; ¡Dios mío! Dios mío... ¿cómo salvar a mi hijo? *(llora)*.

DON HILARIO

—No llore usted; Octavio va a venir; es necesario que él no la vea llorar; podría faltarle el valor para oír lo que va a oír.

MÓNICA *(suplicante).*

—Lléveselo usted, don Hilario, lléveselo, envíelo a la Capital, apártelo de esta prisión de Fatalidad que nos rodea, que salga de este aire envenenado, que escape a la tumba de Lázaro, que viva, que goce, que ame, aunque sucumba yo de pena, abandonada en esta soledad; el tiene derecho a la Vida, que viva;
yo, no tengo derecho sino al Dolor;
¡bendito sea mi dolor, si ha de salvarlo!...

DON HILARIO

—Antes de que este amor viniera a perturbarlo, habíamos hablado siempre, de la conveniencia de hacerlo sacerdote;
podríamos intentar, llevarlo al Seminario de la Archidiócesis;

allí no se sabe nada; será admitido sin recelo;

y, tal vez Dios, tenga piedad de su levita;

si lo dejamos en el mundo, podremos perder por igual su alma y su cuerpo;

todas las tentaciones le acecharían; la primera la del amor...; y, ¿bajo qué forma? bajo la forma del vicio, porque la del deber no le es permitida;

el matrimonio, le está prohibido;

nosotros, no podemos permitir que haga una generación de enfermos, un lazareto de leprosos...

MÓNICA *(con angustia)*.

—¡Calle usted! ¡calle usted, por Dios! usted me parte el alma...

DON HILARIO

—¡Silencio! Señora;
váyase usted...
y, Dios sea conmigo.

(MÓNICA *sale por una puerta lateral, dominando su emoción; Octavio entra por la del centro, muy preocupado)*.

## ESCENA V

OCTAVIO *(acercándose a don Hilario con gran impaciencia).*

—¿Y, bien?...

DON HILARIO

—Bien...

OCTAVIO

—¿Qué han dicho?

DON HILARIO *(un poco confuso).*

—¿Ellas?
ya sabes...
las mujeres, no saben decir nunca lo que quieren...

OCTAVIO

—Pero... diga usted...

DON HILARIO

—Espera; espera;
ten paciencia, y ten valor;
piensa, que una mujer que se pierde, es una batalla que se gana; y, que el corazón de toda mujer, es la manzana de Eva; no sirve sino para perdernos;
además, no hay nada peor que la chismografía de la aldea;
la lengua de la aldea es una serpiente de fuego; por donde ella pasa, siembra el incendio y la desolación.

OCTAVIO

—¡Por Dios! abrevie usted...
¿qué tiene que ver la Aldea con todo esto?
¿es que voy yo a la Aldea? ¿me conoce la Aldea? ¿me mezclo yo a las cosas de la Aldea? ¿qué tiene que ver la Aldea conmigo?...

DON HILARIO

—Paciencia; paciencia;
cuando esas damas vinieron aquí, no cono-

cían a nadie; sus solos amigos fuisteis vosotros, por ser sus vecinos; estaban lejos de la Aldea; no veían a nadie, no hablaban con nadie; no sabían nada;

pero, con tu petición de matrimonio, ellas tuvieron necesidad de tomar informes, y fueron al pueblo, hablaron con el Abogado que les había servido para arreglar lo de la herencia de Míster Ellis, se pusieron en relación con su familia, se trató de vosotros, y naturalmente, se habló de tu padre...

OCTAVIO

—Mi padre; siempre mi padre, y el misterio de mi padre...

¿qué hizo mi padre?

¿era acaso mi padre un criminal, y por eso duerme allí, lejos, tan lejos de los hombres, en esa soledad?

DON HILARIO

—¿Un Criminal?
no;
era algo peor;
era un desgraciado;

los hombres perdonan el crimen; no perdonan nunca la desgracia;

el Crimen tiene amigos; el Dolor no los tiene;

el alma del Dolor es la Soledad; por eso tu padre duerme en el corazón de la Soledad.

OCTAVIO

—Y, ¿cuál fué el Dolor de mi padre? ¿cuál su desgracia?...

DON HILARIO

—Su dolor, fué el más grande de todos los dolores... aquel que no puede ser consolado;

su mal fué el peor de todos los males; aquel que no puede ser curado por los hombres;

aquel para el cual se necesita la venida de un Dios...;

el mal de Lázaro...

OCTAVIO *(retrocediendo, espantado, enloquecido, lleno de un trágico horror)*...

—¡El mal de Lázaro!

¡la lepra de Lázaro!

mi padre ha muerto de la lepra, y yo he vivido en la casa del leproso; estoy en la casa del leproso, y yo también debo ser un leproso...

me han encerrado en la tumba de Lázaro; me han envuelto en el sudario de Lázaro;

¡piedad! ¡piedad! ¿quién me librará del abrazo de Lázaro? *(corre precipitado hacia la puerta, y vuelve y se deja caer anonadado sobre un sillón, apoya los brazos sobre la mesa, y oculta en sus manos el rostro aterrado; se le oye sollozar, hondamente, violentamente, como un animal a quien se degüella; y, su grito se pierde en la soledad).*

DON HILARIO *(acercándose a él, con cariño, y pasándole suavemente una mano por la cabeza, que los sollozos sacuden).*

—Eres un hombre, y quien dijo Hombre, dijo dolor sobre la tierra;

ten valor, en esta hora en que ves tu trágico destino, alzarse ante ti en todo su espantoso horror...

y, no exageres el espanto de tu visión;

la lepra, no está en ti, porque todo aquí ha tendido a librarte del contagio de la lepra;

las manos de tu padre no te tocaron nunca, y sólo se extendían para bendecirte a distancia, circundándote de una aureola de amor tanto más vehemente cuanto más lejana;

sus labios no te besaron nunca, porque su corazón te besaba en las noches calladas, cuando tú dormías y él se debatía en los abrazos del terrible mal;

por eso fuiste huérfano de sus besos, y huérfano de sus caricias, hasta el día, en que la muerte te hizo huérfano de sus miradas; ¡huérfano para siempre!...

el día en que, con aquella mano que no quiso acariciarte, se dió la muerte; y, en sus ojos que lloraban al verte, dejó de reflejarse Dios; y, con su propia mano venció su Mal; y, no habiendo podido ser dueño de su Vida, fué el dueño de su Muerte.

Dios, lo habrá perdonado.

OCTAVIO (*levantándose indignado*).

—Es mi padre, quien debe haber perdonado a Dios...

DON HILARIO

—¡Calla, blasfemo!
el Dolor te hace criminal;
no juzgues a Dios;
juzgar a Dios, es negarlo;
y, de todas las formas del ateísmo, la blasfemia es la más cobarde.

OCTAVIO

—Yo no juzgo a Dios, pero, ¿qué queréis? yo no he oído pronunciar nunca su nombre sino en el estertor de un gemido de angustia, yo no he visto su imagen, sino en el fondo de ojos enturbiadas por el llanto:

Dios, es algo muy triste, visto en el cristal de una lágrima.

DON HILARIO

—Dios es la Misericordia; él habrá perdonado a tu padre, no por el dolor que le infligió, sino por no haber esperado el fin de su terrible prueba...

OCTAVIO

—¿Mi Padre, fué un suicida?

DON HILARIO

—Sí;

y, por eso y por su lepra, duerme allí, en la soledad, lejos de los otros muertos, que esperaron la hora de Dios...

OCTAVIO

—Que no sonará para él...

DON HILARIO

—Sí sonará, porque Dios es la Piedad...

OCTAVIO

—Y, si es la Piedad, ¿por qué nos hiere?

DON HILARIO

—Cállate y refúgiate en Dios;

busca a Dios;
ve hacia Dios...

OCTAVIO

—Es verdad;
es verdad;
sólo Dios me abrirá los brazos;
sólo Dios no tendrá miedo del contagio...
todas las puertas de la Vida están cerradas ante mí, porque yo soy el retoño de Job, el espectro de Job que vaga por la tierra;
yo, soy Lázaro redivivo;
¿a dónde irá Lázaro que no sea a los brazos de su Salvador? *(arrojándose violentamente en los brazos de don Hilario)*;
sálveme usted;
lléveme usted a los brazos de Dios;
sáqueme usted de la tumba de Lázaro...
ha sonado en mi corazón, la hora de Betania:

DON HILARIO *(paternalmente, ensayando consolarlo)*.

—¡Bendito sea Dios!

él ha despertado tu corazón a la única vida que no muere;

antes de que este funesto amor viniera a perturbarte, ya habíamos hablado de que irías a concluir tus estudios en el Seminario de la Capital;

allí nadie sabe nada del funesto mal que ha diezmado tu raza; y, Dios y los hombres te abrirán los brazos:

OCTAVIO

—Y, me refugiaré en Dios, ya que el mundo rechaza de su seno el fantasma repugnante de Job;

y, tal vez Job, salvará los hombres;

y, tal vez Lázaro, gritará en la tumba de muchos corazones muertos para la Fe:—levántate y anda—;

y, se levantarán y andarán;

y, todos iremos hacia Dios...

perdiéndonos en la luz de Dios...

en el océano de luz que fluye de las manos de su Misericordia *(inclina la cabeza sobre el pecho de* DON HILARIO, *que lo acaricia suavemente como a un niño).*

# ACTO SEGUNDO

# ACTO SEGUNDO

Han pasado doce años;
el jardín del *Huerto del Silencio;*
salvaje decoración, en la hora mórbidamente dulce, bajo el calor estivo;
el Huerto, se diría febricitante en sus follajes, tal es lo lujuriante de su vegetación, que se extiende en ondulaciones de un verde azul, indeciso;
la blancura odorante de las camelias, interrumpe a trechos el zafir de ese abismo de azulidades, que se dirían en éxtasis;
a la sombra de un árbol corpulento, un velador de metal y sillas de mimbre;
clemátides y rosas en hemiciclo.
Octavio Heredia, sentado cerca de la mesa, apoyando un brazo en ella;
viste de sacerdote; sotana, y un birrete negro;
tiene un Breviario en la mano;
los estigmatas del terrible mal, se ven claramente en sus facciones deformes;
lee, haciendo sombra con su mano a sus ojos enfermos;

sus labios, murmuran palabras de oración;
cierra el Breviario;
mira el campo y el cielo, absorto en el silencio musical de la hora;
la caricia de las ramas, hace más opaca sobre su cabeza la tenue zona de luz.

## ESCENA PRIMERA

OCTAVIO

—*Benedicamus Domino:*
Bendito sea el Señor;
he ahí la voz que suena en mis tinieblas, sin poder llenar mi corazón;
el Silencio, lleno de cosas hostiles, la repite con inflexiones de sarcasmo;
y, parece que bocas extrañas, rieran en el corazón de las cosas inermes que me rodean;
el Dolor, pone su mano sobre mi boca y me quiere hacer callar;
y, su mano fría, parece decirme: ¿por qué bendices a aquel que hizo ronca tu voz, y puso la lepra en la púrpura de tus labios? que lo bendigan aquellos cuya garganta es apta para

el canto, y cuya boca puede ser el ánfora de un beso;

tú, pobre ser tremante, transido por todos los espantos, con el corazón atravesado por la espada invisible, ¿por qué cantas el cántico de gracias, a aquel que te ha hecho sentir el ardor de su cólera, y te ha privado del beso de su Misericordia?

¿por qué alzas tus ojos a los cielos, que te miran insensibles, con esa gran mirada de iniquidad?

y, he ahí, que yo pongo mi mano sobre mi gemido, y quiero ahogar el grito de mis entrañas;

y, veo que el cántico sale de mis labios, y no de mi corazón...;

y, siento engrandecer la tiniebla en mí, porque mi corazón es la urna vacía, donde las cenizas mismas, se niegan a entonar el himno de la desolación, que canta en todos los sepulcros;

la Muerte, no quiere de mí, como no quiere la Vida, y soy un harapo miserable y palpitante, arrojado por el Dolor, sobre el seno de la Soledad;

desde el día en que nací, Dios volvió su divino rostro, y no quiso mirarme;

su faz, no llenó mi alma de maravillas, y su voz, no sonó en mí, con el divino cantar de las consolaciones;

él, llenó mis ojos de tinieblas y mi boca de reproches, cuando hizo de mí la pústula viviente, que arrojó en el camino de los hombres;

fantasma del Horror hecho para espantar la Soledad, y sobre cuya frente, el viento mismo teme agitar la caricia de sus alas;

la faz de mi Dolor, se extiende como una maldición, sobre las aguas y sobre las rosas, y parece extenderse sobre los campos en un paroxismo de devastación;

yo, soy aquel que enferma lo que toca, y ante el cual, las ramas de los árboles, hacen el gesto de huir.

*Misericordia;*

¿qué significa la miel de esa palabra vertida sobre mi corazón?

ninguna abeja del cielo hizo en mis labios su panal, y el enjambre de la Ilusión no voloteó en el crepúsculo gris de mi alma, antes de que se hiciera en ella la Terrible Noche;

la Noche sin estrellas, y sin Aurora...

si Dios ha huído de mí;

si los hombres se apartan de mi camino,

amenazando escupir mi rostro, y señalándome los senderos del ultraje;

si el huracán que me envuelve no cesa, y el Dolor no deja siquiera reposar mis huesos;

¿a quién, o a qué, debo yo agradecer?

orar, es el perfume de creer;

creer, es la más alta forma de amar;

la oración en mis labios, tiene la forma irritante de un sarcasmo;

¿qué debo agradecer a Dios?

esta carne miserable, esta carne ulcerada, esta maldición inmerecida que me dió...

las tinieblas se hacen por igual, sobre mis ojos y sobre mi alma;

y, a medida que las tinieblas crecen en mis ojos, dejo de ver el Sol en el cielo, y a Dios en mi corazón...

y, la oración, muere en mis labios;

¿para qué orar, a un Dios, a quien no oímos y que no nos oye?

¡un Dios, que nos da el Dolor, y se niega a consolarlo!...

*(queda meditabundo, el rostro apoyado en la mano, absorto en la visión profunda de su propio Dolor).*

(MÓNICA, *aparece por el fondo del jardín,*

*más que vieja, envejecida; su cabellera se ha hecho blanca; camina lentamente; con la misma luz de valiente mansedumbre en la mirada).*

## ESCENA II

MÓNICA *(acercándose a Octavio, y mirando los libros que hay sobre el velador).*

—Leyendo, siempre leyendo...
¿no sabes que eso te hace mal?
tus ojos no resisten ya una larga lectura;
para orar no hay necesidad de leer:

OCTAVIO

—No, madre, no hay necesidad sino de creer:

MÓNICA

—Tus superiores eclesiásticos, te han perdonado de todo oficio religioso, y de toda oración fatigante:
Dios, no quiere sacrificios.

OCTAVIO

—Y, sin embargo, nos sacrifica, nos hace víctimas de su Voluntad Inexorable, que tiene todo el aspecto de una Crueldad Inescrutable:

MÓNICA

—Los que se llaman víctimas de Dios, olvidan que Dios fué víctima de nosotros, que sufrió por nosotros, y murió en una cruz por salvar los hombres:

OCTAVIO

—¿De qué los salvó, si no los pudo salvar del Dolor?

el Dolor, es la garra de Dios proyectada sobre los hombres.

MÓNICA

—Desvarías, ¡pobre hijo mío!

el médico ha dicho que las lecturas hacen mal a tus ojos, que podrían cegar por ellas;

y, don Hilario — dice—, que hacen más mal a tu alma, que empieza por ellas, a entrar en ceguedad;

aquí, llegan libros todos los días, y ya tú no levantas los ojos de los libros; y, por mirar en los libros, dejas de mirar a Dios...

OCTAVIO

—Si así lo hiciera, no haría sino imitar el gesto de Dios, que ha apartado sus ojos de mí;

¿crees tú, que Dios me ha mirado alguna vez?

si me miró, fué para herirme, condenándome al Dolor, desde que estaba inerme y desnudo en el fondo de tu vientre;

¿qué he hecho yo contra Dios?

nada...

y, Dios, lo ha hecho todo contra mí;

¿qué debo yo agradecer a Dios?

¿esta lepra que me dió por Vida? *(se toca la cara, y extiende sus manos cárdenas al sol, como para contemplar su propia deformación).*

MÓNICA

—Sí;

agradece a Dios, tu lepra;

bendice tu lepra;

besa tu lepra;

tu lepra es el regalo de Dios;

y, es por tu lepra, que te sentarás a la diestra de Dios...

tu lepra es tu salvación.

OCTAVIO *(sonriendo con amargura y cariñosa tristeza)*.

—Según tú, pobre mujer, alma de candor y de piedad, ¿el cielo es un Hospital de lázaros?...

y, los que no tuvieron mi mal..., ¿ésos no se salvarán?

sí, se salvarán;

ellos también se sentarán a la diestra de Dios...

al lado de esa diestra, que me ha herido;

ellos no tuvieron mi mal, y tendrán la gloria que tú me profetizas...

no tuvieron el mismo Dolor, pero tendrán el mismo premio;

¿por qué el divino Nazareno, si era Dios, al curar a Lázaro, no curó para siempre el lázaro?

¿por qué curó al Hombre, y dejó el Mal sobre la tierra?

salvar un Hombre, es bien poca cosa para un Dios; salvar los hombres, sería algo digno de él;

matar el Mal, para que el Hombre no fuera muerto por él;

he ahí, un grande y bello gesto divino, que las colinas de Betania, no vieron esbozar al Salvador;

pero, ¿qué hacer?

lo ilógico, es el riñón de lo divino...

el verdadero nombre de la Divinidad, es la Fatalidad...

hay que gemir bajo ella...

MÓNICA *(acariciando la cabeza de Octavio, y limpiándole el sudor, que se escapa del rostro purulento).*

—Ten paciencia, hijo mío, ten paciencia; Dios, está al fin de todo Dolor.

OCTAVIO *(deseoso de apartarse del sendero filosófico, entrando más profundamente en su Dolor).*

—¿Recuerdas, Madre, cuando hace doce

años, partí de aquí, para ofrecer a Dios mi Vida en Sacrificio?

y, fuí, y se la di;

se la ofrecí en holocausto;

me abracé a su cruz, la puse sobre mis hombros, y fuí Apóstol de su doctrina, y Ministro de su altar;

hecho Sacerdote, tuve días de orgullo, porque mis superiores creyeron ver en mí un Pastor de almas, dotado del mágico poder de la Palabra, un ser de combate, pronto a defender a Dios, con el Verbo y con la pluma;

las columnas de los periódicos, y los púlpitos de las iglesias, se disputaron por igual mi palabra escrita y mi palabra hablada;

el elogio armonioso, rumoreó en mis oídos;

y, la serpiente de la Vanidad, se enroscó en mi corazón, y me mordió en las entrañas;

y, por un momento, pareció que íbamos a ser felices;

¿verdad que lo creímos?

MÓNICA

—Verdad, hijo;

y, si no lo fuimos, fué tal vez, porque el

Presentimiento no dejó crecer nuestra ventura.

OCTAVIO

—Nuestra esperanza, fué fugaz, como esas nubes de estío que mueren en el horizonte, con un gran dolor de alas vencidas...

pocos años bastaron para desvanecerla;

pocos años de ruido, de celebridad, hasta que apareció el terrible Mal...

entonces, todos los hombres se apartaron de mí, me volvieron la espalda y se llevaron todo: hasta la admiración que me tenían;

parecía que mi gloria, fuera también un contagio; y huían de ella;

los oyentes desertaron de al pie de mi cátedra, como si mi Elocuencia, les llevara también los gérmenes del contagio;

los diarios, dejaron de publicar cosas mías, por temor a tocar los manuscritos, que mis manos habían tocado;

y, entré en el Silencio;

fuí arrojado brutalmente en el Silencio, mutilado de las manos y de la lengua, como si mis gestos y mis palabras pudiesen contagiar;

los niños, a quienes doctrinaba en el Presbiterio, fueron apartados del contacto de mis manos; y, en sus ojos, claros como un cielo, se reveló el Horror;

y, empujado por el Horror, entré de nuevo en la Soledad;

la Soledad, que ha sido mi Nodriza;

la Soledad, que es mi Amante;

la Soledad, que será mi tumba...

de todos mis sufrires de aquellos días, fué la huída de los niños, el que más me entristeció;

el paterno querer, desbandó el enjambre rubio que zumbaba en torno a mi palabra, que era el panal de la Verdad para sus almas cándidas...

y, me faltó, ese vuelo de palomas en la tarde, en los rosales místicos del templo...

¿recuerdas, madre, que lloré mucho?

lloré sobre tu corazón, único que me quedaba, único que no me faltó jamás.

MÓNICA

—Y, que no te faltará;

el corazón de una madre es inmutable, como el corazón de la Eternidad...

OCTAVIO

—Mis feligreses también huyeron;

no volvieron a las Salves de la tarde, ni a las misas de las mañanas;

se morían sin confesión, por temor al contagio de los labios que los absolvían;

el pan eucarístico les faltó al morir, porque era mayor en ellos, el miedo a las manos que levantaban la hostia, que el miedo a morir sin recibirla;

para aquellas almas sin piedad, la hostia tenía sin duda el aspecto de una lepra;

las ovejas huían a su Pastor, y el rebaño se dispersó;

el Señor Obispo, que me amaba como a un hijo, según lo decía, no vino nunca a verme, no llegó jamás a consolarme, y en su visita pastoral, evitó el pueblo del leproso; el amatista de su anillo, no hizo fulgorés de sol sobre la frente de Job, al bendecirlo en su estercolero;

y, antes bien, un día, sin piedad, me hizo saber que la Parroquia necesitaba otro cura de almas, y el rebaño asustado pedía otro Pastor;

y, me enviaba su bendición, como único viático, en mi viaje hacia el Olvido y hacia la Muerte;

apuré ese cáliz de abandono, que me obligaba a renunciar a todo;

y, una mañana triste, en que la luna lucía aún sobre el cielo como un disco de maldición, abandonamos, huyendo de ser vistos, la parroquia ingrata, hecha hostil a su pastor;

y, vinimos aquí;

y, volvimos aquí, de donde no he debido salir nunca;

aquí, a este *Huerto del Silencio*, del cual no he debido salir jamás, único que oirá ya el manantial de mis palabras, y verá correr el manantial de mis lágrimas;

aquí, entre estas rosas, que no tienen miedo a la caricia de mis manos, y cuyos pétalos me son suaves, como los labios de los niños que en el Presbiterio, besaban mi mano pastoral;

aquí, a alimentar mi corte de pájaros, que no tienen miedo al contagio de mi mal, y acuden a devorar la semilla en el hueco de mi mano, como antes los hombres se agru-

paban para recoger la semilla de la palabra en mis labios elocuentes;

los pájaros, me son piadosos; cada uno de ellos es una voz que vuela, y me canta el cantar divino de las cosas lejanas e imposibles; ellos hacen a mi cabeza, un halo de Misericordia, cuando extienden sobre ella la caricia curva de sus alas, vibrantes como una lira;

aquí, a reclinarme en tu seno, que no tiene miedo de mi lepra, como no la tuvo de la de mi padre que duerme aquí, cerca a nosotros, en esta muda complicidad de todos los dolores, embellecida por el cuidado de tus manos; *(besa religiosamente, apasionadamente, las manos de su madre y las acaricia en un gesto de adoración);*

¡oh! ¡suaves manos, que dais caricias!
¡oh! ¡bellas manos, que dais consuelo!...
¡manos divinas, manos de Amor!...

MÓNICA *(devolviéndole las caricias, tocándole la cabeza suavemente, con gestos rítmicos, y una gracia afable, que oculta un gran dolor).*

—Y, aquí, la paz del Señor, está con nosotros...;

nada me falta, pues que tengo mi hijo;

verdad es, que me hago vieja, que las fuerzas comienzan a faltarme; y siento ya el peso de la vida;

la pobre Simona, que nos sirve desde que tú eras niño y que no nos abandonó nunca, se hace vieja también; apenas si puede moverse;

ya éramos lentas las dos, para servirte a ti solo, cuando Dios, que no abandona a sus criaturas, nos envió a Clara;

es verdad, que nos la envió, por las grandes puertas del Dolor y de la Muerte;

su pobre madre, que era nuestra prima, murió en la miseria, y a esta niña infeliz, no le quedaba otro porvenir, que el asilo de monjas en que se le encerró;

ella, pidió ser entregada a su familia; nos escribió para que la admitiéramos; y, aquí vino; aquí se refugió;

en vano la amedrentaron con el fantasma del flagelo, y el espectro del Mal;

en vano le hablaron del contagio;

en vano le exageraron el horror del *Huerto del Silencio;*

ella entró aquí;

y, aquí quedó...

OCTAVIO

—Y, es la flor que perfuma el Huerto, y el pájaro que canta en la Soledad;

cuando ella entró aquí, el Silencio era pesado y mefítico, como un Silencio de tumba; un Silencio intolerable, hecho de Crueldad y de Abandono, y ella lo interrumpió con la aparición de su gracia, cuasi infantil, que se diría alada;

y, semejó, como una abeja de oro, bordoneando en un cementerio, a la hora del crepúsculo;

nadie había cantado aquí; nadie había reído aquí, violando la intolerable laxitud del tedio...

y, ella cantó, y ella canta;

y, ella rió, y ella ríe...

y, ella lo llena todo, como un río de belleza y de gracia, que atravesara el Huerto solitario;

y, todos nos miramos en el límpido cristal, de aquella cosa nueva y viva, que pasa tan cerca de nosotros, que vive con nosotros, que está en nosotros;

y, ella, parece reproducirnos, transfigurándonos;

tu rostro de duelo, sonríe...;

mi rostro deforme, sonríe...;

todo sonríe, en los labios de esta sonrisa del cielo, que Dios envió sobre nosotros, como un arco-iris que cantara...;

y, ella, es la alondra que alegra el campo, y la primavera que lo enflora;

¡bendita sea la armonía, y el perfume de aquel pájaro-flor!

MÓNICA *(asintiendo)*.

—Y, ¡cómo es buena! ¡cómo trabaja! de la mañana a la noche ella labora en la alegría;

ella, va de la cocina al huerto, y de tu despacho al salón, poniendo en todas partes sus manos de primor; ya para preparar la salsa que más te gusta; ya para poner sobre tu mesa de trabajo, aquellas rosas de Caledonia que amas tanto; ora, para hacerte compañía, leyéndote los libros que prefieres; ora, tocando el piano, en la noche, o cantando en él una de esas viejas canciones que las monjas le enseñaron...

OCTAVIO

—Alegrándolo todo, embelleciéndolo todo; porque es bella; ¿verdad, madre, que es muy bella? una belleza de Diana en reposo, con sus ojos color de miosotis, y sus cabellos de oro en fusión, que hacen a su frente un halo corrosivo;

y, su voz...

¿la habéis oído leer, Madre?;

el cielo, que empieza a privar de luz mis pobres ojos enfermos, me reservaba esta alegría, de oír mis poetas preferidos, leídos por ella, en la calma insomne del jardín;

nada igual a la armonía de su voz, en esa hora atenta y solitaria; nada igual, sino el ruido de sus palabras sonando en la soledad de las tardes, cuando me conduce del brazo, por las místicas veredas, y llena con su esplendor las entrañas del crepúsculo;

se diría, un cántico de fuente fugitiva, a la sombra de rosas alacordes.

MÓNICA

—Dios, es bueno aun en sus rigores;

¿qué habría sido de nuestra soledad, sin ese rayo de luz? habría sido más que completa, porque hasta Don Hilario, se aparta de nosotros; parece estar celoso de este nuevo cariño nuestro; él, no quería que Clara viniese aquí; quería dejarla en el convento o llevarla a su casa; como él no era su pariente, la ley acató la voluntad de la muerta, y el deseo de la viva, y Clara nos fué entregada; y, no quiso ya salir de aquí, a pesar de las intrigas de Don Hilario.

OCTAVIO

—Don Hilario, se hace viejo, y la vejez no tiene corazón;

además, don Hilario es sacerdote; es decir, ha renunciado a ser Hombre; no se aparta un ser de entre los hombres, sin caer en la ferocidad; el desierto cría la fiera; el sacerdocio es una mutilación, y todos los mutilados son feroces;

don Hilario, es el tipo del Sacerdote nato; el hombre que tiene el Dogma por alma, y cuya vida es la reproducción mecánica de gestos hechos por una secta, o mejor dicho, por una casta; el alma de la casta vive en él;

y, tiene el proselitismo de la casta; a ese proselitismo me sacrificó; y, yo fuí de su casta;

él, no supo, o no quiso mostrarme otro camino que el del Santuario;

y, yo, fuí al altar, como una víctima;

y, le di mi Vida...

y, sin embargo, yo, he podido entrar en la Vida, conocer la Vida, vivir la Vida, gozar la Vida...

yo, he podido vivir, gozar, amar, en los años de mi juventud...

si el mal implacable no había de perdonarme, que me hubiera sorprendido después de haber arrancado a la Vida, siquiera una gota de miel;

y, sin embargo, yo he podido entrar en la martirio, pero, después de haber besado unos labios de mujer; después de haber conocido algo que no fuera el Dolor; después de haber conocido el Amor, lo único que hay en la Vida que vale la pena de vivirse;

la esterilidad de mi Vida fué completa, a falta de un guía ilustrado que la orientara en sus comienzos;

pero, sólo don Hilario, llegó hasta mi soledad; sólo él llegó a mi cerebro y a mi corazón para guiarlos;

los orientó hacia las tinieblas, y su esfuerzo hizo fracasar mi Vida, es decir, los pocos años útiles de mi Vida, aquellos que se extendieron de los veinte a los treinta años; aquellos en que he podido ser feliz;

todo lo contrarió y todo lo desvió, esa mano sacerdotal;

mi educación, fué deficiente, por no decir nula, embrumada de cosas de piedad, y exaltaciones ficticias de una fe, que como toda fe, no tenía por base sino la ignorancia;

cuando ya pude y quise leer, los libros que él puso en mis manos adolescentes, fueron libros de un misticismo morboso, que como todas las cosas de misticismo, eran un acicate a la perversión de los sentidos;

el romanticismo sensual de esos libros de fe, enfermó mi corazón;

en el Seminario, no pude leer sino libros de Teología y de Ciencias Eclesiásticas, obscuros y pesados, como una marcha de elefantes en la Noche;

no fué sino en el Presbiterio de mi parroquia, en el silencio apacible de la casa cural, que pude leer por primera vez, libros de belleza y de fuerza, que desgarraron mi Pensamiento y me dieron una nueva alma;

algo de la divina angustia, y de la tiniebla estremecida y fecunda de esos libros, se tradujo en mis escritos;

se me acusó de modernista;

el Obispo me amonestó;

y, yo guardé mis libros;

y, es aquí, que los he abierto de nuevo, que me he absorbido en ellos, que los he devorado y me han devorado; y, que he olvidado en ellos, todo, hasta la crueldad de mi Dolor;

cuando enfermo de la vista se me prohibió leer, pensé hacerme loco ante esa soledad espiritual, mil veces más inclemente que todas las soledades materiales que han circundado mi vida;

felizmente, el cielo tuvo piedad de mí, y me dió nuevos ojos en los ojos de Clara, y dió nueva voz a mis poetas, en el eco de su voz;

¡ah! tú no sabes, tú no puedes saber, toda la belleza romántica y canora, que hay en la música de un verso dicho por una mujer, a la hora del crepúsculo, uniendo la vibración lírica de su voz a la del pálido incendio que devora los cielos en un gran beso de melancolía;

todo el ánima poética del mundo, palpita allí, en el trémolo límpido del verso...

¿no sabes tú lo que es la emoción de una lectura en común; diálogo de dos almas en el corazón inerte de una tercera, que se revela a nosotros por el sentido musical de su creación, estremecida como una ala de cisne?

MÓNICA

—Yo, no sé nada, hijo mío;

soy una pobre mujer ajena a esas emociones;

sólo sé, que hay momentos en que olvidas tu Dolor, en que ríes, como hacía tanto tiempo que no reías...; horas en que amas vivir, en que quisieras cantar;

yo lo sé, yo lo veo, yo lo siento, y como yo bebo mi vida en la sangre de tu corazón, esa linfa de ventura me embriaga, y gozo, y río, y soy feliz;

yo sé, que don Hilario, está celoso de esta dicha; que el pueblo murmura...; que hay almas tristes de ver que no morimos de tristeza; se critica que aquí llegan constantemente libros, que aquí se toca el piano, que aquí se canta, que aquí se vive...;

para esas almas, en el *Huerto del Silencio*, no hay derecho sino a llorar y a morir...

OCTAVIO

—El alma de la aldea es eso;

y, don Hilario, tiene el alma cruel y primitiva de la Aldea;

y, ¿ha dicho que vendría hoy?

MÓNICA

—De hoy, no habló con fijeza;

pero sí, dijo que vendría, que tenía algo grave que decirnos.

OCTAVIO

—¿Algo grave?

¿qué será?

MÓNICA *(preocupada)*.

—¿Qué será?...

*(en el silencio hecho inquietante, se oye la voz de Clara, que canta en el Huerto;*

*la voz, suave, melodiosa, llena el espacio, como el sonido de una flauta pasando por sobre el espejo lagunar de una agua muerta.*

MÓNICA y OCTAVIO, *prestan atención, a la voz revelatriz, que parece entonar en el jardín de la tristeza trágica, el cántico de una Vida Nueva, rebelde a la Fatalidad).*

OCTAVIO

—Oídla, madre, oídla;
la belleza de su alma pasa como una llama
en el eco de su voz, y llega hasta nosotros;
en un cántico de Resurrección.

*(cruza las manos sobre el pecho y queda como extático, sonriendo al cielo y al jardín, siguiendo el encanto de la voz, cual si fuese el vuelo de una libélula agitando sus alas en un prado de rosas autumnales).*

MÓNICA *(sonriente y estremecida, también).*

—Con seguridad, que hace ramilletes para enviar a la Iglesia;
voy a ayudarla. *(Se va, internándose en la umbría del jardín.)*

## ESCENA III

Octavio queda solo;
se acerca al extremo del velador, desde el cual alcanza divisarse mayor espacio, hacia el jardín de donde la voz viene;
apoya la mano en el velador, y queda en pie, inmóvil, en la actitud de un hombre que sigue el vuelo de las visiones de su espíritu, más atento a las cosas interiores que a aquellas exteriores que lo rodean;
hay una gran quietud en la atmósfera;
una luz azul, beatífica, viene de los cielos calmados; nubes cándidas pasan, como una gran caricia de lises;
perfumes sutiles, escapados al alma taciturna del jardín;
la voz de Clara, continúa en sonar en la soledad, ahora más baja, interrumpiéndose a veces.

OCTAVIO

—Canta...

la divina voz se eleva como una sinfonía perfumada y apasionada, como si el alma de los últimos jazmines que se deshojan cerca al estanque, cantara en ella la canción de sus últimos adioses...

parece que el jardín tuviera una alma, que las rosas fueran líricas, y que todas cantaran por sus labios, el amor de las cosas imposibles;

¡qué misterio tan profundo, tan musical y tan suave, encierra en su gama la voz de una mujer!;

¿cómo pudieron inventarse el arpa y la flauta, después de haber sonado en el mundo la voz de una mujer?

eso, es una diminución de la armonía;

nada puede imitar ni reproducir la música intensa, cautivadora, y definitiva, de la voz de una mujer, sonando en el silencio de un corazón apasionado;

como mi corazón;

la voz de mi madre, es una música lenta y grave, que ha llenado mi Vida;

pero, una madre no es una mujer; es algo más allá y superior a todas las mujeres; Dios canta en la voz de todas las madres;

después, oí mujeres contarme su vida en el confesonario;

eran, como grandes arpas enlutadas, que pedían consuelo;

sus voces penitentes, no dijeron nada a mi corazón;

es después que he oído hablar a Clara, que la he oído cantar, que la he oído leer, que puedo decir que he oído por primera vez la voz de una mujer;

cuando habla, se diría que tiene en su voz, travesuras de un gorrión que picotea un fruto caído;

cuando canta, se diría que todos los jilgueros del monte, hacen un coro en su garganta;

pero, es cuando lee, que su voz tiene toda la suprema armonía, el esplendor de su propio misterio...

es entonces, que llega a tal grado de intensidad, musical y reveladora, que no puede ser descrito...

porque cuando habla, su alma ligera, pasa sin apoyarse, sin detenerse en los ramajes del pensamiento, como un mirlo ignorante de las bellezas del paisaje que poetiza con sus gorjeos;

cuando canta, su corazón vibra, como prisionero de unas manos sinfónicas, que lo acariciaran; se diría una flauta de cristal, pronta a romperse;

pero, es cuando lee, y sobre todo, cuando lee un Poeta, que su alma abarca y adquiere todo el secreto de la sensibilidad;

todas las melodías de esencia interior, vibran en ella, palpitan, tiemblan, oscilan, sinfonizan, y eglogan en su voz, que parece saturada del azul de todos los mirajes, empurpurado del rojo de todos los vencimientos de sol, y tiembla en la blancura de todas las tristezas, como una rosa empapada de lágrimas;

sin las mujeres, los poetas no tendrían razón de ser;

la Mujer, es una estrofa de carne, un verso viviente, que se abre en el corazón de la Belleza; el cáliz lleno del divino licor de la armonía;

no ha oído música, aquel que no ha oído la música de un verso, dicho por unos labios de mujer;

yo, la he oído;

la he oído en sus labios, a la sombra azul de la arboleda, cuando en el remanso del río tiemblan las estrellas, y muere la divina tarde con la divina voz, en el corazón de la Noche adolescente, llena de perplejidades;

ha sido, entonces, que he sentido mi corazón, crecer en la idealidad de un sueño luminoso, engrandeciente;

entonces, me he sentido Poeta;

¿fué que perdí mi vía, cuando entré en el

río sagrado, en cuyo seno profundo no se retrata otra faz que la faz de Dios, ni se oye otra voz que la terrible voz de sus veredictos?

la faz de la Mujer, está ausente de ese paraje de la Contemplación;

y, la voz de la Mujer, está proscrita de esas cimas sin armonías, fatigadas de la presencia del trueno;

en los albores de mi juventud, una voz de mujer sonó en mi corazón, como la campana del alba sobre los llanos dormidos; en ese entonces, yo era casi feliz, y esa voz, la voz de Alicia Ellis, no tuvo nada que consolar en mi corazón, por eso murió sin eco; aquello que no viene del Dolor, o va hacia el Dolor, no tiene vida;

pero, esta voz, esta otra voz, la voz de Clara, sonando en el fondo del abismo en que he caído...;

esta alondra, cantando en el huerto de Job;

este ruiseñor posado sobre la tumba de Lázaro;

esta voz de la Vida, en las fronteras del Silencio y de la Eternidad, tiene resonancias infinitas, y suena en mi corazón como el cántico de la mañana, sobre la cima desnuda, don-

de las golondrinas asustadas, esquivan detener el vuelo...;

ella es dulce, ella es suave, ella es bella, esta hermana de mi corazón; se diría hecha de pétalos, de perfumes, y de luz;

marchando en la Vida, es como una rosa que entra en la Primavera, y embellece el corazón de la montaña; su dulzura, es un bálsamo, y su presencia, es una consolación;

se diría la Samaritana, venida hasta los jardines del leproso, para verlo llorar...

en esta soledad, ella es como la estrella de la mañana, reflejada en el agua profunda e inmóvil de una palude mefítica, sobre la cual, las aves caen muertas de asfixia, y las flores agotadas por el veneno...

cuando me mira, se diría que en sus ojos, se han dormido todas las estrellas, y que a la sombra de sus pestañas languidecen de amor;

sus divinos ojos, llenos del alba naciente de todas las inquietudes y de todas las promesas, me hacen temblar, cuando me miran;

su boca, cuando se acerca a mí, como un vaso de mirra, vertiendo sobre mi corazón el bálsamo consolador de su palabra, me hace temblar;

parece que se me acercara como una ofrenda, y sus labios, en los cuales parece vivir todo el olor violento de las tuberosas y de los laureles, me hacen temblar;

sus manos tiernas, manos piadosas, cuando rozan mi frente, limpiándome el sudor, me hacen temblar;

su brazo, mórbido y albo, cuando estrecha el mío, guiándome por los senderos del jardín, me hace temblar, como la tarde que parece temblar en nuestros ojos y en nuestras palabras, con un temblor confuso, que no puede decirse;

su alma, que me interroga, su alma que me mira, me hace temblar, como si fuese a arrancarme o a confiarme un secreto, tembloroso en el fondo de los corazones;

es la Vida, que marcha en ella, que crece en ella, y toca el espectro de la Muerte, que vive en mí, lo que me hace temblar...

es, que su rostro, se parece extrañamente al rostro del Amor; y, me hace temblar...

hace temblar el bosque de mi Soledad, como si las hojas de todos los árboles, temblaran al beso de una divina armonía;

en las noches, me parece oírla dormir, oír

el cántico de sus sueños, y tiemblo en mi lecho; tiemblo de soledad;

tiemblo, si la huyo; y, tiemblo si la veo...

¿qué es esto que nace en mi corazón?

tengo miedo de mirarlo, y miedo de nombrarlo...

y, sin embargo, es bello, como el rostro de un dios, y armonioso, como un cántico en la Noche...;

y, tengo miedo de él...

miedo de sentirlo subir como un mar en mi soledad, y llenarla, y ahogarla;

¿miedo de perder mi soledad?...

¿será éste un nuevo Dolor?

¡qué bello sería entonces el rostro del Dolor! *(queda un momento pensativo, luego alza de nuevo la cabeza, y mira hacia el fondo del jardín);*

ha dejado de cantar y viene hacia aquí;

parece que toda la música del mundo, hubiese enmudecido, y todo el esplendor del mundo, viniese hacia mi corazón *(se sienta, fingiendo meditar, y hojea su Breviario).*

(CLARA, *aparece en el fondo, circuída por las obscuridades del ramaje; belleza cuasi adolescente, blonda y luminosa; trae el de-*

*lantal recogido, lleno de rosas, que tiene con una mano; en la otra trae un ramo;*

*se acerca y pone las rosas en el velador; Octavio alza los ojos y la mira, fingiéndose sorprendido).*

## ESCENA IV

OCTAVIO *y* CLARA

CLARA *(con gesto de tierno reproche).*

—¿Leyendo?

¿no te han dicho los médicos, que no leas? ¿no sabes que haces mal?... ¿no estoy yo aquí? ¿para qué? *(con un mohín de enfado).*

OCTAVIO

—Para embellecerlo todo;

pero, esto que estoy leyendo, no puedes leerlo tú;

es el Oficio Divino;

y, tú no puedes leer en mi Breviario, sino en mis poetas.

CLARA

—El Breviario... ¿qué dice el Breviario? ¿es más bello que los libros de los poetas?

OCTAVIO

—En el Breviario, habla Dios, y se habla con Dios.

CLARA

—Dios, debe hablar en verso en tu Breviario, ¿verdad?

¿Dios es Poeta?

OCTAVIO *(sonriendo)*.

—Dios, es la Poesía.

CLARA

—Es cierto.

Dios, hizo estas rosas, y ved qué rosas...; se dirían estrofas de perfumes;

*(las muestra a Octavio, y se las acerca a la nariz para que las odore);*

mira: las hay blancas, pálidas, que parecen enfermas;

éstas, amarillas, color de marfil, languidecen, como si fueran a morir;

qué carmín tan pálido el de éstas...

y, ésta, mira ésta, cómo es roja; se diría un tulipán.

OCTAVIO *(absorbe con pasión el olor de las rosas, sosteniendo por el puño la mano de Clara, que le acerca el ramo a la altura de la faz).*

—¡Cómo me hace bien el perfume de estas rosas!...

son un regalo del cielo;

pero, el verdadero regalo de Dios, es el de tu corazón piadoso, que no tiene miedo de mí; el de tus divinas manos, que no tiemblan acercándose a mi rostro lacerado que inspira horror.

CLARA

—¿Horror? ¿qué es el Horror?

yo, no lo sentiría sino el día que dejara de

ver el rostro de mi tía Mónica, el rostro tuyo, el rostro luminoso de este pedazo de cielo, el rostro de estas rosas, el rostro de los seres amados y amables que me rodean, el de aquellos que me dieron abrigo y cariño y protección; es fuera de ellos, y lejos de ellos, que yo sentiría el horror.

OCTAVIO

—¡Cómo eres buena! Clara, ¡cómo eres buena!...

canta en tus labios la canción del Bien.

CLARA

—Mis labios se hicieron armoniosos, cuando oyeron los tuyos, manantial de la armonía;

y, fué en la orquestación de tu palabra, que yo aprendí la música del Verbo;

yo, espiritualmente, no era nada; era una cosa inerte, que me confundía fácilmente con las otras cosas inertes que me rodeaban;

fué al contacto con tu alma, que nació otra alma en mí;

fué oyéndote a ti, leyendo al lado tuyo, que la Belleza me fué revelada, la Belleza

de las cosas interiores, la Belleza inviolada, que duerme en el corazón obscuro del Misterio.

OCTAVIO

—Y, en el de la Soledad;

la Soledad, es el alma de este *Huerto del Silencio*, o mejor dicho, era el alma de él, antes de que tú vinieras;

y, tú llegaste para hacer cantar la Soledad;

tus manos blancas, manos de Hebe, degollaron la divina Paloma del Silencio, que era el alma de la Soledad.

CLARA

—La Soledad, no vive sino en las almas sin amor;

y, por eso, yo vivía en la Soledad;

cuando vosotros me abristeis vuestros brazos, murió en mí la Soledad.

OCTAVIO

—Y, huyó la nuestra...

tu voz ahuyentó la Soledad;

¡bendita sea tu voz!

CLARA

—Mi voz ahuyentó la Soledad, pero no pudo ahuyentar el Dolor, de tu corazón;
venció el Silencio, pero no pudo vencer tu pena;
poseer la ventura y no poder darla a aquellos que amamos... ¿es eso la ventura?
la impotencia de hacer felices a los que amamos, se torna en la más triste potencia;
la potencia de sufrir... ¡inútilmente!
la potencia de torturarse... ¡inútilmente!...
la potencia de vivir... ¡inútilmente!...
inútil...
¿sabes lo que significa esa palabra, para las almas dispuestas a sacrificarse y a inmolarse?
el fracaso de un sueño heroico;
inútil...; como mi Vida...
¿qué puedo yo hacer, por consolar aquellos que me consolaron?

OCTAVIO

—El Dolor, no se consuela;
el Dolor se comparte;
y, tú has compartido nuestro Dolor;

¿qué más podemos pedir, a tus labios de Piedad, y a tu alma de Sacrificio?

éste era el *Huerto del Silencio*, y la Casa de la Soledad, y tú viniste a compartir con nosotros el pan de ese Silencio, y el alma de esa Soledad;

ésta era la *Casa Maldita*, y tú viniste a compartir nuestra Maldición, y refugiaste tu belleza bajo el ala tenebrosa de esta noche, donde palpita desnudo el corazón de la Angustia.

CLARA

—Esa Noche, es para mí una Alba de esplendor;

el *Huerto del Silencio*, es para mí, el Jardín de la Armonía;

cuanto hay de música en el mundo, canta en él;

la Soledad no existe, sino en el corazón de los muertos; cerca a los corazones que amamos no hay soledad posible;

la *Casa Maldita*, es para mí, Morada de Bendición, porque en ella encontré los ojos y los brazos abiertos de todos los amores que me faltaban en el mundo;

tu madre, se ha hecho mi madre; y, tú eres mi hermano; el hermano de mi corazón; ¿qué

puedo yo hacer por consolarte? *(inclina la cabeza, para reclinarla en el hombro de Octavio, que se retira turbado, y del cual la voz tiembla, cuando dice):*

OCTAVIO

—No te acerques a Lázaro... no te acerques...
Lázaro, es el Mal Irremediable:
Lázaro, es la Eternidad del Dolor;
¡protege tu Belleza, del contacto de Lázaro!

CLARA *(con energía, tomando una mano de Octavio).*

—Yo, cojo la mano de Lázaro;
yo, beso la mano de Lázaro *(la besa)*, porque Lázaro es mi hermano;
yo, amo el mal de Lázaro, y quiero morir de la lepra de Lázaro...

OCTAVIO *(con ternura).*

—¡Calla! ¡calla! ¡que me rompes el corazón!...

CLARA

—El corazón de Lázaro, no tiene lepra;
yo llegaré hasta el corazón de Lázaro.

OCTAVIO

—Ya estás en mi corazón;

mi corazón es puro, como el rostro del alba, y tú eres como otra alba, en el alba de mi corazón;

¡oh mi hermana dolorosa y compasiva!; tuyo es el reino de mi corazón...

te lo han dicho las miradas de mis ojos enfermos, cuando en las penumbras del jardín, llenas de embriagueces inesperadas, que vienen de la voluptuosidad de la hora, lees un poema en el seno azul y luminoso del crepúsculo, lleno de la misticidad floral que viene del seno de las rosas pensativas;

te lo ha dicho el temblor de mi brazo, cuando paseamos a la sombra orgullosa de los grandes árboles, y en el sendero odorante se proyecta la sombra de tu cuerpo como un Ciborio de amor, hacia el cual se tiende el deseo de todas las cosas del cielo y de la tierra; en un beso de Adoración;

te lo ha dicho mi silencio, lleno de delicias mortales, cuando cantas al piano, en las noches estrelladas, y por las ventanas abiertas entra hasta nosotros el alma emanante de los jardines, llena de deslumbramientos lunarios,

y de palabras misteriosas, que hacen estremecer las carnes, y que no pueden decirse;

te lo dicen ahora mismo mis labios, que no han mentido;

mis labios, que el Horror ha besado;

mis labios, que la lepra hace asquerosos, imposibles de besar.

CLARA

—Los labios del Amor no tienen lepra; y, yo besaré en los tuyos los labios de mi amor; *(toma con pasión la cabeza de Octavio, y lo besa en los labios, y lo besa ardientemente, pero suavemente, como se besan los labios de un ser que sufre del ardor del beso).*

OCTAVIO *(pasándose una mano por la frente, sin intentar separarse de los brazos de Clara, y devolviéndole el beso con pasión, que no alcanza a dominarse).*

—¡Me has besado! me has besado, sin temor al pus que destilan mis labios;

has devorado y agotado el Horror en ese beso;

¡benditos sean tus labios vencedores del Horror!...

CLARA

—El Amor, no conoce el Horror;
dame tus labios *(se une a él, en un abrazo delirante, y en un beso que parece eterno).*

## ESCENA V

MÓNICA *(entrando).*

—¡Jesús!

OCTAVIO *(separándose del abrazo de Clara, y poniéndose de pie).*

—Perdón... Madre... ¡es un beso tan puro!...

CLARA

—Perdón... fuí yo...; ¡lo amo tanto!

MÓNICA *(conmovida).*

—No se pide perdón, del consuelo que se da, ni de aquel que se recibe;
no se pide perdón para el Amor que llega...
¡bendito sea el Amor!
*(extiende su mano en un gesto lento de bendición).*

# ACTO TERCERO

# ACTO TERCERO

Cuarto de estudio de Octavio Heredia;
estantería llena de libros;
sobre las mesas, sobre las sillas, y aun sobre el sofá, revistas, periódicos, folletos;
en el escritorio, el desorden de un hombre que trabaja febrilmente;
por la ventana abierta en el fondo, entra la luz matinal, blanca y difusa, y se divisa la verdura profunda de las arboledas del jardín;
una clemátide desborda de un jarrón, sobre el alféizar de la ventana;
en el centro del muro, sobre la estantería, un gran Cristo domina con su atroz desnudez la estancia.
Octavio, sentado a su escritorio, cesa en sus lecturas;
mira el campo, que se extiende más allá de la ventana abierta;
permanece absorto y soñador, como queriendo absorber en sí, la idílica quietud de los paisajes, insultante a sus tormentas interiores, a la inquietud creciente de su corazón;
habla lentamente, vivificando su palabra, al calor de su propio soliloquio.

## ESCENA PRIMERA

OCTAVIO

—Que venga don Hilario, que venga cuanto antes; ni lo anhelo, ni lo temo;

yo sé que no será ya su voz la que suene en mi corazón, consoladora como la gloria inmensa de Dios; cálida como los aromas del desierto;

la voz divina, ha perdido el poder de consolarme, y la voz humana no lo tiene ya sino dicha por aquellos labios, que han sido el óleo divino de la ampolla, vertido sobre mi carne, putrefacta antes de la Muerte, florecida y reflorecida en esperanza, a las ondas frescas de su palabra, murmuradora, acariciadora, salvadora;

sólo el Amor puede ya cantar en mi corazón, sordo al eco de cualquiera otra voz;

vueltos los ojos hacia la Muerte, sólo esperaba consuelo de ella, cuando el Amor, se alzó entre los dos, coronado de un espléndido misterio...;

y, anduvo hacia mí, con el dedo en los labios, imponiendo el silencio de mis quejas, ofreciéndome unas rosas, desconocidas y enor-

mes; y, esas rosas, eran un rosal de estrellas;

mis ojos, no miraban ya sino hacia el fondo de la tumba... una tumba lejos de los hombres, porque hasta los muertos huían ya de mi contacto, cuando he ahí, que del fondo de esa tumba surgió una aurora; el sepulcro se hizo un cielo; y, el sol nació del vientre nauseabundo de los gusanos;

la voz, que en los valles galileos, dijo al leproso: «Yo lo quiero», y curó su lepra, dijo al borde de mi sepulcro: «Yo lo puedo», y alivió la mía;

el Amor, curó mi lepra...; sí; porque, ¿no está curada una lepra que el Amor besa?...

¿qué nos importa ser leprosos, para el corazón violento de los otros, si no lo somos para el suave corazón que abre sobre nosotros las blancas alas de su Misericordia, y nos ampara en su seno, lleno del miraje infinito de todas las esperanzas y de todos los consuelos?...

¡cómo es divino el rostro del Amor, visto al través del celaje tembloroso de las lágrimas, apareciendo sobre el corazón en duelo, como una estrella por entre el ramaje castigado de una selva en tempestad!

cualquier lugar me era ya bueno para mo-

rir, porque un leproso no tiene el derecho de elegir su tumba, cuando el Amor apareció en mi triste vida subyugada, y nació la primavera en mi alma, y el corazón del leproso se hizo un huerto florecido, lleno de las demencias divinas y tenebrosas del Instinto, que hace temblar los cuerpos con el alma borrascosa de la Voluptuosidad...

y, conocí el beso que salva...

¿fuí culpable de aceptar ese rayo de sol, que aparecía en el horizonte desierto, en donde había muerto todo, hasta el vuelo del aire?

¿lo fuí? ¡Dios mío!

¿lo fuí? *(cruzando las manos; mirando hacia el crucifijo, y dialogando con él);*

tu sublime desnudez, limpia de culpa, me responda;

¿en tu agonía, no sentiste la sed inexhausta, y no pediste la gota de agua que refrescara tus pobres labios, tendidos hacia el pálido sol que se moría en una agonía más lenta que la tuya?

yo moría en mi martirio, más largo, más cruel, más desesperante que el tuyo que fué un martirio de horas; mi sed era más vehemente que la tuya, porque lo que devoraba mis labios, no era la sequedad, sino la lepra,

la llaga asquerosa, inextinguible; y, el pus que manaba de ella, era el único cáliz de licor que se ofrecía a mi Vida...;

y, he ahí, que una paloma, más blanca que la paloma de la Escritura, y más piadosa que el cuervo del Carmelo, descendió sobre la cruz de mi suplicio, y en el cáliz de sus labios, rojos como una copa de rubíes en la cual durmiera el alma del sol, me trajo el licor que apaga todas las sedes, que calma todas las angustias; aquel que embriaga, aquel que salva: el licor ardiente de los besos;

y, lo vertió en mis labios;

y, mi lepra lo absorbió, como una tierra sedienta absorbe el rocío de una mañana estival;

y, apuré el beso...

y, agoté el Amor, en los pezones del beso...

¿fuí culpable?

díganlo tus labios de Misericordia, rebeldes a todo beso;

y, he ahí, que unas manos, ante cuya blancura palidecerían de envidia los lirios de Jericó y las magnolias de Trebisonda, se acercaron a mi pecho herido, arrancaron el dardo que lo atravesaba, se lo hundieron en su cuerpo, sobre la azucena protuberante de su seno,

diciendo: «muramos juntos; muramos del mismo martirio; ¡bendita sea la Muerte!...»

y, yo acepté el Sacrificio...

¿fuí culpable?

dígalo tu corazón estoico, rebelde al dardo del Amor;

y, he ahí, que un cuerpo, suave como el aljófar, y dos brazos abiertos, blancos como una cruz de nardos, se extendieron bajo mi cuerpo canceroso, y yo me tendí sobre esa cruz de Amor;

y, me abracé a esa cruz de Amor;

y, quedé en esa cruz de Amor...; no para morir, sino para vivir por el Amor...;

¿fuí culpable?

dígalo tu cuerpo virgen, que se extendió sobre la cruz, ajeno a los contactos del Amor...

las manos divinas del Amor apretaron mi corazón, como si fuera un racimo de uvas olorosas, y el divino licor se escapó de mi corazón, bastante para embriagar un mundo;

¡bendito sea el Amor!...

tú mi Dios...; tú fuiste bastante infeliz para morir sin el Amor...

pero, moriste...

¡yo, tardaba tanto en morir!...

*(deja caer los brazos con desaliento, y queda un momento pensativo;*

*luego se acerca a la ventana, y mira el campo, como deslumbrado y encantado del beso de sus mirajes interiores con los paisajes exteriores que contempla).*

El Amor, da nuevos ojos para ver la Vida, nuevos oídos para oír la Vida, nuevos cantos para cantar la Vida...;

y, yo estoy ebrio de Amor, como si todos los pámpanos de las vides de Atica y de los viñedos de Horacio, hubiesen exprimido su poesía, sonora y licenciosa, en mi corazón;

¿quién llamará ya a este huerto, el *Huerto del Silencio?*

todas las músicas del mundo viven en él, y suenan en él, desde el día en que la alondra del Amor, cantó en las ramas de los almendros, marcando rumbo al carro del Sol;

¿quién hablará ya de las tristezas de este huerto?

la alegría vive en el corazón misterioso de sus jardines, desde el día en que los ojos de una mujer, tuvieron en ellos miradas de Amor para un corazón que no lo conocía, en aquella hora amablemente cómplice, en que la

tarde moría, coronada de azaleas, reflejándose en el espejo de las fuentes, donde temblaba el rostro incierto de la Eternidad...;

¿quién habla del Dolor, cuando el Amor ha nacido en un corazón?...

el beso cruel del Dolor, no tiene hálito, sobre los labios que el Amor ha hecho invulnerables con su aliento;

las noches mueren en aquellas vidas en que el Amor nace, porque cada noche de Amor, es una aurora;

todo lo veo bello en esta hora de Amor;

todo, hasta la tumba de mi padre, que las flores coronan con una suave caricia de epitalamio;

¿mi Soledad?

¿quién me hablaría hoy, de salir de mi Soledad?

el mundo entero, puesto de rodillas, no me haría hoy abandonar mi Soledad;

pero, ¿es que hay Soledad donde el Amor admirable y ardiente lo puebla todo, y hace como en este huerto, de cada umbría perfumada un reposorio de besos, donde las flores palpitan con estremecimientos de carne, y los instintos vencedores de las morales inútiles, se extasían en el goce inmenso, siempre idén-

tico y siempre renovado, entre la púrpura de las rosas, y el claror de las estrellas, que parecen cantar la apoteosis de la Pasión integral, las beatitudes instintivas de los cuerpos desnudos bajo la luna naciente, perdidos en el placer, casi amargo, a fuerza de ser intenso?...

¿quién podría arrancarme de brazos de mi Amor?

sólo la Muerte...
y, aquel que ama, no muere;
el Amor, sobrevive a la Muerte;
y, la devora.

## ESCENA II

Mónica aparece en el dintel de la puerta;
avanza, acercándose sin ser sentida, hasta donde está Octavio, que se ha acodado a la ventana y mira el campo;
pone una mano sobre el hombro de su hijo;
éste, toma con cariño la mano;
se vuelve hacia su madre y la besa en la frente;
la alta silueta del sacerdote, se perfila en la luz.

OCTAVIO

—¿No ha venido don Hilario?

MÓNICA

—No:

OCTAVIO

—¿Dijo que vendría de fijo hoy?

MÓNICA

-Sí...

OCTAVIO

—Y, ¡ojalá no viniera!...
ojalá se desviara el paso de su cabalgadura, y no llegara a esta puerta;
tengo miedo a su venida;
miedo de verlo;
me parece que la desgracia va a entrar con él por ese mismo pórtico de hojas *(señalando hacia la puerta del jardín, que da sobre el camino, y que se ve desde la ventana):*

MÓNICA

—¡Jesús! hijo;
¡qué ideas!
antes no pensabas así;
era para nosotros un día de fiesta, aquel que don Hilario nos dedicaba;

¡durante tantos años, sólo él ha pasado por el umbral de esa puerta!...

OCTAVIO

—Es verdad...; eran otros tiempos;
hoy siento miedo de verlo llegar aquí; me parece que la desgracia va a entrar con él...

MÓNICA *(con amargura dolorosa)*.

—¿Es que la desgracia, ha salido de esta casa alguna vez?

OCTAVIO

—Sí, Madre, la desgracia ha huído de aquí; yo la he visto alejarse hacia limbos remotísimos; era como el vuelo de un murciélago en la Noche; y, mi corazón ha dicho; he aquí la aurora que llega; y, yo me he sentido feliz, con el alma llena de claridades.

MÓNICA

—¡Bendito sea Dios!...
yo, también soy feliz de tu ventura.

OCTAVIO

—Madre, el velo de tus caricias no me ha

faltado nunca, él ha sido el solo en cubrir la desnudez de mi lepra;

pero hoy, una ventura desconocida me posee; mi corazón y mi sangre están llenos de ella;

mis ojos están incendiados de su visión;

y, ya no ven sino a ella, sobre los dulces cielos hechos cercanos;

y, temo que alguien venga a turbar esa ventura;

temo perderla;

no guardamos de los otros nuestro Dolor; pero, sí guardamos de ellos nuestra dicha;

todo Amor es un egoísmo.

MÓNICA

—Y, ¿qué mal podría hacernos don Hilario?

¡él ha sido siempre tan bueno con nosotros!...

él fué el amigo de tu padre, el consejero mío, el Maestro tuyo...

OCTAVIO

—Es verdad...

durante muchos años, no oímos otra voz

que la suya turbando este silencio, ni vimos otra faz que la suya interrumpiendo esta soledad; pero, es necesario confesar, que nosotros hemos sido también muy buenos con él;

generosidad, por generosidad, la nuestra ha sido inagotable;

mi padre, le dió cantidades enormes;

casi puede decirse que no vino nunca aquí, sin un pedido, y no se fué nunca con las manos vacías;

ora, las mejoras del templo por hacer; ora, las grandes fiestas por celebrar; ora, las escuelas por fundar; ora, los pobres por proteger, nunca faltó un pretexto a su caridad, y nunca nosotros, dejamos de servir a ese pretexto;

nosotros, costeamos la Capilla de la Virgen, en el templo; y, la casa de la Escuela, y la mitad del Hospital;

hace más de treinta años, que tú eres el sostén de los pobres de la Parroquia.

MÓNICA

—Cierto es;

pero, el Curato es tan pobre...

además, él nos consolaba; él te enseñaba...

OCTAVIO

—Nos consolaba...; y mi Padre no tuvo el consuelo de una sepultura en el cementerio...;

me enseñaba...; y, no me enseñó sino a ignorar;

era todo lo que él sabía;

y, en pago de esa enseñanza, yo he sido más que espléndido con él; para sus obras de Religión, ha dispuesto de mi fortuna como si le fuese propia;

todo cuanto me ha pedido, lo ha obtenido de mí;

lo único que no ha podido lograr, es que yo haga testamento en favor de la Iglesia, ni permita que tú lo hagas;

ayer, porque pensábamos que todo cuanto tenemos, debía ser para los pobres, que lo necesitan más que los santos;

hoy, porque comprendemos, que todo cuanto es nuestro, debe ser mañana de Clara, cuya abnegación ha venido a hacer tan dulces los tristes días de nuestra Vida...

MÓNICA

—Esta verdadera Hermana de la Caridad,

ha renunciado al mundo, para encerrarse aquí con nosotros, a solas con nuestro Dolor...

esta soledad, es un claustro; un claustro contaminado, que la separa del mundo para siempre;

si se empeña en permanecer con nosotros, ¿quién, después de que hayamos muerto, se acercará a ella?

OCTAVIO

—Será mirada por todos como una leprosa; perseguida como una leprosa; lapidada como una leprosa;

¿no sé yo lo que es esa hostilidad, esa soledad, esa crueldad?

yo, el leproso...

yo, el hijo del leproso...

yo, lo sé...

MÓNICA

—Y, ya que tú, por lo sagrado de tu Ministerio, no has de casarte y no tendrás hijos...

OCTAVIO *(con violencia, como asaltado de un súbito ataque de demencia, toma las ma-*

*nos de su madre y las estruja en las suyas).*

—¿Hijos? ¿hijos?

¿qué has dicho, Madre, qué has dicho?

no lo repitan tus labios...

¿propagar la lepra? ¿dar vida a la lepra? ¿perpetuar la lepra?

nuestro deber está en extinguir la lepra; matar la lepra;

que muera la lepra con el leproso...

que muera...

¿crees que si mi padre hubiera pensado así, me habría dado la vida?...

¿sería yo este ser de desgracia que soy?

¿estaría yo aquí?

¿sería yo esta llaga viva, que se alza ante tus ojos?

MÓNICA *(retrocediendo espantada, como si viese el fantasma de algo horrible reaparecer ante sus ojos).*

—¡Jesús! hijo...; tiemblas... ¿qué tienes? cálmate..

*(aparte; y, con una voz alterada):*

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡el mismo rostro de su padre en acceso de demencia!...

OCTAVIO *(soltando las manos de Mónica y serenándose paulatinamente).*

—Perdón, Madre, perdón...
me pongo así, ante la sola idea de dar vida a la lepra; de engendrar la llaga:
*(se oye afuera la voz de Clara, que canta. Octavio, oye, deleitándose, calmándose, transfigurándose, extasiado; sonríe);*
¿oyes? madre, ¿oyes?...
es el pájaro de la aurora.

MÓNICA

—Nuestro pájaro divino;
¡bendito sea el Señor, que nos la dió!...

OCTAVIO

—Y, sea para siempre con nosotros ese suave cantar que aleja la tristeza, el cantar de esa alondra que nos ha abierto con sus alas el Pórtico del cielo, adornado de rosas maravillosas de Esperanza...
*(pausa leve);*
yo no tuve nunca miedo a la Muerte; la creí siempre una liberación;

una liberación para mí, para ti, para nuestros dolores interminables;

hoy, es distinto...

hoy, todo ha cambiado en mi Vida, y tiemblo ante la idea de la Muerte...

la idea de la Muerte, en ella, me hace temblar;

¿qué sería de nosotros, si ella muriera?

¿qué sería? ¡Madre!...

MÓNICA

—¡Cállate, cállate!...

OCTAVIO

—¿Podríamos vivir sin ella?
con ella entró aquí la ventura;
y, saldría con ella.

MÓNICA

—¿Salir ella de aquí?

OCTAVIO

—Solo muerta;

y, ni aun así, porque nuestros muertos no salen de esta casa;

sin embargo, tengo miedo de la venida de don Hilario...

él, no mira con buenos ojos que Clara esté aquí;

tiene una especie de celo contra ella;

por eso, se opuso a su venida aquí, y quería dejarla en el Hospicio, como huérfana;

ella se opuso, y ante su reclamo, nosotros nos opusimos también;

la ley nos dió razón, y nos fué dada en guarda como sus únicos parientes;

le ofrecimos pagarle un colegio, pasarle una pensión, pero, su voluntad de venir aquí fué irresistible, y vino a compartir nuestro dolor;

ella, no ignoraba nada de mi mal, nada del contagio inminente, y todo lo desafió, todo lo aceptó;

¿recuerdas que en los primeros días, yo no me dejaba ver de ella, me ocultaba de sus miradas, comía en mi habitación, y vosotras os sentabais solas a la mesa del comedor?

MÓNICA

—Y, ella me decía siempre: ¿dónde está Octavio? quiero ver a Octavio...

OCTAVIO

—Y un día, espió mi paso en el jardín; me halló cerca a la tumba de mi padre; se me acercó, tendiéndome sus dos manos; yo rehusé las mías, enguantadas como de costumbre; sin embargo, las tomó contra mi querer, y me dijo:

—Yo soy tu prima, y quiero ser tu hermana; tu hermana de tu corazón;

y, me tomó del brazo, y paseamos juntos, en el zafiro sonriente de la tarde, que empezaba ya a devorar la sombra gris;

y, desde entonces, fué mi compañera, mi lectora, la sombra de mi sombra, apasionada y fiel;

eso es lo que don Hilario no tolera;

eso es lo que el pueblo ruin murmura;

ellos, dicen que nosotros sacrificamos esta niña a nuestro egoísmo, que la uncimos a nuestro dolor, que la encerramos en compañía de un leproso y la exponemos al contagio...

y, verás que hoy don Hilario, vuelve a hablarnos de eso;

don Hilario, no tiene corazón;

no se es sacerdote, sino por equivocación
como yo, o por vocación como él;
y, cuando se es sacerdote por vocación, se
es cruel por instinto, y piadoso por hipocresía;
hay que temer la crueldad del Sacerdote;
ella, va más allá de todas las crueldades.

MÓNICA

—Don Hilario se hace viejo, y por eso se
hace enredador;
no se vive tantos años en una aldea, sin
tomar el alma de ella.

OCTAVIO

—Es propiedad de los seres inferiores, esa
de la asimilación;
la aldea es cruel.

MÓNICA

—Sí que lo es...
¡cuando no se ha desarmado ante nuestro
Infortunio!...
cuando calumnia nuestro Dolor, en vez de
consolarnos...

OCTAVIO

—¿Calumnia nuestro Dolor?
¿qué dicen de nuestro Dolor?

MÓNICA

—Yo no sé, ni quiero saberlo *(presta atención hacia afuera);*
oye...; ha sonado la puerta de campo;
se sienten pasos de cabalgadura;
alguien llega...
voy a ver *(sale).*

## ESCENA III

OCTAVIO *(solo).*

—Debe ser don Hilario que llega;
no sé por qué, pero me parece sentir en el ambiente, algo como una vaga hostilidad;
pero no tengo miedo;
me siento capaz de luchar y de vencer;
capaz de matar y de morir;
*(presta atención hacia afuera, a los ruidos que entran del jardín por la ventana abierta).*
Clara ha dejado de cantar;

cuando ella calla, me parece que el mundo ha muerto;

y, es, que el mundo no vive, sino en el corazón sangriento del Amor.

## ESCENA IV

DON HILARIO, entra enjugándose el sudor; ha envejecido mucho; está ya macilento por la edad, pero conserva su aire de autoridad, el ademán imperativo, y el rostro duro:

DON HILARIO

—Buenos días.

OCTAVIO *(yendo hacia él, sin tenderle las manos, a pesar de tenerlas enguantadas).*

—Buenos, don Hilario;
se ha hecho usted esperar mucho.

DON HILARIO

—El Deber, hijo, el Deber...
no se puede nada contra el deber...

la Vida, si no es un holocausto al Deber, no es la Vida, es la Condenación Eterna.

OCTAVIO *(con velada ironía).*

—Es usted, un Santo...

DON HILARIO *(con humildad profesional).*

—¿Un Santo?
no soy sino un pobre pecador.

OCTAVIO

—Todos pecamos;
y, tal vez la Vida, no es sino eso: un pecado de la Naturaleza.

DON HILARIO *(sentándose en la silla que le ha acercado Octavio).*

—La Filosofía, siempre la Filosofía;
el vicio de razonar no ha matado ningún error, y los ha creado todos;
en todo Filósofo, vive un Sofista;
el alma maléfica de Sócrates, está en ellos.

OCTAVIO

—Es usted muy severo con los filósofos; siempre lo ha sido;
lo recuerdo muy bien;

cuando usted me enseñaba, no amaba otra Filosofía, que la Suma Teológica de Santo Tomás.

DON HILARIO

—El Angel de las Escuelas, no era un Filósofo, era mucho más: era un Santo.

OCTAVIO *(con intención irónica).*

—Y, ¿qué es un Santo?

DON HILARIO *(sorprendido).*

—¡Cómo! ¿qué es un Santo? ¿tú ignoras lo que es un Santo?
un Santo, es el Electo de Dios;
lo que debieras ser tú;
lo que debería ser yo;
lo que todos deberíamos ser.

OCTAVIO

—Un mundo de Santos...; un mundo de Perfección;
sin duda, Dios, no ha querido que sea así,

cuando no nos ha electo a todos para la Santidad.

DON HILARIO

—Y tú, tú que estabas tan cerca de la Santidad, por el martirio...

¡tú, que subías por la escalera divina del Sufrimiento; esa escala que Dios mismo se dignó ascender con la cruz a cuestas! ¿tú dices eso?...

los libros matan la Fe.

OCTAVIO

—Odio a la luz...; pasión de Sacerdotes y de buhos...

DON HILARIO

—El libro mató en ti, el espíritu de la Santidad.

OCTAVIO

—Yo no he aspirado nunca a ser ese producto de Vanidad y de Impotencia, que se llama: un Santo;

yo no aspiro a la Santidad, sino a la Bondad;

ser un Hombre bueno, eso me basta; ser un Santo, es demasiado;

yo, no ensayo los gestos desmesurados;

el Santo, aspira a igualar a Dios; el bueno, no aspira sinó a amarlo;

el Santo, aspira a la perfección; el bueno, no aspira sino a la mejoración;

el alma del Santo, es hecha de Orgullo, cualquiera que sea la actitud que escoja; ¡el Orgullo de igualar a Dios, el Orgullo que perdió a Satán!

el alma del Hombre bueno, es hecha de Humildad, de Resignación, de Sacrificio; no aspira a ver a Dios, con los ojos de la carne, lo siente vivir en sí, correr en su corazón como una fuente secreta; cierra los ojos ante Dios, y espera en él, confiadamente, ciegamente, amorosamente...;

yo, pido a Dios que me haga bueno; no aspiro a que me haga un Santo; su Misericordia me basta;

yo, que he dejado de creer, gozo aún en esperar.

DON HILARIO

—¿Hablas así... tú, un Sacerdote?...

OCTAVIO

—Yo fuí un Sacerdote; hoy, soy un Hombre;
dejádmelo gritar muy alto: soy un Hombre;
hay, algo que me ha hecho más grande que la Fe...

DON HILARIO

—¡Desgraciado!

OCTAVIO

—Desgraciado usted, que no ha querido ser un Hombre; que no ha podido ser un Hombre; que ha cerrado sus ojos y su corazón, para no ser un Hombre...

DON HILARIO

—¿Un Sacerdote, no es pues, un Hombre?

OCTAVIO

—No es tal, quien renuncia a dar vida al

Hombre; quien renuncia a perpetuarse por el Amor.

DON HILARIO

—El Amor de Dios, basta al Sacerdote.

OCTAVIO

—El Amor de Dios, no crea nada, no perpetúa nada; es estéril como el vientre de Sara, y como la simiente de Onán;

sólo el Amor, el otro amor da la Vida; él crea seres para la Eternidad; Dios, está todo del lado del Amor, porque él extiende sus dominios y los perpetúa;

suprimid el Amor;

moriría el Mundo;

¿sobre quién entonces, reinaría Dios?...

DON HILARIO

—Todas las víboras de la Blasfemia salen por tu boca;

la Blasfemia, es una sierpe que se anida en la tumba de la Fe, y se nutre de sus despojos...

¿quién corrompió tu corazón?

¿tú el levita, tú el ungido del Señor, tú hablas de Amor?... ¿tú osas insultar la castidad, única virtud que levantándonos del nivel del bruto, nos eleva hasta Dios, puros, como él?... ¿tú insultas la más alta virtud del Sacerdocio?

OCTAVIO

—El Sacerdocio, es la apostasía del Sexo; y, yo grito contra esa apostasía.

DON HILARIO

—¡Calla!... calla...
¿ésa es el alma que yo he formado?...
¡tú que eras tan bueno!...

OCTAVIO

—Ser bueno, según los otros, no es ser bueno...

ser bueno, según su corazón; eso es Bondad.

DON HILARIO

—Yo que te entregué puro, en manos del Señor; ¿he de oírte blasfemar del Sagrado Ministerio que te había de salvar, y había de salvar los otros?

OCTAVIO

—Yo, he renunciado a salvar del naufragio el alma de los otros;

¿cómo podría hacerlo, si no he podido salvar mi propia alma?

la Fe, puede orientar los otros, aunque sea hacia el Error;

la Duda, no lo puede;

la Duda, ni orienta ni se orienta;

la Duda, es la marcha victoriosa en las tinieblas;

yo he dejado de creer, y he renunciado a hacer creer a los demás;

he dejado de engañar, y de engañarme;

no soy un Sacerdote.

DON HILARIO

—Tú que habías nacido para el apostolado del Señor...

OCTAVIO

—Me falta certidumbre, y me sobra sinceridad, para ser un Apóstol;

no tengo el alma bastante primitiva para eso;

odio la farsa.

DON HILARIO

—Tu pluma, ya que no tu palabra, eran hechas para defender aún a Dios, para cantar la Gloria de Dios...

OCTAVIO

—Yo era una arpa consagrada a Dios... y veía la gloria de Dios, en el cristal de las noches muertas, y en el carro volcado de las auroras vencidas...

la Fe, servía de abono al rosal de mi Ilusión; y, todos los abismos eran llenos de la presencia de Dios...

pero la Fe, murió en mi corazón;

y, un corazón sin Fe, es como un mar que se seca, y deja de reflejar el cielo...

Dios, ha muerto en mi corazón...

DON HILARIO *(señalando el crucifijo que pende del muro escueto).*

—¿Y lo dices en presencia de ese Dios, que pende de los brazos de esa cruz?

OCTAVIO

—En mi martirio, yo me abracé a esa cruz, y esa cruz se rompió sobre mi pecho, no dejando en mis manos, sino un pedazo de madera, sobre el cual había habido el cadáver de un loco...

DON HILARIO *(tapándose los oídos)*.

—¡Cállate, cállate!... *(conmovido casi hasta las lágrimas)*;

¿era reservado a mi ancianidad oírte hablar así?

OCTAVIO *(acercándose a él con cariño)*.

—Perdone usted, pero, yo no sé hablar otro lenguaje que el lenguaje de la Verdad...

DON HILARIO *(tratando de serenarse, y feliz de evitar una polémica que se hace álgida)*.

—Esa es la que vengo yo a buscar de ti; ésa es la que vengo a decirte; es necesario que oigas la Verdad, y vengas hacia la Verdad.

OCTAVIO

—Marchar en dirección contraria a todos, es marchar hacia la Verdad;

si la Verdad existiera, no existiría sino en el corazón solitario de los leones;

la Verdad, está en la Soledad.

DON HILARIO *(con sarcasmo)*.

—Por eso vengo a buscarla aquí;

pero, tus filosofías y tus blasfemias, me hicieron olvidar el objeto de mi visita.

OCTAVIO

—La presencia de usted, en esta casa del Dolor, no tiene necesidad de explicación; ¿por qué había de tenerla hoy? siempre será usted bien venido...

DON HILARIO

—Gracias, hijo;

pero, las cosas cambian; hay deberes dolorosos...

hace cuarenta años, que yo no entro a esta casa sino para consolar;
primero, a tu padre;
después, a ti.

OCTAVIO

—Y así será, hasta que venga usted a enterrarme, como a mi padre, en el corazón de este huerto, a la sombra de los cerezos en flor;
porque yo, el Ungido del Señor, no dormiré al lado de los otros hombres, vecinos en la Eternidad, y se mirará con horror, la herida que la tierra sufra al recibirme en su seno, como si fuese una cicatriz de ella misma, hecha leprosa al contacto con mi cadáver.

DON HILARIO

—Dios, tendrá un día piedad de tu martirio, y las puertas del cielo te serán abiertas.

OCTAVIO

—Como a los otros, que no sufrieron mi martirio;
toda la dosis de Dolor que puede soportar una alma, la he soportado yo sin morir...;

¿qué hay más allá de mi Dolor?

yo no veo nada más allá de mi cielo desnudo y sin estrellas...

¿qué me importa lo que haya más allá de mi Dolor, si no pudo o no supo curarlo?

DON HILARIO

—No comencemos de nuevo;

no he venido a discutir contigo, sino a salvarte...

he venido a hablarte de algo, que interesa directamente a la Sociedad, a la Moral, a la salvación de tu alma.

OCTAVIO *(interrumpiéndole con brusca impaciencia).*

—¿La Sociedad?

¿qué tiene que ver la Sociedad conmigo? ¿pertenezco yo a la Sociedad?...

apenas si pertenezco a la Humanidad, y aun ella me rechaza;

¿qué tiene que ver la Sociedad con mi Soledad? ¿ha venido a consolarme alguna vez? ¿por qué viene entonces a perseguirme aquí?

a ella, no le ha importado nunca mi Dolor...

¿qué puede importarle mi Vida?...
¿qué ha hecho ella por mí, sino huir de mí?
no me hable usted de la Sociedad;
nada sé de ella...
nada quiero saber...

DON HILARIO

—¡Pero, la Moral, la Moral!

OCTAVIO

—La Moral, es un Código Social, y la Sociedad, no tiene nada que ver conmigo; ni sus leyes, ni sus costumbres, ni sus caprichos; yo marcho fuera de ella, ya que soy impotente para marchar contra ella;

la Moral, concierne a la Sociedad; y yo no tengo nada que ver con la Sociedad; ya se lo he dicho...

DON HILARIO

—La Moral, es la Ley de Dios...

OCTAVIO

—No;
la Moral, es la Ley del Hombre; del Hom-

bre Social; y, yo no soy contado entre los hombres...;

soy una bestia herida, que agoniza solitaria en su cubil;

la Soledad no tiene deberes; la selva no tiene Moral;

marchar de espaldas a los defensores de la Moral, es la única manera de entrar en la Virtud;

¿qué ha hecho la Moral por mí?...

enfermar mi adolescencia, hacer estéril mi juventud, mutilar mi Vida...;

eso, mientras fuí hombre...

¿qué quiere hacer de mí, hoy que soy un harapo de hombre, devorado por la lepra?...

¿darme leyes, para vivir según ella, a mí, que vivo fuera de ella?

que me deje vivir, que me deje morir...

DON HILARIO

—Pero, tú no vives solo; y, eso es lo que vengo a decirte;

en el Pueblo se murmura; en el Pueblo se comenta; en el Pueblo empieza a hablarse mal de ti...

OCTAVIO

—Y, ¿qué tiene que ver el Pueblo conmigo?

¿qué tiene que ver conmigo, ese hato miserable de cretinos, de criminales y de libertinos, que ha huído siempre de mi Soledad, y hoy se acuerda de ella, para insultarla y para calumniarla?

no me hable usted de la aldea;

la aldea, es la cloaca insatisfecha;

no envenene usted con sus miasmas, el aire puro de mi soledad.

DON HILARIO

—El Hombre, no puede prescindir de sus semejantes.

OCTAVIO

—Y, ¿no han prescindido mis semejantes de mí?...

DON HILARIO

—Dios hizo al Hombre, hermano del Hombre;

y, es necesario oír al Hermano cuando murmura.

OCTAVIO

—¿Qué han hecho mis hermanos de mí? murarme en mi soledad, escapar de mi contacto, huir del huerto del leproso;

¡la voz de mis hermanos!... ¿ha llegado alguna vez hasta mí, dicha por los divinos labios del Consuelo?

¿han oído ellos la mía, cuando en mis largas noches de abandono, atenaceado por el Dolor, he poblado el aire con mis gemidos ardientes, como una llama que atravesase los cielos, haciendo temblar el corazón de los astros que alimentan el vacío?

¿han escuchado ellos, compasivos o enternecidos, la voz de Lázaro clamando en la sepultura abierta, que le han dejado por única morada?

¿qué quiere el rebaño inhumano de las bestias, invadiendo mi soledad con sus rugidos?

¿qué quiere?

¿qué murmura?

dígalo usted, que es su voz y su Pastor.

DON HILARIO *(con decisión)*.

—Murmura, que algo anormal ocurre en esta casa;

que una mujer, joven y bella, está encerrada aquí; confinada aquí;

que la lepra va a contagiar pronto, esa juventud y esa belleza...

y, que es preciso salvarlas.

OCTAVIO

—Y, esa mujer, es Clara, mi prima; y, los que murmuran, saben bien, como lo sabe usted, que ella está aquí por su propia y espontánea voluntad; que puesta a optar, entre el asilo de huérfanas en donde usted quería recluirla, y nuestra casa, optó por nuestra casa; que entre hacer estéril su vida en un convento, sin consolar a nadie, y hacerla fecunda, consolando el más desmesurado infortunio, su alma heroica optó por lo último, y vino aquí, y está aquí, embelleciendo nuestra soledad, y cuidando nuestro Dolor...

eso lo sabe usted;

¿por qué no se lo ha dicho usted, a su rebaño enfurecido?...

usted que proclama y adora la Virtud de las vírgenes que se recluyen en el claustro, cuidando a Dios que no tiene necesidad de ellas, haciendo su Vida gloriosamente estéril,

sin servir a nadie y sin consolar a nadie, pálidas parásitas de la Virtud, cuya vegetación inútil, no sirve sino para ocultar con su follaje, un egoísmo cobarde;

usted que venera, como veneramos todos, el heroísmo lúcido de aquellas verdaderas Hermanas de Caridad, que viven en contacto con los enfermos, inclinadas sobre el lecho de los moribundos, sin temor al contagio ni a la muerte...

¿por qué no les habló de la abnegación, del sacrificio de esta noble criatura, recluída en claustración, para consolar a aquel que no tiene consuelo, y aliviar a aquel que no tiene cura?

¿por qué no cortó usted la lengua de la vípera, con la cuchilla de la Verdad?

DON HILARIO *(con impasible severidad)*.

—Porque algo más grave se murmura aún...;

algo, que yo no puedo ni afirmar, ni negar;

porque se dice, que el Pecado ha entrado en esta casa.

OCTAVIO *(con sarcasmo).*

—Hace cuarenta años, que a esta casa no entra sino usted...

y, usted no es el Pecado; usted, es la Virtud.

DON HILARIO

—Se dice, que en la casa del Levita, que no es viejo, no está bien una joven hermosa, en diario contacto con él.

OCTAVIO *(con amargura).*

—Aunque ese levita, sea un pobre leproso, al cual no pudiendo disputarle el sol del cielo, le disputan el del consuelo, celosos de no verlo morir, bajo el lento vuelo angustiante de todos los abandonos.

DON HILARIO

—Lo sé...

pero...

la aldea ha murmurado tan alto, que el asunto ha llegado hasta la Autoridad eclesiástica, que quiere poner fin a un estado de

cosas, al cual la autoridad jurídica, no puede poner fin por razones sabidas...

OCTAVIO *(con desdén)*.

—La Aldea...; la Aldea es usted... la Autoridad...; ¿no sabe usted, que la soledad no reconoce autoridad? soledad, es Libertad; la selva no tiene códigos, se lo he dicho.

DON HILARIO

—El Señor Obispo, me ha ordenado venir aquí, para decirte que es necesario que cese ese motivo de murmuración; que es necesario desarmar la Maledicencia, que el Sacerdote, como la mujer de César, no debe ser ni sospechado;

el Obispo, te ordena cesar en el Escándalo...

OCTAVIO

—El Obispo...

¿cómo es el rostro del Obispo?

ese rostro que debía ser la Caridad, no llegó nunca hasta mi Soledad; ¿por qué viene hoy a atisbar en ella?...

la voz del Obispo...

esa voz, que no sonó nunca para consolarme; ¿por qué suena hoy para amonestarme?

diga usted al Obispo, que yo no tengo que ver nada con él;

que yo no soy ya un sacerdote;

que mi soledad, me volvió mi libertad;

que yo soy, el Hombre fuerte, el Intangible; aquel que no puede tocarse sin contagiarse; mi lepra es mi manto de fuego; me devora y me aisla;

que prendido a los pezones de mi doble Soledad, yo agoto en ellos, la fuerza de resistir, y la fuerza de negar;

ni obedezco, ni creo;

es de las cenizas de la Fe, que nace la Libertad;

yo soy, aquel producto excelso y raro de mentalidad; aquel que está por sobre toda Autoridad;

yo soy un *Hombre Libre.*

DON HILARIO

—¡Infeliz!

serás excomulgado...

OCTAVIO

—Excomulgado;
es decir;
puesto fuera de la comunión de los fieles; sin contacto con ellos...
y, ¿no hace años que estoy fuera de la comunión de los hombres; excomulgado por ellos, lapidado por ellos, sólo porque llevo sobre el rostro, esta máscara del Dolor que los espanta?
¿qué puede añadir, la excomunión del Obispo, a esta excomunión del Destino?

DON HILARIO *(con solemnidad).*

—¡Serás Maldito de Dios!...

OCTAVIO

—¿Maldito?
desde antes de nacer, ya estaba maldito por él;
¿qué cosa ha sido mi Vida, sino una Maldición?
si antes de ofender a Dios, ya él me había herido de manera irremediable; ¿qué puede

hacer contra mí, después de haberlo ofendido?
el rayo del castigo, se apagó en su mano...

DON HILARIO

—¡Blasfemo! ¡blasfemo!...
¡Dios tenga piedad de ti!...
yo, salvaré tu alma a despecho tuyo;
y, ya que tú no quieres oírme, yo hablaré a tu madre;
ella me oirá.

OCTAVIO *(desafiador)*.

—¿Queréis ver a mi madre? *(asomándose con precipitación a la ventana, hace gestos de llamada)*.
—Madre... Madre...; Clara...
venid...

DON HILARIO

—¡Clara!... ¿y, ella para qué?

OCTAVIO

—Para que os convenzáis, que aquí no hay ya almas de esclavos;
que aquí nadie está dispuesto al sacrificio.

## ESCENA V

MÓNICA *y* CLARA *entran apresuradas:*

MÓNICA, *grave, reflexiva, con un gesto de digna resolución, como si hubiese adivinado el conflicto de almas allí planteado.*

CLARA, *resuelta, arrogante, casi hostil al visitador;*

*hace una inclinación de cabeza, para saludar a don Hilario, y permanece a distancia.*

MÓNICA

—¿Qué hay?
¿qué nos queréis?

DON HILARIO *(con autoridad, casi con violencia).*

—Esta niña, no tiene nada que hacer aquí *(dirigiéndose a Clara);*
retírate;
lo que hemos de hablar, no debes oírlo aún.

(CLARA, *mira sin moverse a Octavio, como esperando de él la orden de quedarse, o de partir).*

OCTAVIO *(dirigiéndose a Clara)*.

—No;
quédate;
es preciso que lo oigas todo, pues que es de ti, y casi exclusivamente de ti, que se trata.
Don Hilario, viene a decirnos, que en el pueblo se murmura de nosotros; que te tenemos aquí encerrada, secuestrada; que tú quieres huir de nosotros, escapar del contagio de la lepra...

CLARA

—¿Huir?
¿abandonaros? ¿dejar esta casa de la ventura y de la paz? ¿quién dice eso?
si no me arrojáis vosotros de aquí, muerta me sacarán por esa puerta *(muestra fuera de la ventana, la puerta del Huerto)*;
pero, viva, no...
jamás...

OCTAVIO *(con acritud, mirando fijamente a don Hilario)*.

—¿Ha oído usted?
¿ha oído hablar la prisionera?

DON HILARIO

—Es una niña, que no sabe lo que dice; pero usted, señora *(dirigiéndose a Mónica)*, usted tiene el deber de salvarla a ella, y de salvar a su hijo.

MÓNICA

—¿De qué peligro debo salvarlos?

DON HILARIO

—De las llamas del Infierno...

MÓNICA

—Una llama más voraz que las del Infierno, lo devora; y, la llama que lo devora a él, consume mi corazón; ¿qué infierno podría compararse a nuestra Vida?

DON HILARIO

—Cumpla usted su deber; salve usted su hijo.

MÓNICA

—Una madre, no tiene más deber, que amar su hijo;
vivir para él;
y, morir por él si es necesario;
¿de qué muerte debo salvar a mi hijo?

DON HILARIO *(con solemnidad)*.

—¡De la Muerte Eterna!...

MÓNICA

—Eso, es a Dios que corresponde, no a mí.

DON HILARIO

—A usted, sí, a usted, porque es evitando la Tentación, que se evita el Mal;
es cegando las fuentes del Pecado, que se ciegan las de la Condenación;
es necesario que el *Huerto del Silencio*, no continúe llamándose, como empieza ya a llamarse: el *Huerto del Escándalo;*
el Pueblo principia a hablar...
y, la Voz del Pueblo, es la Voz de Dios.

OCTAVIO

—Si así fuera, Dios se llamaría: la Calumnia;

y, el vaho de ese estercolero, envenenaría el mundo.

MÓNICA (*tranquilamente*).

—¿Y, qué dice el Pueblo?...

DON HILARIO

—Dice: que no es justo, ni es humano, retener a esta niña aquí donde el contagio de la lepra la amenaza;

que no es moral, tenerla en la intimidad, y el diario contacto de un hombre joven, que aunque enfermo, es siempre un hombre...

MÓNICA

—¿Eso dice el Pueblo?

¿qué tiene que hacer el pueblo con eso?

¿nos mezclamos nosotros a la Vida o a la Moral del Pueblo?

DON HILARIO

—Pero la voz del Pueblo, ha llegado hasta el Obispo...; y, él no puede permitir, que la reputación de un sacerdote, ande de boca en boca;

y, eso es lo que he venido a decir a Octavio.

OCTAVIO

—Y, ya he dicho a usted, que yo no soy un sacerdote, y que el Obispo, no tiene nada que ver conmigo.

DON HILARIO

—El rayo de la Iglesia caerá sobre ti, para castigar tu rebeldía...

OCTAVIO

—Ese rayo no tiene poder en esta soledad; no hallará nada que arder en ella; lo que hay aquí, es incombustible...

DON HILARIO *(haciendo un último esfuerzo para convencerlo).*

—Reflexiona... piensa...

OCTAVIO *(con decisión).*

—Todo lo he reflexionado;
todo lo he pensado...
no insista usted...
pierde su tiempo.

DON HILARIO *(poniéndose en pie; hecho ya agresivo, con la violencia de la senectud).*

—Ya no os lo suplico: os lo mando.

OCTAVIO

—Y, yo no os obedezco.

DON HILARIO

—Os lo mando en nombre de Dios.

OCTAVIO

—Dios no está en vuestros labios; Dios está en mi corazón.

Dios, está conmigo; porque Dios, es el alma del Dolor...

DON HILARIO *(con una vehemencia ciega, tomando a Clara por la mano, y queriendo arrastrarla afuera).*

Venid conmigo...

CLARA *(resistiendo).*

—¡Jamás! ¡jamás! *(hace esfuerzos por desasirse de la mano de don Hilario).*

OCTAVIO *(saltando furioso entre don Hilario y Clara, arranca brutalmente a ésta de la mano de aquél; y, se pone ante ella, protegiéndola con su cuerpo).*

—Esta mujer, no sale de aquí, porque yo no quiero...

porque esta mujer es mi Vida... porque esta mujer es mi corazón *(acercándose a don Hilario, hasta decirle las palabras sobre el rostro, como si se las escupiera);*

porque yo la amo...

¿no quería usted saberlo?

porque yo la amo...

vaya usted, diga al Pueblo que yo la amo...

DON HILARIO *(retrocediendo, como si el aliento de Octavio le quemase el rostro).*

—¡Insensato!... ¿no sientes la vergüenza del Pecado?

OCTAVIO

—No amar, es el único Pecado posible contra Dios.

DON HILARIO *(a Mónica).*

—Haced salir a esta mujer...

OCTAVIO

—Quien sale de aquí, es usted *(extiende el brazo, mostrándole la puerta).*

DON HILARIO *(rojo bajo la afrenta, camina unos pasos hacia la puerta; se vuelve levantando el brazo, en gesto conminatorio).*

—Conmigo, sale Dios de esta casa...,

MÓNICA

—Dios no sale de donde reina el Dolor.

OCTAVIO *(a don Hilario).*

—Y, si así fuera; salga Dios con usted, y quede aquí mi Amor.

DON HILARIO

—¡Maldito sea ese Amor!...

OCTAVIO

—Dios, no maldice el Amor, porque Dios es la esencia del Amor.

Dios, es el Amor mismo...

*(avanzando resuelto sobre don Hilario, mostrándole la puerta, con gesto colérico, imperativo);*

salga usted de aquí.

(DON HILARIO *sale; arrojando una última mirada de cólera, al grupo que forman Octavio y las dos mujeres, que se acercaron a éste, como para contenerlo en su violencia.*

MÓNICA, *ha puesto una mano sobre un hombro de su hijo.*

CLARA, *ha reclinado la cabeza sobre el hombro de Octavio, que le ciñe el talle con un brazo;*

*y, ella mira al leproso apasionadamente;*

*y, sonríe... sonríe... como a una lejana claridad.*

# ACTO CUARTO

# ACTO CUARTO

El Huerto en soledad;
cae la tarde pesada de Misterio; muere en pesadumbre;
a lo lejos, la bahía del llano, perpleja en el moaré sutil, que deja el sol a la dispersión de sus rayos amatistas;
la sombra azul, crece en la arboleda quieta, sobre las frondazones espesas, donde el blanco y oro de las flores, fingen dibujos suntuosos, como de una capa pluvial, que irisa el soplo suave de la tarde cargada de perfumes;
azul mudo y calmado, en el alma odorante del momento;
el verbo puro de los cielos, murmura en el paisaje feérico, cosas de adoración.
Octavio Heredia, en el ángulo del jardín, deliciosamente triste, donde tiene el hábito de leer y meditar;
ha enflaquecido enormemente;
espiritualizado, cuasi diafanizado, se ven más claramente en su rostro, las huellas del terrible Mal;
calza de guantes sus manos;

no lleva ya el traje talar, sino uno gris claro, que sabe portar con arrogante elegancia;

su figura alta y fina, se destaca en el zafir brumoso del crepúsculo, como sobre un abismo;

no ha envejecido, pero, ha enmagrecido tanto, que tiene el aire de algo precario, pronto a desaparecer, en la fosforescencia de la luz tibia que lo circunda;

guarda un libro en una mano;

apoya el codo en el velador, donde un ramo de mimosas recién cortadas, parecen mirarlo en éxtasis como pupilas extrañamente feminizadas...

ha dejado de leer...

cierra el libro;

mira el ópalo gris de la tarde, y el estremecimiento voluptuoso del jardín parece comunicarse a sus carnes enfermas;

y, más que las visiones exteriores, las visiones interiores de su espíritu, parecen fascinarlo, atraerlo, absorberlo, con insistencia imploradora.

## ESCENA PRIMERA

### OCTAVIO

—¡Cómo es triste cerrar el libro de un Poeta, sobre el corazón enfermo de la Tarde que muere fatigada de sueños mentirosos, alucinante, como un Idolo de Tinieblas coronado de flores de oro, abiertas en el jardín de los ponientes impasibles donde la Noche expri-

me los pámpanos jugosos de la sombra y de la Eternidad!...

este *Libro de Lázaro*, de Enrique Heine, me ha encantado y me ha conmovido, ya que no hay Verbo de Hombre, capaz de consolarme...;

el mal del Poeta, y mi mal, son hermanos, como dos fantasmas gemelos, nacidos en el mismo vientre de la Desolación...

a nuestros dolorosos antecesores, los encontró el Salvador sobre su camino, en sus tardes proféticas, cuando por entre los terebintos de Jericó y los laureles de Cafarnaun, rimaba sus pasos, ante los campos mudos y los cielos ávidos, en espera del Milagro;

al leproso le dijo: *sed limpio de tu lepra;* y, limpio fué;

y, al paralítico: *levántate y anda;* y, el lisiado dejó su lecho, y anduvo en el sendero milagroso, conmovido aún bajo la sombra de aquella mano, que había venido a curar los dolores de los hombres...

para nosotros, los herederos de esos grandes males, el Cristo no ha tenido la palabra libertadora, aquella que sonó sobre la tierra, conmovida de Piedad, en el corazón de la tarde que temblaba como una cosa viva.

Dios, ha enmudecido ante nuestro Dolor;

se diría que ha muerto, tras de los cortinajes del cielo, mudo y hostil, virgen de toda esperanza...;

el lecho del paralítico, y el manto del leproso, quedaron tibios al contacto del Milagro;

y, el lecho del Poeta, no recibió la visitación de lo Inesperado;

el manto de mi lepra, no ha caído de mis hombros, y continúa en cubrir y devorar mi cuerpo...;

el ala tibia del Milagro, no se extendió con su forma de lira, sobre mi pobre cuerpo para curarlo;

yo, no he visto la barca de Jesús atravesar en las tinieblas, por sobre el lago de las Misericordias, con sus manos tendidas para salvarme;

pero, algo nuevo ha surgido en mí, que me ha salvado sin curarme...

el Amor...

él, se ha acercado a mi corazón, que yacía muerto y le ha dicho las tres llamadas misericordiosas, que sonaron en la tumba de Lázaro...

y, el corazón de Lázaro, volvió a la Vida;

o, mejor dicho: entró en la Vida; ¿es que había yo vivido antes de ahora?...

yo nací, cuando nació en mí este Amor que me consume tan suavemente, con la lenta y divina sensación de las caricias;

yo era un muerto, y ahora vivo;

¿mi lepra vive también?

yo no lo sé; ni quiero saberlo;

tal vez, fuí curado como Lázaro, cuando resucité por el Amor;

no vive la lepra que se besa;

la mía ha sido curada por sus labios;

¿podrá haber lepra que resista al contacto de ellos?

esos labios, hicieron circular la Vida por todos mis miembros, la insuflaron en mi pecho, la hicieron palpitar en mis tejidos, infiltrarse en mi organismo, circular por mis venas;

de mis cabellos a mis talones, yo sentí el torrente de la vida correr precipitado y atronador, tal las aguas de un canal, que rompen el dique y lo invaden todo...

y, la Vida, fué en mí;

y, yo viví la Vida;

no se vive antes de la hora del Amor;

hasta esa hora, la Vida no es sino una len-

ta preparación de savia para el beso futuro...

¿por qué vino tan tarde ese beso, a mis labios y a mi corazón?...

tal vez vino a la hora del Consuelo, penetrando hasta mi Vida inerte, como un rayo de luz a través de las grietas de una tumba;

las cosas de Dios, vienen a su hora;

yo había soñado la Vida, pero no había vivido la Vida;

y, mi Vida, era un sueño de Dolor...

de ese sueño, me despertó el beso de unos labios; y, abrí los ojos, y vi la Vida, y amé la Vida, y me prendí a los pezones que parecían inagotables, de la Vida...;

y, de tal manera los exprimí, que me parece ahora, que mi Vida se me escapa...;

y, me siento morir, devorado por la Vida, devorado por el Amor;

llegué tan tarde al Amor, que he querido agotarlo de un solo esfuerzo inacabable;

pero el Amor no se agota, es la Vida, la que se agota en el Amor...

desde el momento bendito de aquella tarde azul, tarde plácida, como un jirón de cielos de la Argólida, en que ella cayó en mis brazos, y fué mía, y la poseí, a la sombra de los árboles cómplices, que vieron sus divinas des-

nudeces, yo no he vivido sino por el Amor, en el Amor, y para el Amor...;

nuestras dos virginidades al encontrarse para morir, se hicieron un hondo mar insatisfecho, que ha reflejado el vuelo de las noches insomnes, y el carro de las auroras rendidas, testigos ambas, de las más bellas noches de amor, en el seno vencido del Silencio...

¡oh! esas noches, en que nuestros cuerpos como imantados, no aciertan a separarse, y bajo el poder de mis caricias, sus ojos entrecerrados, brillan en la obscuridad, estriados, luminosos, como hechos con fragmentos de estrellas... como si sus pupilas hubiesen sido extraídas de los yacimientos vírgenes del Sol;

todas las armonías de los cielos y de los campos, penetrando de los jardines inquietos, vibran en nuestros besos;

y, nuestros labios son como playas abiertas, que no se fatigan jamás de recibir el beso de las olas;

los momentos en que nuestros labios no se unen, son momentos de ansiedad intolerable, en que siento llover sobre mi alma, las cenizas lentas de la Eternidad...

cuando sus ojos no me miran, me parece

que ha muerto el sol, y es entonces que tengo piedad de los ciegos, y abarco toda la crueldad del corazón impenetrable de las tinieblas;

siento que morir con sus labios bajo mis labios, no sería morir... sería diluirme suavemente en la Nada, fundirme lentamente en el calor de una estrella;

¿por qué llegué tan tarde al Amor?

tal vez no llegué tarde, puesto que he podido dejarme arder por él, y me consumo en él, como un arbusto resinoso caído en la llama, feliz de morir de esa caricia lenta, como un vuelo de libélulas sobre la agonía de un rosal... *(queda un momento en silencio, y luego, dice mirando hacia el fondo del jardín):*

he ahí, mi madre que llega;

a veces, siento vergüenza ante ella...

vergüenza de engañarla...

su mirada tan pura, turba mi corazón...

## ESCENA II

Por entre los ramajes extáticos, cuya inmovilidad da a los paisajes lejanos el aspecto de un bello y suave mar inmóvil, aparece MÓNICA;

trae en una mano, una cesta de flores, recién cortadas;

en el gran reposo de la hora, ella es como una nota más, de dulzura y mansedumbre;

la limpidez cristalina del cielo, estriado de franjas de oro, parece diafanizar su silueta magra, nimbando de un halo de paz, su cabeza mártir, un poco inclinada, como bajo el peso de una lenta agonía;

sus pasos, suenan suaves como un ritmo amable sobre las hojas muertas que duermen en el silencio, inmóviles con la pausada actitud de las cosas precarias y fugitivas, que presienten su destino;

el alma de las flores la precede en una onda de perfumes, que satura los senderos callados, en el oro sutil de la tarde, casi desaparecida bajo los cielos bermejos;

avanza hacia donde está OCTAVIO; le acaricia los cabellos, y lo besa en la frente;

el leproso, tiembla bajo la caricia de las manos maternales; feliz como un niño a quien se consuela, mira sonriente a su madre.

OCTAVIO

—Se diría que vas al mercado de flores.

MÓNICA

—Hoy principia Mayo;

es el mes de María.

Clara y yo, vamos a adornar el altar de la Virgen;

y, esta tarde, tú cantarás la Salve, como todos los años; ¿verdad?

OCTAVIO

—Sí, Madre, cantaré la Salve;
eso, no me ha sido prohibido.

MÓNICA

—No hay poder humano, que impida a una alma adorar a Dios.

OCTAVIO

—¿Qué pueden los decretos de los hombres, en el Tabernáculo de nuestro corazón, en el cual canta nuestra alma deslumbrada, un cántico de Adoración?...

el Obispo, me ha prohibido celebrar el sacrificio de la Misa...

pero, eso no me entristece; ¡hacía tanto que no lo celebraba!...

no se me concedió nunca, tener las sagradas formas en el altar de mi Oratorio;

no fuí nunca al pueblo a decir misa; ¿quién la habría escuchado?

y, sobre todo; ¿quién me habría ayudado a oficiar?

además, yo había perdido la Fe en esas

cosas, y no quería ultrajarlas ejerciéndolas con menosprecio;

en ese estado de conciencia, la resolución del Obispo, me ha dejado indiferente;

no he contestado siquiera el oficio de la Curia;

eso debe tener furioso a don Hilario.

MÓNICA

—Don Hilario, está hecho una fiera contra nosotros;

él, azuzó el Pueblo en nuestra contra;

él organizó la pueblada que vino aquel domingo hasta aquí, amenazando, vociferando, pidiendo la libertad de la huérfana; que le entregáramos la huérfana...

OCTAVIO *(con desprecio)*.

—¡La Bestia ebria y nauseabunda!...

¿sabes quién costeó el licor preciso para embriagarlos a todos?

Pedro, el sacristán...

él, pagó la cuenta toda, en casa del tabernero.

MÓNICA

—Así se gastan los dineros de la Iglesia.

OCTAVIO *(con ironía)*.

—Y, nuestros propios dineros.

MÓNICA

—¡Qué tumulto!...
todavía siento pavor al recordarlo...
¡qué gritos!...
me parece que los oigo;
hasta los niños gritaban;
las mujeres eran las más furiosas...
¡qué dicterios proferían!
¡qué dicterios!

OCTAVIO *(con ternura)*.

—Y, cómo te insultaban... ¡a ti la buena; a ti la Santa!... ninguna de esas víboras es digna de besar tus pies descalzos...

MÓNICA

—Todos contra nosotros;
vinieron por todos los caminos;

se agruparon en torno de la casa;
nos cercaron...
y, parecía un mar que gritaba...
¡A muerte... a muerte el leproso!...

OCTAVIO

—El Apóstata...
así me llamaban...

MÓNICA

—No quedaron piedras en el campo, que no fueran lanzadas hasta aquí, por encima del muro;

el jardín desapareció bajo los guijarros.

OCTAVIO

—Y, sin embargo, no osaron entrar;

cuando yo abrí, de par en par las batientes de la puerta...; nadie osó entrar...

tenían miedo del contagio...

y, bastó que yo me presentara en el portal, haciendo el gesto de avanzar hacia ellos, para que huyeran despavoridos...

y, yo no llevaba más arma que mi lepra...

huían, huían del contagio...

el guijarro que me hirió en la frente, lo conservo manchado con mi sangre;

haré un día, regalo de él, a don Hilario, para atestiguarle la fidelidad de sus ovejas...

yo, no tuve miedo de la Muerte;

pero tuve miedo por vosotras, que pudierais ser heridas, que pudierais ser muertas...

y, por eso me mostré en la puerta, con mi lepra, que enarbolé como una bandera...

y, huyeron a mi aparición...

MÓNICA

—Huyeron, y no han vuelto...

la Autoridad protegió nuestra casa, sin entrar en ella, y el tumulto no se repitió...

y, el Silencio y el Olvido, han vuelto a caer sobre nosotros...

OCTAVIO

—Ese silencio y ese Olvido, que amamos tanto; los grandes lenitivos de nuestro Dolor; los centinelas de nuestra soledad...

ellos han vuelto...

y, yo los siento rodar como arenas en la clépsidra del tiempo...

y, nos rodean, nos envuelven, nos sepultan, como una lenta lluvia de cenizas...

MÓNICA

—Se diría que estás triste de ellos...

OCTAVIO

—¿Triste?

no, Madre, no;

hay demasiada luz de aurora en mi corazón, para que nada pueda entristecerlo;

tus ojos, que han llorado mucho, y otros que no han llorado todavía, me protegen con su luz, contra toda sombra; aun contra aquella, a veces tan amable y tan amada, que es la tristeza...

antes soy feliz, de ver que después de aquella estéril conmoción, tan cruel y tan cobarde, este nuestro huerto, volvió a ser el *Huerto del Silencio*, a pesar de don Hilario, que en sus sermones azuzadores, lo llamaba el *Huerto del Escándalo*.

MÓNICA

—El escándalo lo lleva él en su corazón, avaro y pendenciero.

OCTAVIO

—*Raza de víboras* — dijo la Escritura, *Sepulcros blanqueados;* sepulcros donde se anidan víboras... *In sacerdus, ánima...*

MÓNICA

—Yo, no creí nunca, que llegara a odiarnos tanto.

OCTAVIO

—Los corazones cerrados al Amor, se vuelven así, violentamente hacia el Odio;

sienten la sed de él;

y, esa sed, engendra la locura del Mal;

no se renuncia al sexo, sin renunciar a la Humanidad;

¡temed al Vicio Solitario!...

es la Ferocidad ilimitada...

no tiene entrañas...

¿cómo va a tenerlas, si profesa el odio de ellas, y renuncia a fecundarlas?

MÓNICA

—La codicia pierde a don Hilario;

él, había soñado con que nuestra fortuna

sería para la Iglesia; y, ve que se le escapa de las manos;

la aparición de Clara, lo ha indignado, porque prevee que ha de ser nuestra heredera...

él, no codició nunca nuestra alma, sino nuestro oro...

OCTAVIO

—Alma de Sacerdote;

pero, no pensemos más en él;

dejémoslo que se consuma en su rabia impotente y cruel.

MÓNICA

—Es verdad;

la paz reina en torno de nosotros, y en nuestros corazones;

¡bendita sea la paz!...

OCTAVIO

—Y, ella perdure.

MÓNICA *(recogiendo el cesto de flores que había dejado en el suelo mientras hablaba).*

—Ahora, me voy a acabar de adornar el

altar, y tú vendrás a cantar la Salve, acompañado al piano por Clara.

OCTAVIO

—*¡Salve, Regina Mater!*
eso diré en el canto;
y, eso te digo.
—*¡Salve, Regina Mater!*... la de las bellas manos, la de las blancas manos, suaves, nobles, adorables;
*(le besa cariñosa, respetuosa, lentamente, las manos).*

(MÓNICA *se aleja, mirándolo con ternura, con una gran pasión, tan intensa, que parece contagiar el alma de la tarde taciturna, llena de acres olores en el aire floreal).*

## ESCENA III

OCTAVIO, mira con inquietud, hacia la avenida central del jardín, como si buscase algo en la claridad hecha lunar, de la Noche naciente, llena de sensualidades.

OCTAVIO

—No viene aún...

y, yo siento que la Vida cesa en mí, cuando dejo de mirar a Clara;
yo, apuro en sus ojos la bondad de la Vida, en sus labios la dulzura de la Vida; en su cuerpo todo, la belleza y la Voluptuosidad de la Vida... inagotable como mi Deseo...

¿qué me importa el Odio de los otros, si yo tengo su Amor, su Amor, que llena mi Vida de un vértigo sensual, indomable, fuerte, como un mar que busca sus riberas?...

vivir en el Amor, es vivir en un éxtasis de luz;

y, yo vivo en ese deslumbramiento, que hace luminoso y sonoro mi corazón, lleno de los ímpetus de una selva en fuego;

¿qué me importan mis enemigos?

ellos, no penetrarán hasta las entrañas de mi Soledad...

el Horror, vela como un Dragón indomable, a la entrada de los jardines de mi soledad...

¡bendito sea el Horror que inspiro!...

él, me aísla en el seno solitario y fúlgido

de mi pasión, y yo canto en él, como los niños, en el horno abrasado de Babilonia...

mi lepra, me sirve de escudo;

¡bendita sea mi lepra!...

me ha llegado la hora de bendecirla...

Dios, no ha creado nada inútil sobre la Tierra...

y, fué para libertarme de los hombres, que extendió sobre mi cuerpo, este manto de pus que me aisla de ellos...

puesto de pie sobre mi estercolero, puedo decir la palabra que no dijo Job, ni aun vencedor de su propia lepra;

yo, puedo decir:

¡bendita sea la Vida!...

*( ve a* CLARA, *que aparece, en el final de la avenida, esbelta, blanca y luminosa, como una Ofelia rediviva;*

*en la calma azulina, llena de la torpeza lenta de la Noche que avanza, intensa y profunda, como una imploración, ella marcha, erguida, tranquila, como en el fondo de un gran sueño, por entre las claridades palidecentes, desvanecidas en el zafir profundo de los cielos;*

*trae una rosa roja prendida al pecho, y otra*

*blanca en la mano, y la rosa, tiembla entre sus dedos, como una luminaria de cristal;*

*avanza... y sonríe, bajo la caricia lenta de los ramajes inaccesibles...)*

¡Cómo es bella!

¡cómo es bella, en el nimbo de su belleza ardiente, como los más ardientes crepúsculos!...

(CLARA, *llega hasta él, sonríe, y se prende a sus labios, apasionadamente.)*

## ESCENA IV

CLARA, se desprende del abrazo, y ofrece a Octavio, la rosa que tiene en la mano.

CLARA

—Para ti;

para ti fué cogida, en aquel rosal, que tú conoces; ¿lo recuerdas? aquel a cuya sombra comparaste mis pechos con sus flores.

OCTAVIO *(tomando la rosa y besándola).*

—Como tus pechos, rosas blancas, con pistilos bermejos;

como tu boca;

boca suave, boca pura, dulce boca, donde vive el panal de las delicias, y volotea el enjambre rendido de mis besos *(aprisiona la cabeza de Clara en sus manos, y la besa largamente, ardientemente, con un ademán goloso, insatisfecho);*

boca húmeda, inexhaurible, gruta roja del Deseo;

tu boca es una lira de coral, el alma de la Melodía duerme en ella;

¡cómo son bellas tus palabras!

¡cómo son buenas!...

ellas, suenan en mi corazón como las estrofas de un Poema, que cantan tus labios tan amados, bajo el ardor octubral de tus ojos pensativos...

CLARA

—Pensativos de Amor...;

ebrios de Amor;

de la única ebriedad que no degrada...

*(acerca al rostro de Octavio, su seno estremecido y protuberante, donde la rosa roja se abre, como la violencia de una herida).*

huele...

huele esa rosa.

(OCTAVIO, *hunde el rostro con delicia, en los pétalos de la flor y en los senos que tiemblan, lo alza después; los ojos y la voz repletos de lujuria.)*

OCTAVIO

—El perfume de la rosa, es tu perfume;

el perfume de tu cuerpo embriagador... que expande en mí el escalofrío de las fiebres amantes, esas largas fiebres que duermen a la sombra de tus pestañas, como duermen en las lagunas de *Pœstum*, bajo el collar de rosas que decoran sus pálidas riberas...

tus ojos que me miran, mirándome morir...

el olor de tus cabellos, una selva de mirtos en estío... *(aspira el olor de los cabellos de la amada)*

los inciensos de Siria no han tenido un aroma mejor, ni lo tuvieron las mirras resinosas de Bagdad;

oriflama negro y oro, que ha arropado mis noches de victorias, y a cuya sombra me he dormido, en horas de divino vencimiento...

tu cuello, que tiene el albor del de un cisne, y al cual mis brazos sirven de dogal...

y, tu cuerpo todo, que semeja un mármol, visto a la caricia de la lumbre lunar...

déjame abrazar tu cuerpo, arpa de delicias, fuentes de ventura *(la abraza con pasión)*;

los goces divinos que manan de ti, yo los apuré...

y, aun muero al tocarlos, de mi ardiente sed...

que nada ha calmado, que nada apacigua, que no morirá...

CLARA *(devolviéndole sus caricias)*.

—Tuyos son mis besos;
tuyas mis caricias...
tuyos los perfumes de mi corazón...
tómame y devórame con tus besos sabios;
que muera en tus brazos;
qué dulce es la muerte, muriendo de Amor...

OCTAVIO

—El arco voltaico de tu cabellera, crineja de soles, ¿por qué hoy brilla tanto? *(contemplándola extasiado)*;

¿qué tienen tus ojos, diamantes ocultos entre las malezas?

¿qué tienen tus ojos, que brillan así?

¿qué palabra no dicha, qué beso no dado, se agita en tus labios como una ola muda, que quiere cantar?

*(ella continúa en mirarlo muy hondo, con la cabeza reclinada en el hombro de él, sonriéndole con una sonrisa provocativa, misteriosa y profunda);*

¿qué quieres?
¿qué pides?
¿por qué así me miras?
¿qué van a decirme tus labios de flor?

CLARA

—Mis ojos buscan tu alma, y mis labios buscan tus oídos, para violarlos con el divino violo de un secreto.

OCTAVIO

—No se viola lo que se ha poseído;
lo que es tuyo, lo que ha sido tuyo; lo que será siempre tuyo; mi corazón.

CLARA

—Pero, el secreto, es mío;
y, yo quiero decirlo a tu corazón;

¿qué diría el cielo, de una Primavera que no reventara en flores, de un rosal, que no floreciera en esplendor?

así el Amor...

¿qué es un Amor que no florece?

huerto sin pájaros, rosal sin rosas, cielo sin estrellas... algo triste, algo inútil, algo fatal en su silencio, algo que se parece a la Muerte, porque es la Soledad...

¡abrazo estéril, beso estéril, amor estéril como la tumba!

amor que morirá, porque aquello que no da la Vida, ¿qué otro destino tiene que morir?...

OCTAVIO *(con una gran inquietud en la mirada, y una voz que pugna por ser segura, pero que tiembla).*

—No te comprendo...

por primera vez en nuestro Amor, no te comprendo...

tus palabras pierden su claridad, y tus ojos su serena lucidez...

¿qué me dicen tus frases de misterio?

tus palabras me dan miedo...

CLARA

—¿Miedo?
¿tienes miedo de nuestra felicidad?
¿te espanta nuestra ventura?
ahora que florece mi Vida; ahora que la siento viva y palpitante bajo mi mano, como un pájaro prisionero... ¿ahora tienes miedo? *(se acerca a él, amorosa y feliz y le dice algo al oído.*

OCTAVIO, *al oirla, se separa violentamente de sus brazos, rechazándola con brutalidad;*
*la mira con ojos extraviados, ojos de demente).*

OCTAVIO

—¿Verdad? ¿verdad?

CLARA *(sin comprender aún).*

—Sí;
pon la mano en mi vientre, y sentirás palpitar la Vida.

OCTAVIO *(fuera de sí, los ojos desmesurados de horror y de rabia, los dientes rechinantes).*

—La Vida...

es decir, la lepra, el contagio, la Maldición...

¿eso te alegra?

*(acercándose a ella con una cólera creciente y los puños levantados).*

¡maldito sea tu vientre, que concibió el Dolor!

malditas tus entrañas, fecundadas por los gusanos;

malditos tus besos, que florecieron en esa flor de lepra y de Exterminio.

CLARA *(medrosa y tierna a la vez).*

—¿Deliras? ¿estás loco? *(acercándosele).*

OCTAVIO *(rechazándola con un rudo golpe en el vientre).*

—Apártate; apártate...

hembra de Maldición...

no te acerques a mí...

yo era un muerto, y tú me has resucitado para dar Vida a algo más triste que la Muerte: al Dolor...

vuélveme a la tumba, o entra en ella...

CLARA *(con desesperación).*

—¡Octavio! ¡Octavio!

OCTAVIO *(imperativo, en el paroxismo de la cólera, señalándole las avenidas desiertas).*

—Huye...;
huye de mí...
que yo no vea ante mis ojos, la maldición de tu vientre fecundado.

CLARA *(anonadada).*

—¿Huir? ¿huir?
eso sería morir..,

OCTAVIO

—Ve, y muere...

CLARA

—¿Tú lo ordenas?

OCTAVIO

—Sí;
ve, y muere;
antes que yo te mate;

*(avanza furioso hacia ella, con los brazos extendidos hacia adelante, y las manos crispadas como dos garras);*

antes que yo estrangule en ti, mi Vida y mi Pecado.

(CLARA *da un grito, cierra los ojos y baja la cabeza, como resignada a morir;*

*en ese momento, y atraída por los gritos, aparece* MÓNICA;

*se interpone entre los dos, antes de que* OCTAVIO, *haya llegado a poner las manos sobre* CLARA;

*ante la mirada de su madre,* OCTAVIO *queda inmóvil, pero no apaciguado).*

OCTAVIO *(a su Madre).*

—Llévate a esa Mujer;

ella fué la serpiente del Paraíso, que me mordió en el corazón;

llévatela antes de que yo aplaste con mis pies, la cabeza de la víbora...

*(avanza, preso de una nueva exaltación, sobre el grupo de las dos mujeres que se han abrazado...* MÓNICA, *cubriendo con su cuerpo a* CLARA...

MÓNICA *extiende la mano autoritaria hacia su hijo para detenerlo, y dice muy bajo a* CLARA).

MÓNICA

—No hables, no hables;
las palabras lo exasperan...
así era su Padre...

*(las dos mujeres se alejan.*

MÓNICA, *camina siempre con la cara vuelta hacia su hijo, sin darle la espalda, mirándolo fijamente, como para dominarlo con su mirada imperativa y tierna al mismo tiempo.*

OCTAVIO, *que ha quedado inmóvil, ante el gesto de su Madre, ve alejarse las dos mujeres, con una mirada de hipnotizado... cuando ellas han desaparecido en la arboleda más cercana, sacude la cabeza y mira en derredor, con ojos de locura;*

*da unos pasos...*

*se agita como una fiera acorralada;*

*y, como si se abrazase a alguien para ahogarlo, se abraza a un álamo cercano, apoyando en él la cabeza, con un golpe duro, que hace inclinar el árbol adolescente;*

*y, solloza...*

*sus sollozos lo agitan tan profundamente, que el árbol tiembla, y sus hojas caen, cubriendo lentamente al desesperado...*

*sus gemidos llenan el campo, y hacen temblar el alma conmovida de los jardines).*

# ACTO QUINTO

# ACTO QUINTO

Salón familiar del *Huerto del Silencio;* amplio y confortable;
mobiliario, viejo estilo;
a la derecha, una puerta, que es la del cuarto de dormir de Octavio;
a la izquierda, la puerta cerrada de la habitación de Clara;
en el fondo, la puerta de entrada, sita entre dos ventanas que dan al campo;
a través de los cristales cerrados, se ve un pálido cielo de amanecer;
lámpara protegida por una pantalla verde, alumbra con luz amortiguada, dando un aspecto fantasmal a los objetos.
Mónica, aparece, saliendo de la alcoba de Octavio, con una luz en la mano;
viste un peinador gris obscuro, y un chal de lana, sobre los hombros friolentos;
anda en puntas de piés, muy cuidadosa de no hacer ruido;
cierra la puerta, apaga la luz que traía en la mano; mira a un lado y a otro, como temerosa de violar el silencio que la acompaña.

## ESCENA PRIMERA

MÓNICA *(mirando al cuarto de Octavio que acaba de abandonar, y poniéndose con un gesto mecánico un índice sobre los labios, como si quisiese imponer silencio, al silencio mismo).*

—Duerme...
al fin he logrado que duerma;
el cloral ha hecho su efecto...
¡qué noche! ¡Dios mío! ¡qué noche!...
yo sola, no podía dominarlo...

hubo momentos en que tuve deseo de pedir auxilio... pero ¿quién me habría oído?

los accesos son más violentos que los de su padre...

¿es que la enfermedad aumenta, de generación en generación?

el alma de su padre brilla en sus ojos, en esos momentos fatales;

esa alma de crueldad y de locura, que por tres veces vi inclinarse sobre mi lecho, pronto a darme la Muerte...

por tres veces lo desarmé con mis miradas...
es verdad que la última me hirió...
y, cuando volvió en sí, se dió la muerte...

sólo esta nueva angustia faltaba a mi Calvario;

desde ayer no habla sino de matar; del deber de matar; de la necesidad de destruir la Vida;

tengo miedo;

miedo por Clara;

miedo por mí;

miedo por él;

pero, si yo digo algo, viene la autoridad y se lo lleva, y lo recluyen como querían recluir a su Padre;

no, no, eso no;

sola sufriré, y sola moriré, si es preciso morir; si ha de matarme;

le he escondido todas las armas; todo aquello con que pudiera herir;

ha llorado mucho;

y, no se ha calmado sino después de escribir;

por qué ese deseo de escribir, esa necesidad de que se fuera la carta, esa prisa porque la pobre Simona fuera a llevarla, de noche... a pesar de su edad...

no comprendo...

él, dijo que era para un medicamento...

pero, entonces, ¿por qué la mandó a don Benito, el juez?...

no comprendo...

felizmente se ha dormido...

*(se acerca al cuarto de Octavio, y aplica el oído a la puerta, con el dedo puesto sobre los labios);*

duerme;

*(se aproxima a la alcoba de Clara, y hace lo mismo);*

duerme también...

aprovecharé este momento, para tenderme vestida sobre el lecho, mientras regresa Simona;

estoy rendida de fatiga;

los ojos se me cierran...

*(echa una mirada inquieta, hacia las dos habitaciones, y segura del silencio que reina en ellas, enciende de nuevo la luz que traía en la mano, y se retira por la puerta del fondo, cerrándola con precaución...*

*no se le siente marchar;*

*y, el silencio reina, profundo, omnipresente)...*

## ESCENA II

La puerta de la alcoba de Octavio, se abre lentamente... cautelosamente...

el leproso asoma la cabeza desgreñada y lívida, hecha horrible por el insomnio y por el mal...

mira a uno y otro lado, con inquietudes de fiera que acecha antes de dejar el matorral...

sale, poco a poco; siempre en atisba...

avanza a medio vestir;

la camisa de noche abierta hasta la mitad del pecho;

la sotana, mal abotonada, hacia la cintura;

las piernas y los pies desnudos, estos últimos apenas hundidos en unas zapatillas...

la habitación se ha hecho más penumbrosa aún;

la lámpara comienza a extinguirse, y la sombra de las montañas lejanas, y de los árboles próximos, entra a través de los cristales, y hace como movedizos los objetos, con el temblor inquieto de los ramajes...

Octavio, trae una mano dentro de la sotana, como ocultando un objeto;

se detiene en mitad del aposento;

tiene el rostro astuto y cruel, los ojos extraviados en el sueño de una alucinación:

sonríe a la sombra y al espanto...

se oye gemir el agua de la fuente, que corre afuera, en la soledad...

OCTAVIO *(mirando hacia las ventanas)*.

—Se alza la divina aurora;

y, yo soy aún prisionero de la Noche;

mi Madre me ha hecho prisionero de sus caricias...

ahora, ya estoy libre...

mi madre duerme...

todo duerme en la casa...

Clara también...

yo la he sentido llorar hasta muy tarde...

*(se acerca a la puerta de la habitación de Clara, y pone el oído en la cerradura);*

duerme...

*(empuja suavemente la puerta, que se abre, y desaparece en la obscuridad del aposento;*

*silencio angustiante...*

*luego, se oye un grito de mujer...*

*luego, otro;*

*el eco muy débil de los alaridos, apenas si se escucha...*

*reina de nuevo el Silencio...*

*un momento después, aparece* OCTAVIO *a la puerta del aposento;*

*un rictus trágico sobre el rostro, horrible de ver...*

*un puñal ensangrentado en las manos;*

*sangre en la sotana;*

*sangre en la camisa...*

*salpicaduras de sangre, sobre las piernas y los pies desnudos).*

OCTAVIO

—Duerme...

ahora sí duerme para la Eternidad...

ya maté la Vida, en su vientre y en su corazón;

¡ah! por un momento creí que iba a ser prisionero de la Piedad...; de la infame Piedad... de la estéril Piedad...

cuando me acerqué a su lecho dormía...

la voz del corazón la despertó tal vez...

me miró con ternura...

creyó que la había perdonado, y abrió los brazos para abrazarme... parecía que iba a volar...

le hundí entonces el puñal en el corazón...

dió un grito;

y, no se defendió...

entonces apuñalé, su vientre maldito, a donde yo quería matar la doble vida...; la vida de ella y la Vida de su hijo...

se quejó débilmente...

y, me miró...

jamás vi tal ternura en sus ojos;

revolví el puñal en su vientre...

*(se mira las manos, el cuerpo, y los vestidos, manchados de sangre);*

sangre...

sangre por todas partes...

la sangre de ella...

la sangre de mi hijo...

ya cumplí mi deber...

ya maté la Vida en ella...

razón tiene don Hilario: *nadie escapa a su deber;*

ya cumplí el mío;

quien no sabe matar, no sabe amar...

aquel que no es capaz de dar la muerte al ser amado; ése no lo ha amado jamás...

matar es libertar...

*(pausa);*

y, quedó bella en su inmovilidad...

¡bella, como una estatua profanada por el hacha!

yo, cerré piadosamente sus ojos;

¡sus dulces ojos, que aun me miraban con Amor!...

la Muerte, tiene el poder de embellecerlo todo;

yo he visto la Muerte, en los ojos del Amor...; creciendo como una Noche...

¡cómo es bella la Muerte!...

la Muerte, purifica;

yo me siento puro, como si hubiese muerto también;

*(se oye ruido de gentes hacia la puerta.*

OCTAVIO, *arroja lejos el puñal, y queda inmóvil;*

*la puerta se abre con violencia, y aparece el Juez;*
*lo siguen los gendarmes;*
*detrás de ellos se ven gentes del pueblo).*

## ESCENA III

EL JUEZ *(sin acercarse a Octavio, y mostrándole una carta).*

—Padre Octavio;
usted ha escrito esta carta, denunciando un crimen;
aquí está la Autoridad;
¿dónde está el cuerpo del delito?
¿dónde está la mujer asesinada?

OCTAVIO *(repitiendo mecánicamente las palabras del Juez).*

—¿La Mujer... asesinada?... *(indicándoles la habitación de Clara, y recobrando toda su serenidad);*
está ahí; en ese aposento;
entren ustedes;
*(el Juez y los gendarmes entran;*
*expectativa angustiante;*
*las gentes, murmuran a distancia, sin atreverse a avanzar, temerosas del contacto con el leproso.*

OCTAVIO, *las mira con un desdén altanero, y melancólico;*
*el Juez y los gendarmes, salen de nuevo de la habitación).*

EL JUEZ *(dirigiéndose a Octavio).*

—¿Podríais explicarnos algo del crimen?
¿quién ha matado esa mujer?
¿dónde está el asesino?

OCTAVIO *(avanzando hacia el Juez, en actitud resuelta).*

—Aquí teneis el asesino...
yo, he matado esa mujer...
*(dirigiéndose a los gendarmes);*
prendedme...
*(los gendarmes retroceden asustados).*

EL JUEZ *(asombrado y dudoso).*

—¿Usted? Padre Octavio... ¿Usted?

OCTAVIO *(impaciente).*

—Yo, Señor Juez...; Yo;
*(dirigiéndose de nuevo a los gendarmes, con las manos tendidas para que lo aten);*
prendedme...
*(los gendarmes, continúan en retroceder*

*asustados, temerosos ante la idea de tocar al leproso.*

OCTAVIO, *los mira, y sonríe con una sonrisa irónica y amarga);*

¿retrocedéis?

¡ah! no tenéis miedo de tocar al Sacerdote, que vuestro cura os ha enseñado a insultar y a despreciar;

a quien teneis miedo de tocar, es al leproso...

no teméis al anatema, sino al contagio;

dadme esa soga;

*(avanza hacia un gendarme, y le arranca una soga que tiene en las manos, se la ata al cuello, y a las manos;*

*arroja el extremo de la cuerda al gendarme; éste la coge).*

—Ahora, llevadme...

*(el Juez, hace señal de marchar;*

*un gendarme lleva el extremo de la cuerda;*

*los otros se colocan detrás del reo; pero siempre a distancia, temerosos de tocarlo;*

*las gentes del pueblo, tocadas de ferocidad cobarde, arrancan la cuerda de manos del gendarme, y tiran con tal fuerza, que* OCTAVIO *vacila, pronto a caer estrangulado.*

MÓNICA, *aparece en ese momento, a medio*

*vestir, transida de angustia, apartando con violencia la gente, para llegar hasta su hijo; los gendarmes se lo impiden).*

## ESCENA IV

MÓNICA *(llevándose las manos a la cabeza, contorsionada de angustia).*

—¿Qué es esto?
¿qué es esto?
*(pugna con los gendarmes para acercarse a Octavio).*

OCTAVIO

—Es tu hijo, que va a la Muerte, después de haberla dado...

MÓNICA *(como hebetada, dejando de luchar, y mirando asombrada hacia la puerta abierta de la habitación de Clara...)*

—¿Y, ella?
¿dónde está ella?

OCTAVIO *(pronto a desaparecer por la puerta, arrastrado por la furia de la plebe, que lo ha hecho su presa, se vuelve para decirle cuasi sonriente).*

—Ella duerme, Madre...

y, no despertará...
ponla a dormir al lado de mi Padre...
y, siembra sobre su tumba, un rosal...
que duerma a la sombra de las rosas...
bajo las rosas...

*(la alta silueta de Octavio, desaparece violentamente arrastrado por el pueblo, y empujado por el extremo de las armas de los gendarmes, que no se atreven a tocarlo con las manos).*

MÓNICA *(cayendo de rodillas, tendiendo los brazos y las manos hacia su hijo, a quien ya no ve).*

—¡Hijo mío! ¡hijo mío!...

*(su grito, como el grito de Hécuba, se pierde en el corazón inmisericorde de los cielos y de la tierra;*
*y, el aire sin piedad, repite el grito trágico):*
¡Hijo mío!...
¡hijo mío!...

FIN DE LA TRAGEDIA

LECTOR:

Si este libro te agrada, no lo prestes. Porque restándome compradores, agradecerías el deleite que me debes, devolviendo mal por bien.

Si este libro te agrada, no lo prestes. Porque obra insensatamente quien propaga lo malo.

**Prestar un libro es un gran perjuicio para el autor que cobra derechos por ejemplar vendido.**

# Obras de VARGAS VILA

PUBLICADAS POR LA EDITORIAL RAMÓN SOPENA, S. A.

(EDICIÓN DEFINITIVA)

1.—La Simiente.
2.—Ibis.
3.—Sobre las Viñas Muertas.
4.—Alba Roja.
5.—María Magdalena.
6.—Aura o las Violetas.—Emma.
—Lo Irreparable (1 tomo.)
7.—Los Discípulos de Emaüs.
8 —Los Estetas de Teópolis.
9.—Sombras de Águilas.
10.—El Camino del Triunfo.
11.—La Conquista de Bizancio
12.—El Minotauro.
13.—Las Rosas de la Tarde...
14.—Flor del fango.
15.—La Demencia de Job.
16.—Los Parias.
17.—De sus Lises y de sus Rosas.
18.—La Voz de las Horas.
19.—Archipiélago Sonoro.
20.—Lirio Blanco.
21.—Huerto Agnóstico.
22.—Lirio Rojo.
23.—Lirio Negro.
24.—Salomé.

25.—De los Viñedos de la Eternidad.
26.—Horario Reflexivo.
27.—El Final de un Sueño.
28.—La Ubre de la Loba.
29.—Los Divinos y los Humanos.
30.—Cachorro de León.
31.—El Sendero de las Almas.
32.—Libre Estética.
33.—El Ritmo de la Vida.
34.—Los Césares de la decadencia.
35.—Rubén Darío.
36.—La República Romana.
37.—La Muerte del Cóndor.
38.—Copos de Espuma.
39.—Verbo de Admonición y de Combate.
40.—Del Rosal Pensante.
41.—En las Zarzas del Horeb.
42.—Ars-Verba.
43.—El Huerto del Silencio.
44.—Laureles Rojos.
45.—Prosas-Laudes.
46.—Pretéritas.
47.—Clepsidra Roja.
48.—Belona Dea Orbi.
49.—Saudades tácitas.
50.—Históricas y Políticas.
51.—Prosas Selectas.
52.—Polen Lírico.
53.—Gestos de vida.
54.—El Imperio Romano.
55.—Ante los bárbaros.

# Obras completas de Vargas Vila

EDICIÓN DEFINITIVA

1. La Simiente.
2. Ibis.
3. Sobre las Viñas Muertas.
4. Alba Roja.
5. María Magdalena.
6. Aura o las Violetas.
7. Los Discípulos de Emaüs.
8. Los Estetas de Teópolis.
9. Sombras de Águilas.
10. El Camino del triunfo.
11. La Conquista de Bizancio.
12. El Minotauro.
13. Las Rosas de la Tarde.
14. Flor del fango.
15. La Demencia de Job.
16. Los Parias.
17. De sus Lises y de sus Rosas.
18. La Voz de las Horas.
19. Archipiélago Sonoro.
20. Lirio Blanco.
21. Huerto Agnóstico.
22. Lirio Rojo.
23. Lirio Negro.
24. Salomé.
25. De los Viñedos de la Eternidad.
26. Horario Reflexivo.
27. El Final de un Sueño.
28. La Ubre de la Loba.
29. Los Divinos y los Humanos.
30. Cachorro de León.
31. El Sendero de las Almas.
32. Libre Estética.
33. El Ritmo de la Vida.
34. Los Césares de la decadencia.
35. Rubén Darío.
36. La República romana.
37. La Muerte del Cóndor.
38. Copos de Espuma.
39. Verbo de Admonición y de Combate.
40. Del Rosal Pensante.
41. En las Zarzas del Horeb.
42. Ars-Verba.
43. El Huerto del Silencio.
44. Laureles Rojos.
45. Prosas-Laudes.
46. Pretéritas.
47. Clepsidra Roja.
48. Belona Dea Orbi.
49. Saudades tácitas.
50. Históricas y Políticas.
51. Prosas Selectas.
52. Polen Lírico.
53. Gestos de vida.
54. El Imperio Romano.
55. Ante los Bárbaros.